

Una Mano En El Cielo

Martín L_T



Capítulo 1

Una familia muy normal: los Carluccio

Es por todos sabido que en cualquier familia, por muy unida que esta sea y por mucha confianza que haya entre sus miembros, siempre existen grandes secretos que se ocultan los unos a los otros: padres que ocultan secretos a los hijos; hijos que ocultan secretos a los padres; abuelos que ocultan secretos a sus nietos.....Y los Carluccio no eran la excepción.

Apretujado entre otros edificios más altos estaba el hogar de los Carluccio, en Cramberry Street, cerca del río Hudson, en pleno barrio de Brooklyn; una casa de ladrillo rojo de dos alturas, con una buhardilla, un pequeño jardín y una puerta verde.

Al cruzar la cancela de la verja metálica que marcaba el linde de la casa con la acera de la calle, llegabas al pequeño jardín bien cuidado, con un gran sauce en su centro cuyas ramas caían hacia abajo dando buena sombra y fresco en verano. Los parterres siempre estaban floridos casi todo el año y era raro no encontrarse con el abuelo Pietro Carluccio sentado en su silla de ruedas tomando el sol o cuidando de las flores. Él, junto a su nuera Fiorella, eran los encargados de tener el jardín siempre bien cuidado.

A pesar de estar postrado en una silla de ruedas, debido a un accidente de coche, don Pietro Carluccio gozaba de gran vitalidad y buena salud; y no necesitaba de nadie para moverse por el jardín, por la casa o por la calle. Se manejaba muy bien él solo y se pasaba el día cuidando el jardín o peleándose con la vieja Whitewater, una anciana loca cuya única afición era envenenar gatos y luego lanzarlos a la calzada de Willow Street y ver cómo eran despanzurrados por los coches que transitaban por la calle.

Hubo un tiempo en que el abuelo Pietro tuvo un gatito llamado Misifú, que tuvo la mala suerte de caer en las garras de la Whitewater, y

acabó envenenado y aplastado por las ruedas de un enorme camión que acertó a pasar por ahí. Desde ese día la guerra entre los dos ancianos se volvió enconada y a muerte.

No había día en que el abuelo Pietro no la intentara atropellar con su silla de ruedas; y, de hecho, una vez lo logró, enviando a la vieja dos días al hospital con traumatismos varios.

Claro, que sacar al viejo Pietro del calabozo y que no lo tuvieran encerrado detrás las rejas un par de días, con silla de ruedas incluida, fue un auténtico calvario para Salvatore y Vittorio Carluccio, sus dos hijos.

Si eras invitado a traspasar la puerta verde y entrar en la casa, (que es lo más probable, pues es bien sabido en el barrio que los Carluccio son todo hospitalidad y amabilidad), entrabas en un amplio recibidor con un perchero de pie para los abrigos y sombreros a la izquierda nada más entrar, situado detrás de la puerta.

Después del perchero había un gran aparador antiguo cubierto con un mármol y un espejo encima, colgado de la pared.

Normalmente unos candelabros, fotos familiares y un jarrón con flores del jardín ocupaban el aparador; pero en Navidad, la época en la que transcurre esta historia, eran reemplazados por un nacimiento con el niño Jesús, María y José y unos pastores rindiendo pleitesía al recién nacido.

Después del aparador una puerta conducía al antiguo garaje que, desde hacía unos años, después del accidente de coche que había postrado al abuelo en la silla de ruedas y había segado la vida de la abuela Margaret, se había transformado y acondicionado en el dormitorio del anciano.

Al garaje se le habían añadido paredes aislantes, la puerta basculante que permitía la entrada de coches, se había c una gran ventana que daba al jardín y se había añadido un baño acondicionado para el abuelo y su silla de ruedas.

Una amplia cama, un armario y un par de mesitas de noche componían el mobiliario.

Sobre una de las mesitas de noche había un niño Jesús en su pesebre y un rosario que pertenecieron a la abuela Margaret, junto a una foto de ella. En la otra, una foto del abuelo y la abuela el día de su boda, y otra del abuelo vestido de militar italiano.

El abuelo Pietro fue un partisano, siendo un adolescente, que luchó en Italia contra el fascismo durante la Segunda Guerra Mundial, y ayudó

a las tropas aliadas en la Batalla de Montecassino; fue héroe de guerra y recibió varias condecoraciones.

Ahora, las medallas, desgastadas por el tiempo, descansaban en un cajón de la mesita de noche y los únicos recuerdos de aquella época eran la foto sobre la mesita, otra foto escondida en la cartera del abuelo que siempre llevaba encima y, dentro del armario, una chaqueta militar americana, agujereada, ajada por los años y con rastros de sangre; un uniforme que perteneció a su cuñado, el hermano de su esposa Margaret, muerto en combate.

Todos esos recuerdos escondían un gran secreto, que el abuelo contaría a su nieto Dániel más adelante.

Volviendo al recibidor, junto a la puerta de entrada, según entrabas a la derecha, frente al aparador, había una pequeña mesita con fotografías familiares y donde el abuelo, en Navidad, colocaba sus tres muñecos vestidos de rojo: un reno, un Santa Claus y un muñeco de nieve, que eran accionados por un sensor de movimiento. En cuanto pasaba alguien por delante, al entrar o salir de la casa, los muñequitos comenzaban a agitar sus caderas y las manos, y se lanzaban a cantar sincronizadamente:

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas and a Happy New Year.

Como la casa de los Carluccio era un continuo entrar y salir de gente, los Tres Tenores, como así llamaba la familia a los tres terroríficos muñequitos, se pasaban todo el santo día meneando caderas y cantando, ante la algarabía del abuelo y el desespero del resto de la familia, que no sabían cómo deshacerse de las piezas tan queridas por el anciano.

Junto a la mesita había un par de sillas y un diván y, después, la puerta que daba a la cocina desde donde reinaba Fiorella Carluccio con mano firme y enérgica.

Por muchos años que pasaran, todos los que alguna vez habían visitado a los Carluccio siempre recordarían con cariño la cálida cocina de su casa; aquellos sonidos y olores tan particulares cuando Fiorella preparaba la comida; unos recuerdos que evocaban amor, alimento, confort y seguridad.

Cuando era pequeño, el hijo de Fiorella correteaba por la amplia cocina mientras ella preparaba la comida o la cena; jugaba bajo la mesa o permanecía sentado en un rincón leyendo cuentos, siempre procurando no

estorbar a su madre ni ponerla de los nervios ya que sabía por experiencia que, cuando la ponía al borde de la histeria, ella lo arreglaba con un sartenazo sin ningún miramiento y sin ningún tipo de remordimiento; y el chiquillo era enviado a dormir con un chichón de más y sin atreverse a rechistar so pena de recibir otro sartenazo.

La cocina era amplia y espaciosa, cálida y limpia.

Completamente amueblada y con una mesa redonda en el centro rodeada de sillas, allí era donde los Carluccio se reunían para comer y contar sus cosas después de un arduo día de trabajo o estudio.

Fiorella era una mujer de cincuenta y cinco años que, a pesar de las incipientes arrugas en su rostro y las canas en su corto cabello moreno, se conservaba joven y hermosa. De rostro amable pero enérgico, había llevado todo el peso de la casa y la educación de su hijo con mano firme. Ahora, su hijo era mayor y había llegado el momento de descansar un poco. Sin embargo, Fiorella ocultaba un gran secreto a su familia; y sus ojos, normalmente chispeantes y alegres, ahora estaban tristes y apagados. En su última revisión semestral al ginecologo le habían detectado algo que la había llenado de preocupación, desasosiego y miedo, y no sabía cómo anunciarlo a su familia.

Al fondo de la cocina una puerta abría hacia una gran sala desde donde Salvatore Carluccio y su hijo Daniello llevaban la empresa familiar de contabilidad. Una sala repleta de ordenadores y estanterías a rebosar de carpetas, papeles, archivadores y libros, donde trabajaban largas horas y, en tiempos de declaraciones de renta o cuando alguno de sus clientes iba a ser objeto de alguna auditoría por parte de hacienda, noches enteras.

Saliendo de la cocina hacia el recibidor, enfrente te encontrabas con las escaleras que subían a los pisos superiores; y, a la derecha, el amplio y confortable comedor.

Aunque faltaban dos semanas para la cena de Navidad, Fiorella ya había preparado y adornado la mesa, y un árbol lucía alto y esplendoroso decorado con oropel, luces multicolores y adornos navideños, junto a la chimenea siempre dispuesta a ser encendida para caldear el comedor.

Si subías los dos tramos de escaleras y llegabas al piso superior te encontrabas en un descansillo amplio de donde partía otra escalera más pequeña hacia la buhardilla; las paredes estaban adornadas con fotos familiares y había una pequeña mesita con un jarrón con flores del jardín y un par de sillones antiguos tapizados en tela roja.

A la izquierda se encontraba la habitación de matrimonio, amplia y confortable. Tenía su propio aseo y vestidor y una amplia cama antigua con mesitas de noche. En la pared de enfrente había un tocador que utilizaba diariamente Fiorella para acicalarse; y, a la izquierda, junto a la ventana que daba al jardín, un confortable sillón y una mesita baja donde había un antiguo tocadiscos y varios discos de vinilo de Frank Sinatra y Elvis Presley.

Aquel era el lugar predilecto de Salvatore Carluccio cuando finalizaba su arduo día de trabajo.

Cuando salía del despacho o cuando volvía de visitar a algunos clientes, Salvatore compartía la cena con la familia y luego subía, se duchaba, se vestía con el pijama y el batín, se calzaba las pantuflas y se recostaba en su sillón predilecto con una copa de brandy en la mano mientras escuchaba la música de Frank Sinatra o Elvis, sus cantantes favoritos.

Salvatore Carluccio estaba a punto de cumplir los sesenta, y últimamente aquello lo tenía deprimido y de muy mal humor. Y más aún cuando veía a su esposa, a la que amaba con locura, que se conservaba joven y hermosa. Y él, cada día más calvo y achacoso. Se sentía muy poca cosa en comparación a Fiorella y aquello lo hundía más en la desesperación, pues temía perderla. Y aun así, a pesar de amar a su esposa con locura, Salvatore le escondía un secreto en la oscuridad de la caja fuerte de su despacho que podría poner en peligro su matrimonio: era una pulsera de oro con estrellas de plata que colgaban de minúsculas cadenas.

Aquella joya, aquel regalo de Navidad, no era para su esposa Fiorella.

En el descansillo y frente a las escaleras se encontraba el baño y, a la derecha, la habitación que un día perteneció al viejo Pietro y la abuela Margaret, hasta que sobrevino el accidente y él se vio postrado en su silla de ruedas.

Ahora, aquella habitación permanecía desocupada y se utilizaba únicamente como habitación para los ocasionales invitados.

El último rincón por detallar es la buhardilla, al final de las escaleras, la habitación ocupada por Daniello, o Dániel como le llamaban todos, el único hijo y el mayor orgullo de los Carluccio. Y es que, realmente, no hay mucho que contar. Se podría pensar que aunque Dániel tuviera su habitación en una buhardilla, esta se parecería al dormitorio ocupado por un joven de veinticinco años; pero nada más lejos

de la realidad.

La buhardilla tenía el aspecto de.....una buhardilla.

Se componía de una cama y un armario que vomitaba vaqueros rotos, camisetas agujereadas, zapatillas deportivas sucias y desgastadas y chándales desvencijados, y una estantería que colgada, solitaria, de una vacía pared, con la colección completa de Los Cinco, de Enid Blyton; libros de literatura infantil con las hojas amarillentas y gastadas por el tiempo.

Si el resto de la casa estaba decorada con tonos alegres y elegantes, que conferían a la atmósfera del hogar una sensación de paz, alegría y bienestar, la habitación de Dániel era triste y gris.

Pero todo aquello tenía su explicación; y era el gran secreto que el hijo de los Carluccio escondía muy dentro de sí.

El joven trabajaba con su padre en la oficina de contabilidad que tenían junto a la cocina de la casa. Idolatraba a Salvatore y amaba a su madre con locura y, con su familia, Dániel era extremadamente extrovertido, feliz y alegre. Pero, lejos de ella, Dániel era introvertido y serio. Aunque amable y bueno, y que generalmente caía bien a los que lo trataban aunque fuera por trabajo, Dániel no tenía amigos y prefería estar solo o con su familia.

Al igual que el resto de los Carluccio, tenía unas profundas convicciones religiosas y todos los domingos por la mañana, junto con su familia, asistía a misa, y luego comían juntos en casa los días de lluvia; o en el parque sentados sobre el césped bajo el sol los días de frío; o bajo la sombra de los árboles los días de calor.

Como se pasaba la mayor parte del tiempo en casa, o bien en su buhardilla, o en la cocina, o en el despacho, o haciendo deporte, siempre iba vestido con chándales y con zapatillas deportivas gastadas y descoloridas por el uso y el tiempo. Bajo unas largas pelambreras mal cortadas y mal cuidadas y bajo una espesa barba y bigotes poblados y peor arreglados, brillaban unos profundos ojos color miel heredados de su madre, que chispeaban vida.

Era lo único que se podía ver de su rostro: los ojos; y su nariz angulosa heredada del abuelo Pietro, que surgía de entre los pelos que cubrían su rostro como una roca en medio de una espesa maleza.

Aunque siempre bien aseado, Dániel no cuidaba de su aspecto, ni siquiera tenía ropa de vestir en su desordenado armario; sólo vaqueros, chándales y alguna camisa y uno o dos pantalones que su madre le había comprado y que se había puesto en contadas ocasiones obligado por

su familia.

No llevaba anillos ni pulseras y la única joya que portaba era un colgante con un crucifijo de oro que le regaló el tío Vitto el día de su Primera Comunión que descansaba sobre el mullido pelo de su pecho.

Normalmente, (algo a lo que ya estaba acostumbrado), cuando paseaba por la calle, los transeúntes que venían de frente y no lo conocían cambiaban inmediatamente de acera para no cruzarse con aquella mole de pelos en chándal, y no le quitaban el ojo de encima hasta que estaba ya lo suficientemente lejos, temerosos de que los asaltara y los atracara, tal era su aspecto hosco y desgreñado.

Y, aunque no cuidaba de su aspecto, Dániel cada mañana se levantaba apenas despuntaba el sol por el horizonte, se enfundaba en su chándal y corría hasta el Brooklyn War Memorial y hacía ejercicios de estiramientos, abdominales y flexiones sobre el césped, como decenas de personas igual que él, y luego volvía corriendo a casa para ducharse y ponerse a trabajar largas horas en la oficina junto a la cocina.

En realidad, Dániel era un joven muy feliz con la vida que llevaba: amaba a su familia, le gustaba el trabajo que hacía; lo que es más, trabajaba junto a su padre, la persona más importante en su vida.

Sí, todo parecía perfecto; incluso su novia Sofía era perfecta: guapa, simpática y agradable.

Realmente, Dániel no podía desear nada más para ser más feliz. Todo era asquerosamente perfecto en su vida, sin ningún problema de salud ni familiar que resquebrajara la perfecta burbuja en la que vivía, y creía tener bien sujetas las riendas de su vida.

Salvo por un pequeño problema sin importancia.

Le gustaban los hombres.

Dániel había sido consciente de ello desde chico, desde que su padre le regalase el primer libro de Los Cinco: *Los Cinco y el Tesoro de la Isla* donde tres hermanos, Julian, Dick y Ana, fueron por primera vez a casa de sus tíos de vacaciones y donde conocieron a su prima Georgina (el primer personaje trans que el chico recordara, ya que odiaba ser una chica y quería ser tratada como un chico. Incluso se vestía con ropas de chico y se hacía llamar George) y a su fiel perro Tim. A partir de ahí corrieron multitud de aventuras narrados a lo largo de una veintena de libros que Dániel leyó con avidez a sus diez años.

A esa corta edad Dániel descubrió que el personaje que más le llamaba la atención era Julian, el hermano mayor: un chico de trece años valiente, valeroso, fuerte y simpático, y jefe del grupo en sus aventuras. Dániel se sintió fuertemente atraído por ese personaje y fue con él con quien tuvo su primer sueño romántico y sexual.

Dániel, por ese entonces, ya sabía lo que era un maricón y lo que significaba serlo.

Lo había visto en la tele; lo había oído en casa; lo había oído en el colegio; había oído en misa y en las clases de religión el pecado que representaba ser homosexual. Lo había oído de sus padres.

Nadie pudo imaginar cómo se sintió el pobre chaval, de apenas diez años recién cumplidos, cuando se descubrió a sí mismo, cuando descubrió su realidad.

Después de esa noche, después de ese sueño, Dániel no volvió a ser el mismo.

Se convirtió en un chico reservado y solitario, temeroso de que alguien llegara a descubrir su homosexualidad; temiendo a cada momento que su padre, que tan orgulloso estaba de él y a quien tanto quería, se diera cuenta.

Pero eso no fue lo peor. Su tragedia llegó cuando, a los catorce años, en su incipiente adolescencia, un alumno nuevo, Taylor Hunter, entró a estudiar en el instituto. En cuanto entró en la clase y los ojos de Dániel se clavaron en él, algo dentro del muchacho se agitó: un fuego helado que le hizo sudar y temblar como si la temperatura hubiera bajado cien grados de repente.

Un ataque de ansiedad que hizo que el corazón le empezara a palpar a toda velocidad y a dar brincos. Un millón de mariposas comenzaron a revolotear por su estómago cuando oyó la voz del chico recién llegado, al saludar a la clase y presentarse, y le sonó como música celestial. Cada movimiento al andar, cada parpadeo le parecía un regalo de Dios a sus sentidos. Y cuando sonreía, ¡oh Dios, cuando sonreía!; Dániel creía enloquecer.

Y Dániel se sintió feliz; y gastó mucho rollo de papel higiénico cuando, por las noches en la cama, fantaseaba con Taylor Hunter. Fantasías donde habían muchos besos, toqueteos y cosas mucho más excitantes, hasta que se quedaba extasiado, jadeante, sin resuello, con la mano entumecida y con el cuerpo convertido en gelatina bajo las sábanas; y después, al dormirse, soñaba con él; y deseaba que se hiciera de día para correr al colegio tan sólo para verle, aunque fuera de lejos, y oírlo hablar, aunque fuera a hurtadillas, y verlo jugar a fútbol americano,

e imaginar historias románticas con él. Y en su casa, su tema de conversación favorito era: *Taylor Hunter hoy ha hecho dos touchdown.... Hoy Taylor Hunter ha conseguido tres field goal.....Taylor Hunter seguro que jugará en la NFL..... Taylor Hunter es el mejor jugador que ha tenido nunca el equipo de nuestro colegio.....*

Taylor Hunter se convirtió durante mucho tiempo en el centro gravitatorio en el que giraba la vida del chico.....Hasta que un día, Samantha Jones se cruzó en el camino de ambos.

Cuando aquella mañana de primavera Dániel, al llegar al instituto, descubrió a la chica rubia capitana de las animadoras cogida de la mano de Taylor y cómo detrás de un árbol ambos se besaban, el chico creyó morir.

Al llegar a casa Dániel corrió escaleras arriba, sin saludar a nadie, y se encerró en su habitación y se pasó varios días enfermo y llorando, sumido en la más terrible de las depresiones.

A partir de ese día, ir al colegio se convirtió en un suplicio para él y se volvió más taciturno y más serio.

Cuando llegaba a casa prácticamente no saludaba a nadie, ante el asombro y preocupación de sus padres, y se volvía a encerrar en su habitación y permanecía horas y horas mirando al techo, solo deseando morir.

Y su depresión se agravó aún más con el accidente en el que perdió la vida la abuela Margaret y confinó al abuelo en su silla de ruedas. Y su madre, que por aquel entonces tenían que lidiar con un reciente aborto, el accidente de coche de sus suegros, y la profunda tristeza en la que también había entrado su hermana, la tía Lily, poco pudo hacer para ayudar a su hijo, y cuánto más éste se negaba a contar nada.

Aquel episodio de depresión le duró a Dániel más de un año, donde lo pasó realmente mal, al igual que sus padres, que veían cómo su hijo se hundía en un pozo sin fondo del que no sabían cómo sacarlo. Pero, poco a poco, Dániel recobró su carácter optimista, y se fue reponiendo y, al cabo de un año, al volver del colegio, en vez de encerrarse en su habitación a contemplar el techo, se encerraba en el despacho de su padre, y le ayudaba en los papeleos y en las cuentas, y pronto estuvo al tanto de lo que era una inspección de hacienda, una auditoría, un balance de cuentas, pagarés o fondos de inversión y a manejar los diferentes programas de ordenador.

En poco tiempo, Dániel se convirtió en pieza fundamental para su padre en el trabajo, y el chico decidió dejar los estudios, ante el

disgusto de Salvatore, que esperaba que el joven ingresara en la universidad y se hiciera economista.

—Papá —le dijo Dániel en cierta ocasión—. He aprendido contigo muchísimo más de lo que voy a aprender en la universidad para llevar este negocio. Además, me necesitas aquí. ¿Es que acaso no quieres que trabaje contigo?

Aquello bastó para convencer a Salvatore, que adoraba a su hijo tanto como su hijo lo adoraba a él y, a los dieciocho años, al graduarse en el instituto, Dániel pasó a trabajar con su padre en el negocio familiar.

Pero el dejar los estudios no fue el único cambio que hizo Dániel en su vida.

Seguía siendo homosexual, y tenía que ocultarlo fuera como fuera.

Dániel tenía la estúpida creencia, debido a su juventud y a su terror, que el prototipo de hombre gay era que todos tenían un gusto exquisito a la hora de vestir; que eran amanerados, que siempre estaban a la moda, y que utilizaban cremas para el cuerpo y para el rostro, y que se depilaban todo el cuerpo como lo hacen las mujeres.

Tenía a los gais estereotipados.

Así que, en un arrebato de idiotez e inmadurez, Dániel vació su habitación de todo aquello que podía sugerir que era homosexual y lo tiró a la basura: discos, posters, libros (menos la colección de Los Cinco), ropa, revistas, juguetes..... todo. Vacío su habitación de toda cosa personal y en su armario sólo quedaron chándales, vaqueros y zapatillas deportivas.

Dejó de preocuparse por su aspecto y, a los quince años, cuando su depresión estaba en pleno apogeo, decidió ocultar su rostro debajo una maraña de cabellos largos y mal cortados y una espesa barba y bigote peor arreglados; y como los Carluccio son bastante peludos (para muestra el abuelo Pietro), en pocos meses Dániel se convirtió en un espeso matojo de pelos con piernas, ante el espanto de su familia.

—¡Oh, Dios mío! —clamó una vez su mamá Fiorella—. ¡Mi hijo se ha convertido en Chewbacca!

Pero a lo que más temía Dániel era volverse a enamorar; volver a sufrir el inmenso dolor que le produjo su amor platónico por Taylor

Hunter.

Un amor estúpido, sí, pero para un adolescente, un amor que no olvidaría jamás; por lo que podría haber sido, y no fue.

Por ese motivo, Dániel desconectó de todo contacto humano que no fuera con su familia; procuraba que sus tratos en el trabajo, cuando tenía que hacer alguna visita o recoger papeles o facturas de las empresas de las que llevaban la contabilidad, fueran rápidos y concisos; porque lo que más temía Dániel, lo que más pavor le causaba y que le produciría pesadillas recurrentes el resto de su vida, era volver a encontrarse con un Taylor Hunter del que se enamorara perdidamente, y que no fuera correspondido.

Dániel aprendió a ocultar su homosexualidad desde la niñez y aquello se convirtió en algo innato, como el respirar: se comportaba como un auténtico heterosexual y nadie pareció sospechar nunca de su inclinación sexual. Lo ocultó tan dentro de sí que hasta lo olvidaba a veces.

Incluso tenía novia y estaban comprometidos para casarse. Aunque su relación con Sofía parecía haber sido un accidente, con el tiempo descubrió que había sido una jugarreta del destino.

La conoció dos años antes del comienzo de esta historia, cuando hacienda amenazó a la empresa constructora de Don Cosme Castorini, donde ella trabajaba, con hacerles una auditoría. Aterrorizado, don Cosme llamó a Salvatore para que le ayudara a poner en regla todos sus papeles así que este envió a Dániel.

Sofía Colucci era la secretaria de don Cosme y, junto con Dániel, pasaron días enteros revisando y cotejando papeles y facturas y cuentas y, así, entablaron una gran amistad.

La joven le contó que había llegado hacia unos meses procedente de Nápoles, y don Cosme le había dado trabajo recomendada por un pariente lejano que ella tenía viviendo en Nueva York.

Al finalizar la auditoría, comenzaron a salir juntos como amigos; pero, un día, Salvatore la conoció por accidente y enseguida le agradó la muchacha y Dániel supo que su padre se había hecho la ilusión de que la dicharachera y alegre joven se convirtiera en su novia.

El gran sueño de Salvatore era ver a Dániel casado y con hijos

pululando por la casa.

Y Dániel no quiso defraudarle, y se hicieron novios y se prometieron para casarse.

Por supuesto, Dániel no estaba enamorado de Sofía, pero la quería. Y pensó que con quién mejor que casarse si no con una buena amiga.

Por eso Dániel estaba convencido que su vida ya estaba resuelta: se casaría con Sofía, tendrían hijos, haría feliz a su familia y, con el tiempo, continuaría con el negocio familiar y tendría un hogar.

Creía tener su vida sustentada por poderosos cimientos de hormigón, pero lo que no sabía Dániel, en aquellos días, era que esos cimientos realmente eran de barro, y estaban a punto de desmoronarse.

Así son los habitantes de la pequeña casa de ladrillo rojo, con ventanas y puertas de color verde, y con un pequeño y cuidado jardín. Las Navidades se estaban acercando y todos trataban de parecer felices. Pero aquellas Navidades iban a ser diferentes para todos ellos; más diferentes de lo que nunca hubieran imaginado.

Capítulo 2

Una semana antes de Navidad:

Era una mañana de sábado, de un diciembre frío y anormalmente seco. Todavía no había nevado, ni siquiera llovido, pero las predicciones anunciaban que podría nevar en breve, y Dániel, el hijo de los Carluccio, había recuperado la esperanza de que fueran unas Navidades nevadas.

En cuanto despertó aquella mañana al ritmo de Status Quo y su *It's Christmas Time* se ocupó de su erección matutina fantaseando con su objeto de deseo, se levantó de la cama satisfecho, se aseó, se limpió los dientes, se vistió con su ajado chándal, se calzó sus mugrientas deportivas y bajó por las escaleras a paso ligero.

Ya desde el descansillo del primer piso el olor a café recién hecho, hogazas de pan perfectamente tostadas, y el olor dulzón y agradable de la mermelada asaltó su olfato, y a sus oídos llegaba la conversación de su familia sentada alrededor de la mesa de la cocina disfrutando del desayuno.

Cuando entró en la cocina completamente decorada con motivos navideños, los saludó a todos: besó en la frente su abuelo Pietro, que daba pequeños sorbos a su café cargado sentado en su silla de ruedas. Hizo lo mismo con su padre, que estaba untando sus tostadas con mantequilla y mermelada, y besó a su madre en la mejilla mientras esta sacaba las últimas tostadas y las colocaba sobre la mesa.

—Donatello Constanza murió anoche — comentó el abuelo, entre sorbo y sorbo del café—. Su muerte ha tomado a su familia por sorpresa.

—El señor Constanza tenía ciento dos años, abuelo —le recordó su nuera—. Tenía tres bypass, le faltaba un pulmón, fumaba como un carretero y el hígado lo tenía prácticamente hecho paté. Te aseguro que no les ha pillado de sorpresa.

—Tendremos que preparar todo el papeleo del Señor Constanza, Dániel—intervino Salvatore, su padre—. No tardaremos mucho en tener

aquí a sus hijos y a sus abogados pidiéndonos el estado de sus cuentas.

—Está todo en regla, papá, no te preocupes —respondió Dániel mientras se untaba las tostadas con mantequilla y mermelada—. ¿Crees que podrás ocuparte tú de esto solo? Esta noche Sofía se marcha a Nápoles y he quedado con ella para arreglar unos asuntos, y luego para acompañarla al aeropuerto. Ni siquiera vendré a cenar.

—Un viaje un tanto repentino —comentó Fiorella a quién su nuera no le era especialmente simpática.

—Sé que ha habido un problema en su familia, pero no me ha explicado cuál —aclaró Dániel—. Según ella, estará de vuelta para la cena de Navidad.

El joven se bebió su café rápidamente y se levantó de la mesa.

—Dániel —le detuvo su padre—. Si pasas por delante de la funeraria del señor Enzo dile que se esmere en tener en orden todas sus cuentas y facturas antes de fin de año. Recuérdale que hemos de presentar su declaración antes del quince de enero.

—Así lo haré, papá.

—Y cuando vuelvas —intervino su madre—, pasa por la parroquia y dile a tu tío Vitto que venga a cenar esta noche, que voy a hacer pollo con cebolla, y ya sabes que es su plato favorito. También díselo a tu tía Lily, no quiero que piense que la hago de menos, aunque no sé si es buena idea tener a tus dos tíos juntos en la misma mesa. Últimamente, sus peleas han ido a más.

—Es que sentar a una misma mesa a un sacerdote y a una medio pilingui.....—musitó Salvatore y su esposa le dedicó una mirada asesina.

—¡Mi hermana no es ninguna pilingui! —exclamó, furiosa—. Tal vez un poco.....exótica.

Dániel sonrió, se despidió de ellos y, al pasar por delante del aparador donde estaban los tres muñequitos del abuelo.....

☐☐ *We wish you a Merry Christmas*

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas and a Happy New Year. ☐☐

Y salió a la calle con toda su melena desgreñada al aire, no sin que antes llegara a sus oídos la voz angustiada de su madre que le decía

al abuelo:

—¡Por Dios, abuelo! ¿Ya has puesto en marcha esos tres malditos muñequitos? ¿Y tendremos que sufrir esa maldita cantinela hasta el día de Año Nuevo?

Tras cruzar la cancela del jardín se detuvo, respiró profundamente el frío y cortante aire y observó la casi nula actividad en la calle. El sol despuntaba a esa hora temprana de la mañana y apenas varios coches bajaban por la calle. Se colocó los auriculares conectados a su smartphone, eligió una playlist de canciones navideñas (su época del año favorita), y sus oídos se llenaron con la canción de Darlene Love *Christmas, Baby Please Come Home*.

Se cubrió la cabeza con la capucha del chándal y se puso a correr calle arriba en dirección al Brooklyn War Memorial. Al llegar a Willow Street se detuvo, saltando sobre la acera, hasta que cuatro grandes camiones en cuyos laterales podía leerse "*Orquesta Sinfónica de Londres*" hubieron pasado; cruzó la calzada y comenzó de nuevo a correr, el aliento de su respiración subiendo por el aire en forma de vaho. A esas horas de la mañana las calles todavía no estaban concurridas y, siendo sábado, todavía menos. Se topó con algunos vecinos conocidos; y con desconocidos que cambiaban de acera al verle acercarse, mirándole con suspicacia, temerosos de que los atracara de un momento a otro. Varias calles más allá se encontró con un grupo de trabajadores que pegaban en muros y en vallas propaganda sobre algún tipo de espectáculo operístico; panfletos con el rostro de un cantante de ópera o algo por el estilo. Pasó junto a los trabajadores sin siquiera reparar en ellos.

Daniel solía correr sin hacer caso de lo que ocurría a su alrededor. Era como si de pequeño se hubiera puesto unas anteojeras, como a los caballos, y que le impedía mirar a los lados, sólo al frente, hacia su meta: una vida familiar, casado y con hijos. Así vivía Daniel y, por ese motivo, algunas veces pasaban cosas a su alrededor de las que no se enteraba.

Por ejemplo, no se enteró cómo, a su paso, la vieja Whitewater (la anciana amargada cuya única distracción era envenenar gatos y luego lanzarlos a la calzada para ver cómo eran despanzurrados por los coches) lanzó desde su jardín uno de los gatos que había envenenado esa noche, que cayó bajo las ruedas de otro camión que circulaba por Willow Street, en cuyo lateral, precisamente, había una gran foto del tenor antes mencionado. Las ruedas espachurraron al felino, reventándolo con tal precisión que las vísceras salieron despedidas por el aire y se quedaron pegadas con un "¡ichoff!!" contra los cristales de la cafetería del señor Giorgio; y los clientes que, a aquellas horas, se encontraban en la cafetería desayunando alegremente frente a sus humeantes y calentitas tazas de café y sus sabrosos muffins, observaron, espeluznados, las

entrañas y la sangre del minino deslizándose por los cristales.

La vomitona y el asco fue general, ante las risas de la vieja Whitewater que observó alegremente cómo sus vecinos se vomitaban los unos a los otros.

Pero Dániel siguió su camino, corriendo, siempre mirando al frente, sin voltear la mirada en ningún momento, salvo cuando cruzaba la calzada, claro está; tampoco era plan morir arrollado por un coche, y siguió corriendo cruzando calles, esquivando transeúntes y coches hasta llegar al parque Brooklyn War Memorial.

Allí siguió corriendo por el estrecho caminito de gravilla que rodeaba el pequeño bosquecillo; dio varias vueltas al parque, corriendo junto a otros corredores o cruzándose con ellos, sin mirarlos ni reparar en ellos. Después de media hora se detuvo, jadeante, y se tumbó sobre el césped donde hizo estiramientos de relajación muscular, varias tandas de flexiones y ejercicios de abdominales.

En aquel momento fue cuando lo vio: el motivo por el que cada mañana, desde hacía cinco años, venía a ese parque a ejercitarse.

Su objeto de deseo.

El Desconocido de los Ojos Negros.

Así lo llamaba él.

Cuando se fijó en ese hombre por primera vez hacia unos cinco años aproximadamente, Dániel sintió como si una flecha invisible sujeta a un hilo también invisible saliera disparado de él, y se clavara en el desconocido.

Desde entonces, una fuerza que no se veía capaz de controlar, tiraba de él hacia aquel extraño.

No lo conocía, ni lo había saludado nunca, ni siquiera un triste "hola".

Nada.

Pero cada mañana al levantarse, sentía la fuerza que tiraba de él, y que le obligaba ir hasta el parque, y verlo, aunque fuera un breve momento.

Y en las contadas ocasiones que hacía el amor con Sofía y la miraba a los ojos, que también eran negros, fantaseaba con él, y se

imaginaba entre sus brazos, besándose, haciéndole el amor.

Lo vio pasar por el camino a unos metros de él, el vaho de su respiración surgiendo por su boca; una boca por la que Dániel suspiraba y le provocaba que el estómago le hiciera piruetas, y le siguió con la mirada hasta que se perdió al llegar a una curva del camino y se internaba entre los árboles.

Dániel se incorporó, suspiró profundamente con tristeza, comprendiendo que le estaba ocurriendo lo mismo que le pasó con Taylor Hunter cuando era un adolescente.

Pero ahora tenía veinticinco años, y había madurado. Ya no era el tierno adolescente que creía en grandes amores románticos y cosas por el estilo. Sabía que nunca podría vivir un gran amor. Porque no existían.

Los grandes amores solo ocurrían en libros y películas.

Triste y cabizbajo, emprendió la carrera de regreso a casa.

Como le prometió a su padre, pasó por la funeraria y, al entrar, tuvo que esquivar un muerto que se les había caído a los operarios del señor Enzo, cuya cara pálida en forma de parca estaba tornando de un color rojo raro mientras gritaba y golpeaba a sus operarios que se afanaban en volver a meter el fiambre en su caja, al tiempo que intentaban esquivar las embestidas de su furioso jefe.

—Perdona, Dániel, ahora estoy contigo—le dijo Enzo cuando lo vio entrar. Dejó de golpear a sus empleados y se enjuagó la sudor que perlaba su frente—. ¡Pero...Qué estáis haciendo, tarugos!

—Es que la tapa no se cierra, jefe—se disculpó uno de sus ayudantes mientras aporreaba la tapa del ataúd para que se cerrara.

—¡Que le habéis dejado una pierna fuera, miserables! —gritó Enzo mientras corría hacia ellos, aunque demasiado tarde.

—Ya se ha cerrado jefe—anunció el operario, satisfecho.

—¡Pero qué habéis hecho, alimañas!—clamó Enzo mientras las venas del cuello comenzaba a hincharse de forma peligrosa—. ¡Le habéis seccionado la pierna al señor Constanza!

Se agachó, cogió la pierna seccionada del suelo y comenzó a arrearles patadas a sus operarios con la extremidad del difunto.

—¡Yo os mato! —gritó y les lanzó la pierna a la cabeza—.

¡Cosédsela, y rápido antes que lleguen sus familiares!

Al final prestó su atención en Dániel, que había entrado en la oficina y ojeaba los libros de cuentas.

—¡Tengo a unos empleados ineptos!—se quejó amargamente mientras se enjuagaba con un pañuelo la sudor de la frente.

—Tenga cuidado con estas facturas, señor Enzo—le informó el joven mostrando unos papeles—. No las mezcle con estas otras, pues tienen que incluirse en el segundo trimestre del año que viene para conseguir una desgravación fiscal más favorable.

—No te preocupes. Lo revisaré por la tarde, ahora tengo que arreglar al señor Constanza.

—He venido para recordarle que tenga preparadas todas sus cuentas para principios de año—le dijo Dániel—. Sólo tenemos hasta el día quince para presentar sus efectivos y sus tasas anuales. Piense que puede caerle una multa.

—Lo tendré listo para el día dos, así que descuida.

—De acuerdo, señor Enzo. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Dániel. Y manda saludos a tus padres.

—¡De su parte! —dijo Dániel ya en la puerta.

Después siguió corriendo hasta que pasó frente a la casa de la vieja Whitewater, que sacaba de su casa, sacudiéndolos con un gato muerto que tenía agarrado por la cola, a un par de policías que intentaban llevársela detenida por la denuncia del señor Giorgio, el dueño del bar.

Más tarde se detuvo en la carnicería de los Manzone, recogió unos papeles y unas facturas, y corrió hacia la peluquería de su tía Lily.

Cuando Dániel llegó allí ya habían varias clientas haciendo cola frente la barrera bajada de la peluquería, discutiendo sobre la detención de la vieja Whitewater por parte de la policía y de los varios contusionados que había habido entre las fuerzas de seguridad, atacados por la vieja salvaje, que se había defendido como una pantera.

Un minuto después, su tía Lily, la hermana pequeña de Fiorella, apareció por la esquina; una mujer de cuarenta y cinco años, demasiado maquillada, demasiado pintada y demasiado escotada para

su edad, cuyo color de cabello abarcaba toda la gama de colores del arcoíris.

Con tres matrimonios y otros tantos divorcios a sus espaldas, tía Lily era todo lo contrario a su sobrino Dániel: Si Lily era el día, Dániel era la noche; si ella era el Ying, él era el Yang. Si el aspecto de su tía era un festival de colores vivos y llamativos, la de él era triste y gris. Sin embargo, se idolatraban.

El mayor sueño de tía Lily era un día poder coger a Dániel, untarlo de cera y quitarle hasta el último pelo de su cuerpo; convertir su uniceja en dos bien separadas y perfiladas; cortarle las greñas y afeitarse la cara.

Aunque sabía que aquello era un sueño imposible, tía Lily jamás perdía las esperanzas. Por eso, al verle aquella mañana frente a su peluquería, lo miró esperanzada.

—¿Vienes a que te depile enterito?

—No, tía Lily —negó Dániel mientras la ayudaba a levantar la barrera de metal—. Mamá quiere que vayas esta noche a cenar a casa.

Tía Lily saludó a sus matutinas clientas y dedicó una mirada de suspicacia a su sobrino.

—¿Pollo con cebolla, verdad? —preguntó con ironía y Dániel sonrió—. Quiere invitar a tu tío Vitto y, para no sentirse culpable, me invita también a mí.

—Eso creo —rio Dániel.

Tía Lily abrió la puerta de cristal de su peluquería y sus clientas comenzaron a entrar en ella. En aquel preciso momento, una bicicleta frenó a su lado y tía Lily le dedicó al sacerdote que montaba en ella una mirada cargada de rencor.

—Hablando de la mona chita con sotana.... —murmuró por lo bajo.

—Hola, tío Vitto —saludó Dániel al sacerdote y este los miró, con una sonrisa cruzando su atractivo rostro. Vittorio Carluccio, el hijo pequeño de Pietro Carluccio, tenía la misma edad que tía Lily y había heredado de su padre la nariz angulosa y los penetrantes ojos marrones, y el temperamento calmado y sosegado de su hermano Salvatore.

—Buenos días —saludó.

Tía Lily lo ignoró y Dániel se acercó junto a él.

—Precisamente ahora iba en tu busca, tío Vitto —le dijo el joven—. Esta noche mamá va a preparar pollo con cebolla y quiere que vengas a casa a cenar.

—Pero si tú odias el pollo con cebolla —le dijo su tío.

—Sí, pero yo no cenaré con vosotros; cenaré con Sofía en la Trattoria de Francesco. Esta noche viaja a Nápoles y quiero acompañarla al aeropuerto para despedirme de ella.

—Sofía —dijo tío Vitto mirando a su sobrino con amabilidad—. Una buena chica. Una buena mujer. Puede que una buena esposa.

—¿Una buena chica? —intervino Lily mirando a Vitto—. Como siempre, te falla el instinto, Vitto.

—Mira quién fue a hablar de instinto —le replicó Vitto con desprecio—. La que se casó tres veces, y tres veces se divorció. ¡Menudo instinto el tuyo para elegir marido!

—Al menos yo no he destrozado la vida de nadie —le dijo Lily con frialdad—. Cosa que no puedes decir tú. Además, sigo pensando que Sofía no es mujer para Dániel.

Dániel miró a sus tíos con desasosiego. Desde siempre, ambos se habían tenido inquina; era raro el día en que se vieran y no discutieran, y nunca, nadie, había descubierto el motivo.

—No os peleéis ahora —intervino Dániel—. No estoy de acuerdo contigo, tía Lily. Sofía es perfecta para mí.

—A veces, lo perfecto no es lo que nos conviene —replicó Lily y Vitto la ignoró y miró a su sobrino.

—Tu madre me dijo que os prometisteis la semana pasada y que os casáis en un año; me alegro por ti, y por ella. Sé que se llevará a una gran persona.

—Yo quería reunir a toda la familia para anunciarlo—se disculpó Dániel—, pero ya sabes lo impetuosa que es Sofía y no pudo esperar.

Tío Vitto puso una mano sobre el hombro de Dániel y le sonrió.

—No te preocupes, Dániel. Bueno, te dejo. Tengo que preparar el funeral del viejo Donatello Constanza. ¿Sabías que murió anoche?

—Sí —asintió Dániel—. Acabo de estar en la funeraria y he visto al señor Enzo pateando con la pierna del viejo Donatello a sus ayudantes.

—¿Qué? —preguntó el tío Vitto, extrañado.

—Nada, tío. Recuerda la cena de esta noche.

Tía y sobrino observaron cómo el sacerdote desaparecía en la esquina montando en su bicicleta, y Lily movió la cabeza con pesadumbre.

—No lo soporto —dijo finalmente—. Cada vez que lo veo me entran ganas de quemar iglesias. Tengo que dejarte, Dániel; tengo mucho trabajo y si no entro ya, el aquelarre de brujas de ahí adentro me destrozará la peluquería. En cuanto a lo de tu madre —añadió—, veré lo que haré. En todo caso, la llamaré para confirmar si voy a cenar o no.

—Pero si vas, prométeme que no te pelearás con tío Vitto —pidió él—. Sabes que eso disgusta a mi madre; y últimamente está rara.

—Sí —asintió Lily—. La he visto decaída desde hace unas semanas, pero no he conseguido sacarle nada. Será por tu compromiso con Sofía. Sé que a ella tampoco le cae muy bien. No me sorprendería que se pusiera contenta si tu novia optara por no volver a los Estados Unidos y se quedara en Italia con su familia.

—¡Tía Lily! —estalló Dániel, ofendido—. ¡Es mi prometida!

—Nunca te he mentado, Dániel. Siempre te he dicho que tu novia no me cae nada bien —le dijo ella—. Hay un no sé qué en sus ojos que no me gusta.

—Pero es mi novia —le replicó él—, y me voy a casar con ella. Y has de aceptarlo.

—Y lo acepto, Dániel —asintió ella—. Y te apoyo en ello. Pero no puedo evitarlo.

Dániel le dio un beso rápido para cortar la conversación.

—Nos vemos, tía —se despidió él, corriendo calle abajo, ante la mirada atenta e inquisitiva de Lily.

En Henry Street esquina con Union Street estaba situada la pequeña y acogedora trattoria pizzeria Francesco, donde, decían, se hacían las mejores pizzas de Brooklyn.

Allí cenaban esa noche Dániel y Sofía antes de que esta última partiera hacia Italia por asuntos familiares.

Sofía era una chica de veintiséis años, de larga cabellera morena, de ojos negros chispeantes y una sonrisa permanente en sus labios.

Estaban sentados uno frente a otro, iluminados por la tenue iluminación del local y por unas velas colocadas sobre la mesa. La música tradicional napolitana sonaba silenciosa, otorgando un grado de romanticismo añadido al de por sí romántico lugar. Habían cenado y ahora bebían cava mientras los dos jóvenes se miraban con cariño.

—Te prometo que estaré aquí para el día de Navidad —aseguró ella—. El avión sale de Nápoles a las ocho de la mañana y llega a Nueva York a las doce del mediodía por el cambio horario. El asunto familiar que me lleva a Italia no es grave y es fácil de solucionar.

—Todavía no me has contado qué es lo que ha pasado en tu familia— se quejó Dániel, contrariado—. Si hay algún problema que afecta a tu familia, también me afecta a mí.

Sofía le sonrió arrebatadoramente.

—Eres un encanto —dijo ella, cariñosamente—. Pero prefiero contártelo cuando vuelva. No quiero preocuparte ahora, en Navidad. Además, ya te he dicho que no es un problema grave. Si fuera así, yo no estaría tan tranquila.

Él sonrió y la acarició el rostro.

—Te echaré de menos —aseguró él.

—Yo también —dijo ella—. Lo que me lleva a abrir otro tema, Dániel.

—¿Qué ocurre?

—Me gustaría que adelantáramos nuestra boda —respondió ella y él la miró, sorprendido.

—Quedamos que nos casaríamos dentro de poco más de un año, en primavera.

—¿Y para qué esperar tanto? —se quejó ella— ¿Acaso no quieres casarte conmigo?

—Claro que sí —tutubeó él—. Lo que pasa es que yo quería esperar a tener nuestra propia casa. En un par de años habré ahorrado lo suficiente para pagar la entrada de una casa y podríamos pedir un préstamo hipotecario. Entre lo que gano yo y lo que ganas tú tendríamos suficiente. Ya he hecho cuentas.

—No sé —dijo ella, zalamera—. Tengo ganas de vivir contigo. Había pensado que la casa de tus padres es lo suficientemente grande para vivir allí hasta que podamos comprar nuestra propia casa. Ya sabes que mi apartamento es minúsculo.

Dániel la miró y suspiró.

—Tendría que preguntarles a mis padres si están de acuerdo —dijo él—. Al fin y al cabo, es la casa de ellos.

—Estoy segura que tu padre nos apoyará en esto —dijo ella, convencida.

Él la miró y asintió.

—Hablaré con ellos. ¿Cuándo quieres casarte?

—¿Qué te parece a finales de enero?

—¡Tan rápido! —exclamó Dániel—. Piensa que hay que organizarlo todo: el banquete, la ceremonia, los vestidos.....

Sofía miró a Dániel con los ojos de cordero degollado y un mohín de tristeza.

—Venga, Dániel, hazlo por mí, cariño..... —sollozó manipuladoramente.

Dániel lanzó un profundo suspiro y asintió.

—De acuerdo, el último fin de semana de enero nos casamos.

—¡Gracias, amor mío! —gritó Sofía, levantándose y abrazando a Dániel y besándole una y otra vez—. ¡Me voy a casar— clamaba—. ¡Me

voy a casar!

La alegría de la pareja no pasó desapercibida para el resto de clientes y camareros, que los aplaudieron y vitorearon.

—¡Bravísimo! —aplaudían y Dániel miró a su alrededor sintiendo un nudo atenazador en el estómago.

—¡Señor Francesco! —logró decir—. ¡La cuenta!

—¡Enseguida, señor Dániel! —exclamó el dueño de la trattoría.

Estaban ya en el aeropuerto JFK y Dániel se estaba despidiendo de Sofía con un gran beso junto al control de pasajeros.

—Te echaré mucho de menos, cariño —dijo ella—. Y recuerda hablar con tus padres de la boda.

—Lo haré —asintió él—. Y hablando de padres, ¿vendrán los tuyos y el resto de tu familia a la boda? Me gustaría conocerlos. También para ir reservando el local, buscar lugar dónde alojarlos y todo lo demás.

—No —negó Sofía—. No habrá tiempo para conseguir los visados. Además, son demasiados. Sin embargo.....

Sofía calló y permaneció unos segundos en profunda meditación. Dániel la miró, alzando las cejas.

—¿Qué pasa, Sofía? —preguntó, sorprendido de ver a su novia tan pensativa.

—Verás —dijo la chica unos segundos después—. Ahora no tengo tiempo de contártelo con detalle, pero sí tengo un hermano que vive aquí, en Nueva York.

—¿Tienes un hermano aquí y no me lo has presentado ni a mí ni a mi familia? ¿Y me lo dices dos años y medio después de conocernos?— Dániel, que tenía un concepto de la familia muy arraigado, miró a su prometida realmente asombrado.

—Hace algunos años mi hermano y yo nos peleamos y dejamos de hablarnos; perdimos el contacto y.....—murmuró ella, pensativa—. Siete años, para ser exactos. La última vez que lo vi todavía vivíamos en Nápoles. Pero es una larga historia y ahora no hay tiempo para contártelo.

—Último aviso para el vuelo American Airlines nueve uno uno dos con destino a Nápoles, rogamos que embarquen por la puerta jota veintitrés —oyeron por los altavoces y Sofía garabateó una dirección en un papel apresuradamente.

—Toma. Ésta es la dirección de mi hermano. No tengo su número de teléfono. Por favor, ve a verle personalmente e invítale a la boda. Me gustaría reconciliarme con él. Después de siete años, espero que no siga enfadado conmigo —Sofía se quedó silenciosa unos instantes, mientras meditaba—. ¿Crees que podrías invitarle a la cena de Navidad en tu casa? ¿Les importaría a tus padres? —añadió al fin—. Es Navidad y me gustaría borrar nuestras disputas en estas fiestas tan señaladas.

—No creo que haya ningún problema —asintió Dániel guardando la nota con la dirección del hermano de Sofía en su cartera—. Venga, vete, que perderás el avión.

—Te quiero —dijo ella besándole y echando a correr hacia el control.

—Y yo a ti.

Sentado en el coche, aparcado en un descampado en la cabecera de una de las pistas del JFK, Dániel observó pensativo cómo un Boeing siete seis siete de American Airlines despegaba y tomaba altura lentamente sobre su cabeza.

Por un instante, a Dániel le habían caído las viseras que le impedían ver a su alrededor.

Tal vez Sofía viajaba en ese avión, pensó. ¿Quién lo sabía? Pero eso no era lo que realmente preocupaba a Dániel. Lo que le preocupaba era que cuando por fin su meta se estaba cumpliendo, el sueño largamente anhelado de casarse y formar una familia, de repente sentía un desasosiego y un temor como nunca antes había tenido.

Por la radio, Michael Bublé cantaba *Holly Jolly Christmas*, y Dániel se vio obligado a reflexionar sobre los acontecimientos que se estaban precipitando en su vida.

Sí, él tenía planeado casarse, pero en dos años. Ahora, al ver su matrimonio tan cerca, un sentimiento de vértigo y de pánico se había

adueñado de él.

Dániel reconocía para sí mismo que le gustaban los hombres y no le gustaban las mujeres. Sin embargo, iba a casarse con una de ellas! ¡Iba a vivir el resto de su vida con Sofía!

Aunque esporádicas (siempre encontraba una buena excusa para evitar encuentros íntimos), las relaciones sexuales con Sofía habían funcionado como un reloj.....al menos es lo que él creía.

Él la había sentido estremecerse bajo su cuerpo, así que supuso que ella gozaba y no fingía y él simplemente la había follado, no había hecho el amor con ella, mientras imaginaba que estaba entre los fornidos brazos del Desconocido de los Ojos Negros.

¿Estaba actuando correctamente? ¡Claro que sí! ¡Era pecado el amor entre dos hombres; un pecado mortal! Y Dániel no estaba dispuesto a pecar. Jamás lo haría. Por su religión, por su Dios, por su familia, principalmente por su padre.....

Nunca se perdonaría defraudar y avergonzar a su padre, nunca.

Las viseras volvieron a su lugar. Dániel enterró sus temores en lo más profundo de su interior, donde nadie pudiera encontrarlos, ni siquiera él, y volvió a comportarse mecánicamente como un heterosexual.

Arrancó el coche. Por la radio sonaba, cómo no, *All I Want For Christmas Is You*, de Mariah Carey, y se dirigió hacia la ciudad que nunca duerme que resplandecía en la lejanía.

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas and a Happy New Year.

.....Fue lo primero que oyó Dániel al abrir la puerta de su casa y entrar en el recibidor. Sobre el aparador, los tres tenores cantaban y agitaban sus caderas y, frente a ellos, el abuelo sentado en su silla de ruedas, mirándolos extasiado.

—Hola, nonno —saludó Dániel—. ¿Están todavía el tío Vitto y la tía Lily?

—No. Después de gritarse, de insultarse y de poner de los nervios a tu madre, se han ido —respondió el abuelo, agitando una mano—. Ahora, maneja el silencio y déjame escuchar la canción.

□□ *We wish you a Merry Christmas*

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas and a Happy New Year. □□

—¡ABUELO, DESCONECTA ESO O TE ARRANCO LAS RUEDAS Y TE LAS TIRO AL RÍO HUDSON! —bramó mamá desde la cocina.

—¡Bah! —despreció el viejo.

Daniel entró en la cocina y vio a su indignada madre que recogía los restos de la cena y metía platos, vasos y cubiertos en el lavavajillas.

—¿Dónde está papá?—preguntó.

—Ya está en la habitación escuchando ese viejo disco de Frank Sinatra —se quejó ella—. Tu padre se está volviendo viejo, Daniel. Pronto será como el abuelo y se juntará con él en el recibidor para oír cantar a los tres tenores.

□□ *We wish you a Merry Christmas*

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas and a Happy New Year. □□

.....Llegó la canción hasta la cocina, y Daniel sonrió.

—¡ABUELO! —bramó Fiorella fuera de sí.

—¡Va bene, va bene! —gruñó el viejo, desde el recibidor, y los muñecos fueron enmudeciendo uno a uno—. Disgraziata.

—Últimamente estás de muy mal humor, mamá —intervino Daniel—. ¿Estás menopáusica?

—¡Ojalá fuera eso! —cortó ella con sequedad—. ¿Para qué quieres ver a tu padre?

—Tengo que daros una noticia, aunque sé que pensaréis que es una decisión un poco precipitada —contestó Daniel.

Su madre lo miró con los ojos entrecerrados.

—Sofía quiere adelantar la boda, ¿eh? —musitó ella por lo bajo y Dániel asintió—. ¿Para cuándo?

—Para el último fin de semana de enero.

—¡Tan pronto! —exclamó su madre—. ¡Estáis locos o es que en Francesco os han metido marihuana en vez de orégano en la pizza! ¡Sólo tenemos un mes para prepararlo todo!

—Queremos vivir juntos de una vez, mamá —se quejó Dániel—. Tengo veinticinco años y creo que es hora de que pueda tener una vida propia.

—Los jóvenes de hoy en día no se van de casa de sus padres hasta los cuarenta, por lo menos —gruñó Fiorella—. Tú no me engañas. Esa idea no ha partido de ti. Te conozco muy bien, Daniello Carluccio, mucho más de lo que tú crees.

—La decisión ya está tomada y es un hecho que nos casaremos a finales del mes que viene— replicó él con vehemencia.

—Hablaré con tu tío Vitto a ver si puede arreglar la ceremonia —dijo ella poco convencida y visiblemente disgustada—. ¿Y dónde pensáis vivir? ¿Alquilaréis un apartamento? ¡El apartamento de Sofía es un cuchitril! ¡Es tan estrecho que puedes cagar y limpiarte los dientes a la vez! ¡No quiero que os alejéis mucho del barrio! ¡Llámame posesiva, pero te quiero tener cerca!

—Pensábamos vivir aquí hasta que pudiéramos comprarnos una casa —respondió él.

—¡Aquí! —exclamó Fiorella, contrariada—. ¡Os quiero cerca, pero no tanto! Ni por un momento te creas que esto será un hotel. Aquí cada uno tendrá que cocinar lo suyo. Se lo dices a tu novia. —La mujer lanzó un profundo suspiro y prosiguió:

—Habla con tu padre, a ver qué te dice. Estará encantado, por supuesto. Quiere verte casado y con hijos pululando a tu alrededor; como si eso no fuera a hacerle sentirse viejo.

—Hablaré con él ahora —asintió el joven.

—Dániel —le detuvo su madre—. Me da igual que te cases con Sofía o con quien quieras y que vivas o no aquí; yo lo único que quiero es

que seas feliz.

—Lo seré, mamá.

—Lo dudo mucho, hijo.

Daniel dejó a su madre rezongando por lo bajo sobre armarios y cosas sin sentido y subió por las escaleras hacia la habitación de sus padres.

A medida que subía llegaba más fuerte la voz de Frank Sinatra cantando *My Way* procedente del viejo tocadiscos en la habitación de sus padres.

—¿Puedo pasar, papá? —preguntó tocando con los nudillos a la puerta abierta.

—Pasa, hijo, pasa —y Daniel entró y observó a su padre sentado en el sofá, vestido ya con el pijama y el batín, las piernas estiradas sobre un reposapiés y con los ojos entrecerrados. Salvatore tenía casi sesenta años y el peso de una larga vida de trabajo hundía sus hombros. Bajó el volumen del tocadiscos y miró a su hijo—. ¿Qué ocurre, Daniel?

—Sofía y yo hemos decidido casarnos a finales de enero —informó y Salvatore abrió los ojos, asombrado, y, de un salto, se levantó.

—¡En serio, hijo! —exclamó y se lanzó a sus brazos—. ¡Qué alegría me has dado! No me parecía correcto que tuvierais que esperar dos años para casaros. Te felicito hijo.

—Gracias, papá.

Salvatore miró a su hijo, con orgullo, y asintió.

—Mi hijo casado —dijo con satisfacción. Luego miró hacia la puerta abierta y gritó para que lo oyera todo el mundo—: ¡Mi hijo se va a casar!

—¡Ya lo sé! —gritó Fiorella desde la cocina—. ¡Pero no te creas que las cosas vayan a ser diferentes! ¡Las cosas son como son por mucho que te empeñes en no verlo!

—¡Bah!, vieja ignorante —musitó Salvatore y Daniel lo miró, enfadado.

—¡Papá! —exclamó—. ¡No hables así de mamá!

—Dániel —dijo Salvatore cogiendo a su hijo de los hombros y mirándolo a los ojos—. ¿Quieres a Sofía?

—Claro que sí, papá —asintió él.

—Eso está bien pero, ¿la amas?

—¿Eh? —Dániel meditó unos instantes y examinó sus sentimientos. Miró a su padre fijamente—. No, papá, no la amo.

—¡Mejor! —exclamó su padre, alegremente. Se sentó de nuevo en el sofá y puso la música más fuerte—. ¡Eso está bien! ¡Sí, hijo mío! ¡Molto bene!

—No te entiendo, papá —dijo Dániel, confundido.

—Ya lo entenderás cuando seas viejo, Dániel. Ya lo entenderás.
—Se recostó en el sofá, satisfecho y se puso a cantar junto a Frank Sinatra—: *The record shows I took the blows and did it my way.*

Capítulo 3

Unos días antes de la Navidad:

□□ *We wish you a Merry Christmas*

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas and a Happy New Year. □□

—Menos mal que hoy no tendré que soportar a estos dichosos muñequitos —gruñó Fiorella mirando con odio los muñecos cantarines del abuelo, mientras salían de casa para asistir a la misa dominical—. Te prohíbo que el año que viene vuelvas a ponerlos, abuelo.

—Va bene, va bene —gruñó el abuelo Pietro desde su silla de ruedas, empujada por Dániel.

Era domingo por la mañana y la temperatura había bajado unos cuantos grados respecto al día anterior, y la familia Carluccio al completo bajaba calle abajo en dirección a la iglesia de San Genaro.

—Sólo ponlos que funcionen un rato, papá, no los tengas todo el día en marcha —le sugirió Salvatore, que caminaba junto a él en dirección a la iglesia.

—¿Hoy no comeréis en casa?—preguntó Dániel a sus padres.

—No —negó Salvatore—. Tengo una reunión con Cosme Castorini. Ya sabes, el constructor. Piensa construir unas casas en los terrenos de la antigua fábrica de zapatos. Me sugirió que invirtiera en ello y hoy tiene una reunión con los inversores.

—No sería mal negocio, papá —asintió Dániel— A Sofía y a mi tal vez nos interesaría comprar ahí un apartamento.

—Hablaré con don Cosme, a ver si consigo un buen precio —asintió Salvatore, pensativo.

—Y yo aprovecharé para ir a comer con mi amiga Enriqueta —intervino su madre—, la que vive en Coney Island. Eso me mantendrá

alejada de casa y de los muñequitos de tu abuelo todo el día. Él se quedará con tu Tío Vitto.

Luego, Fiorella miró a su hijo de arriba abajo, enfadada.

—No tienes ningún sentido del decoro —le regañó—. Mira cómo vienes a misa: en chándal, zapatillas de deporte y esas greñas que parecen un nido de pulgas. ¡Quítate esa capucha de la cabeza, que pareces un pandillero de barrio!

De repente todos callaron pues, al pasar por delante de la casa de la vieja Whitewater, vieron una agitación inusitada y a un grupo de gente curiosa agolpada frente a la verja verde; entre ellos estaban el señor Giorgio, el dueño del bar de enfrente, y el señor Enzo, el dueño de la funeraria.

Al acercarse, vieron algo sumamente extraño: en el jardín de la vieja, un grupo de gatos comían de la comida supuestamente envenenada por la Whitewater, ajenos a lo que ocurría a su alrededor. Y, a unos metros de ellos, a la vieja arpa defuncionada, estirada sobre el césped cuan larga era.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la mamá de Dániel al señor Giorgio.

—No sé —contestó el hombre, preocupado—. Esta mañana, cuando estaba abriendo el bar, he visto a la vieja correr como una posesa por la acera, de arriba abajo, echando fuego por la boca. Después se ha quedado ahí tirada, toda muerta.

Vieron cómo la policía y el juez inspeccionaban el cadáver y el señor Enzo se acercó a ellos.

—Pobre vieja Whitewater —musitó el hombre de rostro demacrado—. Se ha equivocado y, en vez de echar el veneno a los gatos, se lo ha echado a su café. Tiene la lengua y la garganta totalmente achicharrada; la lengua parece una berenjena hecha carbonilla.

—¡Grazie, Santa Madonna! —gritó el abuelo Pietro, alzando los brazos hacia el cielo alegremente—. ¡Por fin la ha diñado la vieja putanna!

—¡Papá, por Dios! —exclamó Salvatore.

Las misas del Tío Vitto solían ser cortas pero intensas y, para sorpresa de Dániel, siempre leía unas homilias o versículos que se

acercaban mucho al estado de ánimo del joven.

Aquel domingo, precisamente, eligió el versículo cuatro diecisiete del Apóstol Juan, y desde el púlpito tío Vitto leyó:

—Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor.

Aquellas palabras quedaron marcadas muy dentro de Dániel. Y, curiosamente, a lo largo del día, volvería a oírlas en su interior una y otra vez.

Una hora más tarde, la familia Carluccio salió de la iglesia y se despidieron del tío Vitto, que se hizo cargo del abuelo.

—Te vendré a buscar a las seis, abuelo —dijo Fiorella dándole un beso en la frente a su suegro.

—Va bene, va bene —dijo él con cariño—. Diviértete con tus amigas.

—Bueno, yo me voy a la reunión de Cosme Castorini —anunció Salvatore—. Nos vemos en la noche.

—Adiós —se despidió su mujer, besándole en los labios y lo observó alejarse moviendo negativamente la cabeza. Luego miró a su hijo que caminaba junto a ella de vuelta a casa—. Y tú, ¿qué vas a hacer?

—No sé. Con Sofía en Italia...—Dániel se encogió de hombros—. Me quedaré en casa, pediré comida china y veré un par de películas en la tele.

—Nunca me ha gustado esta vida solitaria que te impusiste hace años. Si no es con Sofía no sales de casa —refunfuñó Fiorella—. Eres un joven bueno, Dániel, agradable y simpático; y tienes don de gentes. No entiendo por qué nunca has querido tener amigos.

—Nunca me ha gustado tener mucha gente a mi alrededor —contestó él—. Siempre me ha gustado estar con vosotros. Sois unos buenos padres, y he tenido suerte de teneros a vosotros como familia. Además, ¿por qué siempre tienes que repetirme esta misma cantinela día tras día?

—Lo haré mientras no comprendas que no vas a ser feliz hasta que dejes de ocultarte detrás de esas greñas y esa horrible barba. Esto

que veo ante mí no eres realmente tú, Dániel.

—Yo soy feliz así, mamá.

—Si tú lo dices. Acompáñame hasta el metro —le pidió Fiorella zanjando el asunto.

—Por supuesto, mamá—asintió Dániel. En ese momento sonó su móvil y el joven miró en la pantalla—. Es Sofía —informó mientras descolgaba.

—¡Sofía!—exclamó—. ¿Cómo estás? Hace días que no sé de ti.

—*Es que he estado muy ocupada* —oyó el joven—. *Aquí hace un tiempo magnífico, y estoy contenta de volver a ver a mi familia, pero te echo muchísimo de menos.*

—Ya he hablado con mis padres y están de acuerdo con que nos casemos a finales de enero y que vivamos en casa.

—*Eso es estupendo, Dániel.*

—¿Ya has podido solucionar tu problema familiar?

—*Sí, todo está yendo a la perfección* —respondió ella—. *Llegaré a Nueva York el día de Navidad a primera hora de la tarde, a tiempo para la cena. ¿Y tú? ¿Has podido solucionar mi problema familiar?*

—¿Problema familiar?—preguntó Dániel confuso—. ¿De qué me estás hablando?

—*Me dijiste que irías a casa de mi hermano, ¿recuerdas? Te anoté su dirección. Me prometiste que irías y le invitarías a la cena de Navidad y a nuestra boda.*

—¡Tienes razón, lo había olvidado! —exclamó Dániel, angustiado—. Perdona, cariño, te juro que voy ahora mismo.

—*Prométeme que lo harás* —pidió ella.

—Te prometo que ahora mismo voy a verle.

—*Te cuelgo que la llamada es muy cara y aquí son las dos de la madrugada. No quiero despertar a mis padres* —dijo ella.

—De acuerdo, cariño. Te quiero —se despidió él sin saber que, en la otra parte del mundo, uno de los fuertes pilares que sustentaban su

vida se estaba viniendo abajo.

Sofía apagó su móvil, se quitó las sábanas de encima, enseñando sus voluptuosas curvas al joven italiano que la contemplaba con admiración, y se abrió de piernas.

—¿A qué esperas?—musitó sensualmente.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Fiorella mientras esta observaba cómo Dániel abría su cartera y buscaba con desespero algo dentro de ella.

—¿Dónde está, dónde está? —murmuraba para sí—. ¡Ah!—suspiró sacando un pequeño papel arrugado de dentro su cartera—. Aquí está.

—¿Qué es eso? —quiso saber su madre.

—La dirección donde vive el hermano de Sofía.

—¿Sofía tiene un hermano, aquí, en Nueva York —preguntó su madre, asombrada—. Creí que toda su familia estaba en Italia ¿Y cómo no nos lo ha dicho hasta ahora?

—No lo sé —respondió Dániel—. Me lo dijo en el aeropuerto, el día que la llevé. Creo que hace seis o siete años tuvieron alguna disputa familiar, según me contó, y desde entonces no ha vuelto a saber nada de él, hasta hace unas semanas que localizó dónde vive actualmente. Sofía quiere reconciliarse con él.

—¿Dónde vive? —preguntó ella y Dániel leyó la nota apresurada que Sofía le entregó en el aeropuerto.

—Se llama Giuliano Colucci —informó Dániel—, y vive en el dieciocho de Willow Place.

—Eso está a unas pocas manzanas de aquí —comentó Fiorella, sorprendida, frunciendo el cejo—. ¿Y ha tardado dos años en localizarlo siendo prácticamente vecinos?...Uhmmm —barruntó Fiorella por lo bajo—. Tengo un mal presentimiento.

—Sofía me ha pedido si podemos invitarle a cenar en casa el día de Navidad, para que se puedan reconciliar, y aprovechar para invitarlo a

la boda.

—Pondré otro cubierto en la mesa —respondió ella encogiéndose de hombros—. Cuidado con las disputas familiares ajenas, Dániel. No te inmiscuyas y deja que ellos arreglen sus problemas.

—Lo tendré en cuenta, mamá.

Veinte minutos más tarde, cuando Dániel llegó frente al dieciocho de Willow Place, la dirección garabateada por Sofía, descubrió que era un taller de ladrillo adosado a una pequeña casa, también de ladrillo rojo. Sobre la barrera metálica enrollable del taller, un letrero hecho de madera y letras grandes rezaba:

Carpintería Colucci

Luego, a un lado de una puerta abierta junto a la barrera, otro letrero más pequeño que anunciaba:

Se realizan trabajos de reparación en general y trabajos en madera bajo pedido.

A través de la puerta abierta y procedente del interior podía oír el débil zumbido de un taladro en funcionamiento.

Dániel suspiró y se dispuso a entrar en aquella carpintería, sin saber que estaba a punto de penetrar en el cubil de un ente oscuro y atormentado por su pasado; una persona huraña, triste, furiosa y de muy mal carácter.

Nada más entrar en la carpintería, un fuerte olor a madera atacó su olfato.

La carpintería era mucho más grande de lo que parecía desde fuera y a lo largo de las paredes había apilados paneles de madera, puertas, persianas, tablas y algunos muebles desvencijados aguardando a ser reparados.

El taller permanecía en penumbras ya que todas las luces fluorescentes que colgaban del techo estaban apagadas; solo había una luz tenue que colgaba del techo y servía de guía.

Colocada en el centro de la carpintería y a todo lo largo, se encontraba toda la maquinaria necesaria para el trabajo: fresadoras, punzonadoras, encoladoras, máquinas de corte rectas y circulares,

encuadradoras, cepilladoras....

Al ser domingo, toda la maquinaria permanecía quieta y silenciosa, y el suelo estaba lleno de serrín, virutas y trocitos de madera.

De pronto, Dániel dio un respingo cuando se topó de frente, en la penumbra de la carpintería, con una chiquilla pelirroja de unos diez años cuyos ojos brillaban en la oscuridad, y que portaba una muñeca de madera entre sus brazos. La chiquilla lo miró, entre sorprendida y asustada.

—Hola —saludó Dániel, sonriéndola. Aventuró que sería la hija del hermano de Sofía. Así que, probablemente, sería su futura sobrina.

—Hola —dijo la niña, mirándole con recelo.

—¿Sabes si está aquí Giuliano Colucci? ¿Es tu papá?

—¡Julian!—gritó la chiquilla mirando hacia el fondo de la carpintería donde una luz brillaba en la oscuridad—. ¡Aquí hay un señor peludo medio tarado que pregunta por ti!

—¡Dile que está cerrado y que vuelva mañana!—se oyó una voz grave y hosca que gritaba desde el fondo del local—. ¡Y cuidado cuando cruces la calle; no tengo ganas de enfrentarme a tus padres si te arrolla un camión!

La niña miró a Dániel, encogiéndose de hombros, y salió corriendo apretando firmemente la muñeca de madera contra su pecho.

La niña había llamado Julian al hermano de Sofía, así que Dániel supuso que, al adoptar la nacionalidad estadounidense, cambió su nombre italiano, Giuliano, por el de Julian.

Sin poder evitarlo, Dániel pensó en su colección de libros de Los Cinco, colocados en una estantería que colgaba, solitaria, en la fría y gris pared de su buhardilla. El hermano de Sofía se hacía llamar como su protagonista, con el cual Dániel tuvo su desperatar sexual.

Sonrió y avanzó hacia el fondo del local, donde la luz de una lámpara de mesa resplandecía entre la penumbra y desde donde llegaba el sonido de golpes suaves sobre la madera. A medida que se internaba en la carpintería fue descubriendo trabajos en madera realmente espléndidos: una mecedora, una mesa de comedor restaurada, unas sillas medio ensambladas.

Pero lo que más le llamó la atención fue, al fondo del local, en un sitio apartado del resto de la carpintería, sobre unas estanterías, una

docena de muñecas de madera a medio hacer; unas esperando ser vestidas, otras esperando a que le ensamblasen las piernas o los brazos.

Luego, junto a la estantería, una figura en madera a tamaño natural muy conocida por Dániel estaba a medio construir: era el androide cazarrecompensas IG-88, que aparecía a bordo del superdestructor de Darth Vader en *El Imperio Contraataca*.

Dániel observó, con gran sorpresa, la calidad del trabajo en madera llevado hasta el más mínimo detalle. Después, cogió una muñeca de la estantería y la examinó detenidamente.

Sin duda sólo la mano de un gran artesano había podido hacer aquel trabajo tan perfecto.

Sentado frente a un banco de trabajo, dándole la espalda, un hombre de más o menos su misma edad trabajaba con un cincel y un martillo sobre un trozo de madera. De pelo moreno y de anchas espaldas, el joven estaba concentrado en su trabajo y ni siquiera alzó la mirada cuando Dániel se acercó hacia él.

—Bonitas muñecas —comentó Dániel—. Es un excelente trabajo.

—Ya he dicho que es domingo y está cerrado —gruñó el joven con voz profunda y hosca, sin dejar de trabajar—. Si quieres algo, ven mañana.

Dániel observó en lo que estaba trabajando el hermano de Sofía, las manos enfundadas en guantes, sujetando con la izquierda, de forma extraña, el cincel, y con la derecha el martillo, y reconoció la figura que iba tomando cuerpo del trozo de madera en forma de cubo de, aproximadamente, un metro de altura.

—¿Un probot imperial?—preguntó y Julian, el hermano de Sofía, se giró hacia él, levantando sus ojos para mirarle, y Dániel vio su rostro huraño y sombrío por primera vez a la luz de la lamparilla.

¡Jesús, María, José y todos los santos apóstoles! Pensó, aturdido.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Dániel, desde el nacimiento de sus cabellos hasta las uñas de los pies; una sensación que sólo la había sentido una vez antes. Y sólo pudo pensar:

¡Mierda, mierda, mierda!

Era el Desconocido de los Ojos Negros.

Esos ojos se clavaron en él con evidente sorpresa, como si lo hubiera reconocido. Unos ojos negros y profundos como pozos; tan profundos que Dániel temió caerse dentro de ellos. Y la verdad es que tenía la impresión de caer: sentía un gran vértigo en el estómago y empezó a encontrarse realmente mareado; el corazón comenzó a palparle a toda velocidad y un nudo se le formó en la garganta. Su rostro enrojeció, pero como lo tenía oculto detrás de la espesa barba mal recortada, el hermano de Sofía, que lo miraba fijamente, no podía reparar en ello.

—¿También eres fan de Star Wars?—preguntó Julian en tono arisco, volviendo a su trabajo.

—Más o menos —confirmó Dániel, con dificultad, sintiendo la garganta reseca y tragando saliva.

—Las figuras de Star Wars son muy caras —explicó Julian—. Y yo puedo hacérmelas, y me producen más satisfacción.

—¿Las vendes?

—No. Las hago para mí.

—He contemplado el cazarrecompensas IG-88 de ahí detrás y, realmente, es un trabajo espectacular, en serio. Estoy impresionado.

Julian volvió a mirarle unos segundos.

—Te conozco —le dijo volviendo a golpear con el cincel a la madera, moviéndolo con destreza, lanzando virutas al aire.

—¿De qué me conoces? —lo preguntó por preguntar, porque Dániel conocía la respuesta.

—Todas las mañanas te veo haciendo ejercicio y entrenando en el Brooklyn War Memorial.

—Pues sí —asintió Dániel, hablando con dificultad mientras trataba de calmar su desbocado corazón. Por lo visto, Julian también se había fijado en él, y eso le produjo cosquillas bajo el diafragma—. Suelo ir allí todas las mañanas.

—Lo sé. ¿Y qué es lo que quieres? Como puedes ver está cerrado y es domingo.

—Vengo de parte de tu hermana Sofía —informó Dániel y se sorprendió cuando el joven sombrío le dedicó una mirada llena de odio y de rabia; un odio que rezumaba por esos ojos negros,

como lava ardiente surgiendo por la boca del Vesubio.

—¡Mi hermana!—escupió Julian con rencor—. ¿Has estado en Nápoles y la has conocido?

—¿Qué? No —negó Dániel, un poco sorprendido—. Tu hermana hace más de dos años que vive aquí, en Nueva York.

—¿Vive aquí?—preguntó, sorprendido, como si no creyera una palabra de lo que le decía—. Y he tardado dos años en enterarme. ¡Menudo interés ha tenido ella en localizarme!

—Yo no sé lo que realmente ha pasado entre vosotros, pero.....

—¿Y tú quién eres? —le cortó secamente—. ¿Su recadero? ¿Por qué te manda a ti y no viene ella a dar la cara?

—Hace una semana tuvo que viajar a Nápoles por un problema que ha habido en tu familia.....

En ese instante, Julian se levantó de sopetón; tiró la figura que estaba tallando al suelo y le dio una patada a la silla en la que había estado sentado un segundo antes, que voló por los aires. Todo fue tan rápido que Dániel retrocedió, asustado y sorprendido, y chocó de espaldas contra la fría superficie de una sierra circular.

El rostro sombrío de Julian estaba rojo de la ira, las venas del cuello hinchadas, y miraba a Dániel con un profundo odio.

—¡No me nombres a mi familia —le gritó fuera de sí—. ¡Yo ya no tengo familia! ¡He tardado siete malditos años en olvidarlos! ¡Siete malditos años para que tú vengas aquí, a mi hogar, que tanto esfuerzo y penurias me ha costado levantar, a hurgar en mis heridas!

Dániel le miró también enfadado. No le estaba gustando para nada que aquel tipo con pinta de macarra de barrio le gritara sin ninguna razón aparente. Por algún motivo, Julian no sólo estaba peleado con Sofía, si no con toda su familia y el resto de la humanidad. Y estaba seguro que, si alguien tenía la culpa en aquella pelea familiar, era suya.

—¡Oye, no es necesario que me grites! —le gritó a su vez Dániel enojado—. No sé qué coño te pasa, ni sé de qué va todo tu odio contra tu hermana y tu familia, así que te calmas y no lo pagues conmigo, que yo nada tengo que ver en todo esto.

—Tú no vienes a mi casa a decirme si me tengo que calmar o no —le amenazó Julian apuntándole con un dedo—. ¿Y para qué te ha mandado mi querida hermanita?

—Bueno —respondió Dániel en un tono que esperaba que calmara a aquel ser oscuro y colérico—. Tu hermana quiere hacer las paces contigo y le gustaría... Nos gustaría que cenaras con nosotros y mi familia en mi casa, en Navidad; y aprovechar para invitarte a nuestra boda. Vamos a casarnos a finales de enero y nos gustaría que asistieras.

Una sonrisa amarga cruzó el semblante enojado de Julian.

—¿Vas a casarte tú con mi hermana Sofía? —preguntó con desprecio mirándole de arriba abajo—. No tienes pinta de millonario ¿Y qué beneficio va a sacar ella con esta boda?

—¿Beneficio? —preguntó Dániel, sin comprender.

—Mi hermana es fría y calculadora —le dijo—. La conozco muy bien, y si se casa contigo es porque saca de ello algún beneficio.

—Tu hermana no es así —replicó Dániel, ofendido de que insultara de aquella manera a su prometida.

—¡Tú no conoces a mi hermana! —le gritó Julian—. ¡Tú no sabes de lo que es capaz de hacer para conseguir sus propósitos! ¡Me arrebató mi vida! ¡Me la arrancó de cuajo por un puñado de euros!

—¡Oye, deja de gritarme de una vez! —le gritó a su vez Dániel totalmente confundido, tratando de apaciguarlo—. Mira, yo no sé de qué va todo este asunto. Te juro que Sofía no me ha contado nada. Sólo me pidió que viniera aquí y te invitara a cenar en Navidad. Lo único que sé es que hace unas semanas localizó tu dirección y me pidió que viniera a verte, nada más.

Pero Julian no lo escuchaba. Se agachó y recogió el pedazo de madera en el que había estado trabajando y volvió a colocarlo sobre el banco de trabajo. Cogió una lija y quitó unas asperezas en la superficie de lo que algún día sería un juguete.

—Y ahora va a casarse contigo —murmuró para sí, divertido—. ¡Qué irónica puede ser la vida a veces! Lo ha conseguido. —Miró a Dániel sin abandonar el tono sarcástico—. Realmente lo ha conseguido: hundirme más en mi miseria. Y, para colmo, quiere que asista a vuestra boda.

Dániel no sabía qué decir ni qué hacer. Estaba descubriendo que el hermano de Sofía era un ser atormentado por

algún motivo que él desconocía. Lo único que podía hacer era mirarlo, ser paciente y escucharle a la espera de que le contara cuál era el motivo de su profundo odio y la enemistad con su familia.

—Por lo visto, Sofía tiene la vida solucionada —se quejó Julian, amargado—. Pero, ¿y yo? ¿Qué es mi vida? Dicen que la vida es amor; que el trabajo es amor. Y eso es lo único que hago yo: trabajar, trabajar, trabajar. Aquí se respira amor por todas partes —exclamó sarcásticamente abriendo los brazos, abarcando toda la carpintería—. ¿Y tendría que sentirme muy feliz, verdad?

Dániel se encogió de hombros, mirándole fijamente, desafiante.

—¿Queréis que vaya a vuestra boda para restregarme en la cara lo felices que sois? —le preguntó Julian con odio, mirándole con desprecio—. ¿Y dónde coño está mi felicidad?

Dániel le siguió con la mirada, confundido, esperando que Julian le explicara de una vez qué había ocurrido entre él y su familia, mientras éste caminaba de un lado a otro del taller, como un animal enjaulado, dispuesto a atacar y hundir sus garras a la mínima ocasión que se presentara.

—¡Sofía me la arrebató! —le gritó fuera de sí—. ¡Y claro! ¡Te manda a ti para que puedas ver al despojo en que convirtió a su hermano! ¡Al desviado! ¡Al bicho raro! ¡Al tullido!

—Te juro que no sé de qué me hablas —acertó a decir Dániel, entre su confusión.

—¿Ah, no? —espetó Julian mientras ponía en marcha la sierra circular que estaba junto a ellos. La máquina entró en funcionamiento con un zumbido y Julian puso su mano izquierda enfundada en un guante de trabajo justo delante de la fina sierra que giraba a toda velocidad, mirando a Dániel fijamente a los ojos, desafiante. Y Dániel descubrió, de pronto, cuál era su intención.

—¡Qué te crees que estás haciendo! —gritó Dániel saltando hacia él para detenerle, pero llegó demasiado tarde: con un chasquido estremecedor, la sierra cortó la mano izquierda de Julian limpiamente a la altura de la muñeca.

—¡Qué te has hecho, desgraciado! —bramó Dániel asustado, a punto del desmayo, agarrando a Julian por el brazo mutilado y apretándolo con todas sus fuerzas para detener la hemorragia.

La mano enguantada amputada seguía sobre la máquina cortadora. Sin embargo, observó Dániel confundido, no había rastros

de sangre por ningún sitio; y ningún chorro de sangre mojaba el suelo lleno de serrín y virutas de madera.

Sorprendido, Dániel se atrevió a bajar su mirada por el brazo de Julian hacia la herida, esperando ver hueso, carne desgarrada y las palpitantes arterias escupiendo sangre, pero lo único que descubrió fue un muñón donde antes hubo una mano; una imperceptible herida que hacía años había cicatrizado.

Miró la mano inerte sobre la sierra y reparó que era artificial. Comprendiendo y enojado, soltó el brazo de Julian con rudeza.

—¡Por qué me has dado este susto! —le gritó sintiendo que el corazón le palpitaba furiosamente.

—¡Por culpa de ella me quedé sin mano! —le gritó Julian señalándose el muñón— ¡Por culpa de ella me quedé sin mi felicidad! ¡Por culpa de ella me quedé sin familia! ¡Sofía tiene mano! ¡Sofía tiene familia! ¡Sofía tiene felicidad! ¡Sofía tiene hasta quien la quiera y se case con ella! ¿Y yo, qué? ¡NADA! ¿Y ahora quieres que la perdone, que deje a un lado mi angustia y los últimos siete años de hambre, penurias y miseria y lo olvide todo?

Dániel permaneció mudo y perplejo; un tenso silencio cayó sobre el taller de carpintería cuando la cinta cortadora se detuvo al fin. De pronto, el rostro de Julian, contraído por la ira, se relajó; un mar de angustia se dibujó en su mirada; tanta tristeza y desaliento en aquellos ojos negros que Dániel se sintió conmovido.

Los ojos de Julian enrojecieron y lágrimas que brillaban bajo la luz de la lamparilla cayeron por sus mejillas hasta el suelo, mojando el serrín. Sorbiendo las lágrimas, cogió su mano artificial y la observó con los ojos cargados de tristeza y angustia.

—Sólo basta un segundo, sólo uno —susurró tristemente—, para que una persona abra los ojos y vea que toda su vida, todo en lo que cree, todo lo que ama, se hunde y desaparece en el pozo de la desesperación.

Julian meneó la cabeza con tristeza mientras se enjuagaba las lágrimas con el reverso de su mano derecha. Miró a Dániel con la desesperación dibujada en sus húmedos ojos.

—Jamás va a haber felicidad para mí —sentenció.

Sin saber todavía lo que había ocurrido entre Julian y su familia, Dániel no pudo hacer nada más que permanecer en silencio, mirándole, mientras sentía sentimientos encontrados en su interior,

comprendiendo que aquel hombre vivía un tormento desde hacía tiempo: sin familia, sin mano, solo. La educación religiosa de Dániel le impedía marcharse y dejar a aquel ser atormentado, amargado y depresivo hundirse aún más en las miserias de su odio.

Julian necesitaba ayuda, y él quería dársela. Además, no quería dejar de verlo; necesitaba estar junto a él. Había el fino hilo de fuerza invisible que le estiraba hacia él; algo le impedía apartar la mirada del joven que respiraba con dificultad mientras trataba de aplacar sus lágrimas.

El tenso silencio dentro del taller de carpintería se vio de pronto roto por un crujir de tripas, que sonó en el silencio como un estampido, y Dániel miró a Julian, enrojeciendo de la vergüenza.

—No he comido nada desde el desayuno y tengo hambre —le dijo en tono amable, intentando romper el dramatismo del instante—. Invítame a comer y hablemos.

Julian lo miró fijamente con rencor y Dániel sostuvo su mirada, desafiante. El joven se colocó la mano artificial en su muñón del brazo izquierdo y se dirigió hacia una puerta que había a un lado. Apagó la pequeña lámpara que iluminaba su mesa de trabajo, y dejó el taller sumido en las penumbras. Dániel le siguió hacia el interior de su casa.

—¿Vives solo?—le preguntó Dániel—. ¿Estás casado?

—Quién va a querer vivir con un tipo amargado y tullido como yo —murmuró Julian, amargamente, mostrándole la mano postiza—. ¿Quién se va a enamorar de mí?

Yo, por ejemplo.

Ese pensamiento cruzó la mente de Dániel de pronto, y el joven se sintió turbado y terriblemente mareado y enfermo.

Normalmente, ante aquel pensamiento, Dániel hubiera salido huyendo; no le hubieran bastado los pies para correr, y hubiera corrido hacia la parroquia a rezar y confesarse de sus blasfemos pensamientos. Porque los pensamientos que tenía sobre Julian y sobre lo que le haría, no eran aptos para menores. Pero no podía: una fuerza desconocida para él lo empujaba a seguir a Julian hacia el interior de su hogar.

Capítulo 4

La Nieve Que Ardió

Para sorpresa de Dániel, la casa de Julian hubiera hecho feliz a cualquier fan de Star Wars.

Nada más entrar en el recibidor, un Darth Vader con la mano extendida dispuesto a estrangular a alguien y a tamaño natural presidía la entrada, además de varias figuras de madera de naves, personajes y un diorama de la Batalla de Hoth de tamaño más reducido, todo ello colocado sobre estanterías o sobre el aparador. La figura que más llamó la atención de Dániel era un diorama en la que se representaba a Darth Vader y a Luke Skywalker, su hijo, a bordo de Ciudad De Las Nubes, después de que el Señor Oscuro cortara la mano del joven rebelde.

En la imagen, Darth Vader, con la espada de luz llameante, miraba bajo el casco de respiración a su hijo Luke caído sobre una pequeña pasarela, con la mano recién amputada. Tan detallada, que se podía ver la diminuta mano amputada de Luke cayendo junto a su sable láser.

—¿Todo esto lo has hecho tú? —le preguntó Dániel, admirado.

—Sí —asintió Julian.

—Impresionante, de verdad —respondió Dániel mientras seguía a Julian hacia el comedor. El joven se percató que el rostro de Julian se había relajado; incluso juraría haber visto cruzar una débil sonrisa por sus labios cuando él admiraba su trabajo. Sin embargo, allí no acabaron las sorpresas para Dániel.

—¿Y a Cetrespeó y a Erredós Dedós los has hecho también tú? —preguntó, realmente sorprendido, observando maravillado, al robot alto y de color dorado y a su amigo pequeño de color azul, trípode y con forma de barril; los dos andróides a tamaño natural colocados en una esquina del comedor—. No me lo puedo creer. Son realmente impresionantes.

—No tengo nada para comer aquí —informó Julian—. Hoy quería salir fuera. Si te apetece, pido que nos traigan comida china.

—Es lo que tenía pensado comer hoy —asintió Dániel mientras recorría con la mirada la pequeña pero acogedora casa de Julian—. Quería ir al Gran Dragón.

—Por lo menos, tienes buen paladar. Es el mejor restaurante chino del barrio —aseveró Julian, mirándolo con una media sonrisa.

Al contrario de lo que podría pensarse viendo el carácter agrio y amargado de su dueño, y de que estaba junto a una carpintería expuesta al polvo y al serrín, la casa estaba immaculada y daba la impresión de que vivía en ella alguien alegre, culto, limpio y ordenado. La luz del sol entraba por las ventanas, iluminando alegremente el comedor.

Frente a la puerta de acceso al salón comedor, en la pared contraria, había una mesa redonda con cuatro sillas. A la izquierda, adosada a la pared, una estantería repleta de libros.

Sobre una mesa larga y baja colocada en la pared junto a la mesa redonda, estaba la televisión de 42 pulgadas y un equipo de música.

Dániel observó cómo Julian se dirigía hacia allí, seleccionaba un cd y lo introducía en el equipo. Un segundo después, la voz de un tenor sonó por los altavoces cantando una aria que tiempo después Dániel supo que pertenecía a la ópera *La Bohème* de Puccini.

En la esquina junto al equipo de música, las figuras del par de andróides permanecían inmóviles. Luego había varios sillones adosados a las paredes rodeando una pequeña mesa de cristal, y, a la derecha de la puerta de entrada, dentro una urna de cristal de un metro y medio de largo por setenta de ancho, Dániel descubrió la figura más impresionante de todas las que había visto hasta ahora.

—¡Has construido el Superdestructor Ejecutor! —exclamó asombrado, indicando a la nave insignia de Darth Vader a salvo dentro la urna de cristal. El Ejecutor estaba colocado de tal manera dentro la urna que podía verse cada uno de sus detalles—. ¡Es impresionante!

Una parca y rápida sonrisa curvó los labios enfadados de Julian.

—Espera y verás —dijo el joven, bajando las cortinas y sumiendo el salón comedor en la oscuridad. Se acercó a la urna y accionó un interruptor. Inmediatamente, las microscópicas ventanas del Superdestructor se iluminaron como si realmente hubiera

vida en su interior—. Diminutos cabellos de fibra óptica —le informó y se miró la mano artificial—. Durante años, mi pasión por Star Wars es lo que me ha sacado de mi pozo de amargura. Soy, lo que podrías llamar, un friki de Star Wars.

Suspiró tristemente y se dirigió hacia el teléfono.

—Realmente tienes talento; y todo con una mano artificial —comentó Dániel, sintiendo realmente admiración por el trabajo y el empeño de Julian.

—¿Chop Suey de pollo? —le preguntó a Dániel.

—Me parece perfecto. Y pide también ternera con setas chinas y bambú; también pollo al limón; y que no se olviden del pan de gambas, que te lo prometen pero nunca te lo envían.

Dániel lo estuvo observando detenidamente mientras Julian llamaba por teléfono al restaurante chino.

Desde su posición, se le veía alto y apuesto, y podía ver el gran parecido con su hermana.

La casa estaba bien caldeada por la calefacción central y, a pesar de eso, Dániel sintió un estremecimiento de frío y vértigo recorriéndole el cuerpo, aun llevando encima la sudadera del chándal. Julian había encendido algo en su interior; un fuego ardiente que luchaba por estallar y salir a la superficie.

Sobre su pecho sintió el peso del crucifijo que colgaba del cuello con una cadena. Con la respiración entrecortada, Dániel agarró el crucifijo y lo apretó en su mano, mientras en su mente se veía a sí mismo haciendo cochinas con Julian sobre la alfombra, a los pies de R2 y 3PO; y no podía evitarlo. Hacia cinco años que se masturbaba pensando en él, en el atractivo Desconocido De Los Ojos Negros, en sus noches solitarias en la cama, bajo las sábanas.

Las mariposas de fuego que revoloteaban en su interior le mandaban llamas ardientes hacía sus partes más bajas, y ahí fue consciente de su dolorosa erección .

Su parte cuerda le gritaba que debía huir; debía escapar y alejarse lo más lejos posible del hermano de Sofía.

Pero su corazón, el gran traidor de la razón, se lo impedía.

Aterrorizado, Dániel sintió cómo un pilar fundamental en su vida se

estaba haciendo trizas.

Mientras esto ocurría, en la otra parte de la ciudad, en un restaurante en pleno centro del Soho, otro de los pilares que Dániel daba por supuesto que era firme y seguro, se estaba tambaleando: Salvatore Carluccio, sentado ante una mesa con una copa de cava en la mano, miraba sonriente a la mujer sentada frente a él.

La atractiva mujer, de unos treinta y pocos años, de larga melena rubia y elegantemente vestida, miraba a Salvatore con simpatía mientras juntos brindaban.

La reunión con Cosme Castorini, el constructor, había durado apenas media hora; una excusa perfecta para que Salvatore pudiera continuar con su estrategia de seducción con aquella mujer que había conocido en una fiesta del gremio.

Ahora, la miraba embelesado mientras le acariciaba una mano.

—Tengo un regalo para ti —dijo Salvatore metiendo la mano en un bolsillo de su americana, y sacó una pequeña caja de terciopelo y la puso sobre la mesa.

Ella, los ojos abiertos como platos, cogió la cajita de la mesa y la abrió.

—¡Oh, Salvatore! —exclamó sacando una pulsera de oro con diminutas estrellitas de plata colgando alrededor—. ¡Es preciosa!

Salvatore se inclinó hacia ella, le cogió la mano, se la besó y le susurró:

—Tu sonrisa es más brillante que las estrellas del firmamento. Sonríeme e ilumíname.

La mujer le sonrió, complacida, mientras se colocaba la pulsera en la muñeca.

—De verdad que está bueno —comentó Dániel mientras saboreaba, manejando los palillos con destreza, la comida recién llegada del restaurante Gran Dragón, sentado a la mesa redonda frente a Julian—. Y es sorprendente porque, normalmente, cuando te traen la

comida a casa, pierde calidad.

—En serio, soy masoquista —murmuró Julian, mirando a Dániel con detenimiento—. Vienes a mi casa, a abrirme las heridas que ya creí tener cerradas, y a untarlas de sal, y, para remate, voy y te invito a comer y ni siquiera sé cómo te llamas. ¿Cómo te llamas?

—Daniello Carluccio —le respondió él—. Pero todos me llaman Dániel.

—¿Cómo os conocisteis Sofía y tú?

—Mi padre y yo tenemos una asesoría fiscal. Tu hermana trabaja en la constructora de don Cosme Castorini, de la que llevamos la contabilidad —respondió—. Hace unos dos años, Don Cosme tuvo una auditoría y, durante semanas, tuve que trabajar con tu hermana para poner en orden todas las facturas y todas las cuentas. Allí nos conocimos.

—¿Y cuándo os casáis?

—A finales de enero.

—Supongo que Sofía lo debe tener todo bien planeado —sonrió sarcásticamente Julian, y Dániel no pasó por alto aquella sonrisa que, a pesar del sarcasmo con la que fue empleada, le pareció seductora en aquel rostro ceñudo, sombrío y atractivo.

Se puso más nervioso, si cabe.

—Sofía quiere casarse cuanto antes, y a mí me parece bien.

—Algo está tramando mi hermana —le dijo—. La conozco bien.

—¡Yo la conozco bien! —le replicó Dániel ofendido—. A quien no conozco es a ti. Por el momento, sólo veo un tipo solitario, oscuro, amargado y lleno de rencor. Te pareces mucho al Darth Vader ese que tienes en la entrada.

—¿A mí me llamas solitario? —inquirió Julian mirándole acusadoramente—. ¿Y qué me dices de ti?

Dániel le miró sin comprender.

—No sé a qué te refieres —respondió comiendo mecánicamente la ternera con setas chinas y bambú.

—Hace años que te veo en el parque haciendo ejercicio —le dijo Julian—. Somos muchos los que cada día ejercitamos allí y, con el tiempo, nos hemos conocido, y hablamos, y nos ayudamos en los ejercicios; incluso hemos organizado cenas.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Sin embargo a ti nunca te he visto hablar con nadie; siempre llegas al parque mirando al frente, sin mirar a los lados, como si te hubieran puesto en los ojos una visera como a los caballos —Julian se puso las manos a los lados de los ojos e hizo la figura de las viseras—. Siempre mirando al frente, sin importarte lo que ocurre a tu alrededor.

Daniel se encogió de hombros, incómodo, sintiendo que Julian era capaz de penetrar y ver en su interior.

—Tal vez, lo que ocurre a mi alrededor carece de importancia para mí —replicó.

—¿Sabes cómo te llamamos? —preguntó Julian y Daniel lo miró, entre sorprendido y angustiado.

—¿Habláis de mí?

—Claro. Te llamamos el Wookie —le informó—. Yo te puse el mote.

Daniel le dedicó una mirada de odio, totalmente enojado.

—Tal vez sea por eso que no me relaciono con vosotros. No me interesa conocer a gente que cotillea de otra gente a sus espaldas y les ponen motes sin siquiera conocerlos. Y sí —confirmó Daniel—, soy un solitario. ¿Y qué? Prefiero estar solo que tener amigos que te llaman el Wookie por la espalda. O mejor —repuso inclinándose hacia Julian y mirándole fijamente—, ser un amargado resentido que lo único que hace es autocompadecerse y llorar por todos los rincones su desgracia.

—Soy así por culpa de mi hermana —replicó Julian, con frialdad—. Ella me hizo así. Tú eres así por elección propia.

—Tú te has hecho así a ti mismo —espetó Daniel con dureza—. Hace siete años te amputaste la mano, según tú por culpa de tu hermana, y desde ese día te has dedicado a lamentarte, a amargarte y a echar la culpa de todas tus amarguras al resto del mundo —Daniel miró a Julian fijamente—. ¿Sabes que creo? Que te comportas como un auténtico imbécil.

—Tú no sabes nada de lo que ocurrió entre mi hermana y yo.

—Entonces cuéntamelo, a ver si consigues que cambie la pésima opinión que tengo de ti.

—Me importa un pito la opinión que puedas tener tú de mi; ni te voy a contar nada —negó Julian con rotundidad—. Que te lo cuente tu queridísima novia. No pienso contar nada íntimo a un desconocido desgreñado y mal vestido con aspecto de pordiosero, por muy cuñado mío que vaya a ser.

—¿Disfrutas ofendiendo a la gente o sólo disfrutas ofendiendome a mí? —inquirió Dániel, enfadado.

—Te vas a casar con mi hermana —le replicó Julian—. Sólo por ese hecho ya me caes mal. No fui yo quien te pidió que vinieras aquí. Estás en mi casa por voluntad propia, así que o aguantas mi carácter o te largas con viento fresco. Y te voy a dar una advertencia gratis: algo está tramando Sofía. Conozco muy bien a mi hermana y tú no eres su tipo. ¿No te has preguntado nunca qué es lo que ha visto en ti para que se enamorara? Porque, seamos sinceros, con tu pinta, lo único que puede que se enamore de ti sean las chimpancés del zoo.

—¡Qué mal me caes! —replicó Dániel muy ofendido—. Pareces un dementor: quitas la alegría ahí por donde pasas. Un poco más agrio y naces limón. Tal vez ella ha visto en mí algo que tú eres incapaz de ver en la gente. Sofía es buena y desinteresada. Llevamos juntos dos años y la conozco bien.

—Estuvimos nueve meses juntos en el vientre de mi madre; nací y viví con ella diecinueve años y también opinaba como tú. Hasta que se quitó la máscara y se mostró tal cual es.

Dániel arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Sois gemelos? Reconozco que os parecéis en algo, sobre todo en los ojos, negros como pozos.

—Somos mellizos; tenemos los ojos de mi madre —aclaró Julian.

¡Qué Star Wars era todo aquello! Pensó Dániel, mirando la decoración galáctica de la casa. Y, encima, mellizos; en plan Luke y Leia.

Como el comedor estaba caldeado por la calefacción, Dániel se había quitado la sudadera del chándal y ahora llevaba encima sólo una camiseta corte imperio, de esas tipo macarra, por donde le asomaban todas las pelambreras del pecho, los sobacos, brazos y espalda, y Julian se fijó en el crucifijo, que brillaba entre los pelos del

pecho y que colgaba del cuello de su futuro cuñado.

—Veo que eres cristiano. ¿Crees en Dios?

—Sí, soy cristiano, como toda mi familia. Y sí, somos devotos y asistimos a misa y a todas las celebraciones cristianas —dijo Dániel mirándole fijamente—. ¿Tienes algún problema con ello?

—No, en absoluto. En mi opinión, el problema lo tienes tú.

—Yo creo en Dios —argumentó Dániel vehemente—. Toda mi vida me ha protegido; me ha dado todo lo que yo he necesitado. Tal vez harías bien en tener un poco de fe: en creer en Dios, en rezar, en olvidar tu odio y, sin duda, tu hermana y tu familia te perdonarían sea lo que sea lo que les hayas hecho.

Por lo visto, Dániel había tocado el resorte equivocado porque, de pronto, observó que el rostro de Julian se ponía rojo a ronchas y los ojos se le salían de las órbitas inyectados en sangre.

—¡Qué acabas de decir, imbécil! —gritó Julian fuera de sí, el rostro congestionado, la locura asomando a sus ojos. Se levantó de golpe y, de un manotazo, el chopsuey de pollo y la ternera con setas chinas y bambú salieron volando, salpicando paredes y muebles. Dániel se atragantó con los tallarines y se levantó de un salto—. ¡Que suplique perdón a mi familia! ¡Que ellos tienen que perdonarme a Mí! ¡Te largas de mi casa ya!

—¡Pero bueno! ¡No sé quién te crees que eres para comportarte como un orco cabreado y tratar así a la gente que pretende ayudarte! —le gritó Dániel preso de la ira—. ¿Te crees que eres el único que ha sufrido y llorado en esta vida?

Julian lo miró, lleno de odio.

—¡Yo no te he pedido ayuda! ¿Por qué coño estás hablando conmigo? —le gritó.

—¡No lo sé! —le respondió Dániel, con sinceridad—. Porque Sofía me lo pidió; o por mi religión, supongo. Dios nos pide que ayudemos a nuestro prójimo y lo guíemos en la oscuridad. El odio desmedido que tienes hacia tu hermana te ha metido en un profundo y oscuro túnel del que no encuentras la salida; y necesitas ayuda. Yo lo único que sé es que hubo algún motivo poderoso de Dios para que te cortaras esa mano. Dios, en su sabiduría, quiso que así fuera, que te amputaras esa mano; y es por algo. Y creo que deberías averiguar esa verdad.

—¿Y ahora estás tratando de decirme que amputarme la mano fue una bendición de Dios? ¿Que fue lo mejor que me pudo ocurrir? —exclamó Julian incrédulo, mirando a Dániel de hito en hito sin creerse lo que estaban oyendo sus oídos.

—Sí —asintió Dániel, convencido.

Julian bufó como un toro embrutecido.

—¡Largo! ¡Lárgate con tu Dios de mi casa y vete a contarle tus cuentos chinos a otro!—gritó Julian empujando a Dániel hacia la puerta—. ¡Ya!

—¡No me toques! —le empujó Dániel a su vez, librándose de él con rabia—. Me iré, no te preocupes. Pero volveré. No voy a permitir que el odio siga entre tu hermana y tú. Sois familia; cuando me case con ella tú formarás parte de mi familia, y eso es algo sagrado para Dios y para mí.

—¡No te atrevas a volver a pisar mi casa! —le amenazó Julian.

—Volveré, y el día de Navidad te arrastraré a mi casa y cenarás con nosotros, y pedirás perdón a tu hermana y vendrás a nuestra boda. Como dice el proverbio diez-doce de La Biblia: *El odio despierta rencillas; pero el amor cubrirá todas las faltas* —le dijo Dániel, convencido.

Julian negó con la cabeza, rezongando entre dientes:

—Te equivocas. No volverás.

—¡El equivocado eres tú! —le replicó Dániel apuntándole con un dedo al rostro—. Volveré, y conseguiré que tú y tu familia os reconciliéis. Mi fe es fuerte, mucho más fuerte que tu odio.

Julian le miró intensamente. La religión era muy importante para Dániel; Dios era muy importante. Y Julian sabía cuánto odiaban los católicos a la gente como él. Y conocía la manera de que Dániel no volviera a molestarle jamás.

—¿Tú crees? —siseó Julian, el odio rezumando por cada uno de sus poros—. De acuerdo, vamos a averiguarlo. Veamos cuán poderosa es tu fe en Dios.

Dándole un fuerte golpe en el pecho que lo dejó aturdido y sin respiración, empujó a un sorprendido, asustado y confuso Dániel contra la pared, sujetándolo e inmovilizándolo con su cuerpo.

Dániel sintió un dolor intenso cuando Julian le agarró de la cabellera; fue cómo si intentara arrancarle el cuero cabelludo. Entonces gritó de dolor cuando Julian, tirando fuertemente de sus largos cabellos, le echó la cabeza hacia atrás y, de pronto, enmudeció: los labios de Julian se apretaron contra los suyos, besándole ferozmente, y notó cómo una lengua extraña trataba de abrirse paso en su boca.

Todo había sucedido en un segundo.

Totalmente pasmado se olvidó del intenso dolor en el pecho, del dolor en el cuero cabelludo, y se concentró en el calor de los labios de Julian contra los suyos, la lengua restregándose contra la suya. Con los ojos abiertos como platos por la sorpresa Dániel sintió cómo su fuego interior estallaba en erupción.

Asustado, se zafó de él, y le pegó un fuerte puñetazo en la cara, sorprendiendo a Julian, que tropezó hacia atrás y, si no hubiera chocado contra la pared del recibidor, hubiera caído al suelo.

Durante unos segundos ambos se miraron con odio, jadeando ruidosamente. Dániel oía rugir la sangre en sus oídos, su corazón galopando desbocado bajo su pecho. Y Julian lo observaba, divertido, limpiándose con el reverso de su mano derecha el hilillo de sangre que corría por la comisura de sus labios, ahí donde había recibido el puñetazo; una sonrisa sarcástica y llena de odio curvaba sus labios, ajenos al dolor.

Dániel lo estaba mirando como si fuera el auténtico Lucifer.

Ahora, Dániel, cegado por su puritanismo, saldría huyendo de su casa, atormentado por su pecado, asqueado de él, y desaparecería de su casa para siempre y correría a confesarse; y estaba seguro que sería la última vez que sabría de él y de su hermana.

Pero Julian no estaba preparado en absoluto para lo que ocurrió de pronto.

En un arrebato, con todas las hormonas reprimidas durante años en erupción, Dániel se lanzó sobre él y lo abrazó y lo besó con furia.

Sus cuerpos chocaron contra la figura de Darth Vader, que se tambaleó peligrosamente.

Julian, sorprendido por el brusco giro de los acontecimientos, también abrió sus ojos por el asombro al descubrir que Dániel, en vez de sentirse ofendido por sus besos y salir huyendo del pecado, le respondía con más besos apasionados, y le intentaba llegar con la lengua

hasta la garganta.

Le sujetó el rostro con ambas manos y lo separó de sí.

Dániel, anhelando sus labios, siguió tratando de besarle pero Julian se lo impidió con ternura.

Durante unos segundos ambos jóvenes se miraron fijamente, jadeantes, los ojos encendidos por la pasión y el deseo.

—Dime que esto no es un sueño —susurró Julian, el corazón latiendo a toda velocidad bajo su pecho, con los ojos brillando de la emoción, y la realidad del momento cayó sobre Dániel como una losa.

—No —musitó asustado—. No es un sueño.

Julian intentó besar de nuevo a Dániel, pero este lo esquivó girando su rostro, volviendo a la cruda realidad.

—Tienes razón —susurró Dániel pausadamente mientras se separaba de él, sintiendo una gran angustia en su interior—. Tienes razón. Soy yo el que está completamente equivocado. Mi fe no es tan fuerte como yo creía. No te preocupes, no volverás a saber de mí. Por favor, perdóname; de verdad que lo siento.

Dicho esto, Dániel se dio la vuelta, cogió su sudadera del colgador, se la puso y se colocó la capucha sobre la cabeza. Le dedicó una última mirada de soslayo a Julian y abrió la puerta, y desapareció.

Julian se quedó petrificado mirando fijamente la puerta cerrada. Jamás pasó por su cabeza que Dániel respondiera a sus besos. Sólo quería asustarlo y ofenderlo, a él y a su Dios, para ahuyentarlo y que lo dejara en paz y no volver a verlo ni saber de él, ni de su hermana, ni de su familia; esa había sido su única intención. Cerró los ojos y golpeó con furia con el puño contra la pared.

—¡Por qué a mí, por qué a mí! —gritó con desespero, llorando sin poderlo evitar—. ¡Por qué! ¿Qué he hecho para que me pasen estas cosas, qué?

La tarde caía para transformarse en noche, nubes se arremolinaban en el cielo, y Dániel bajaba por la calle dando tumbos, sintiendo que las piernas le fallaban; todo el cuerpo le temblaba y sufría espasmos, a punto de entrar en un ataque de pánico, y el corazón

palpitaba con furia desbocada bajo su pecho:

Bom, bom, bom.

Un cortante e hiriente aire polar le azotaba el rostro, pero aun así, todavía podía sentir la calidez de los labios de Julian contra los suyos.

Bom, bom, bom.

¡Qué había hecho! ¡Se había dejado llevar por la lujuria! ¡Había besado al hermano de su prometida! ¿Cómo había podido ocurrir todo aquello? ¿Cómo se había dejado llevar por sus instintos, tantos años reprimidos? ¡Cómo había sido capaz de pecar de aquella manera; de ofender a Dios!

Bom, bom, bom.

Mientras se dirigía hacia su casa, caminando por la acera, cruzando calles, avanzando sin tener conciencia de por dónde pasaba, pensó en Sofía, en su padre, en su familia. ¿Qué dirían si se enteraban de lo que había pasado? Sin embargo, por mucho que intentaba pensar en otras cosas, Dániel no podía evitar volver a pensar en Julian; en sus ojos, en su rostro arisco, en las arrugas de su ceño fruncido que tan atractivo le parecían. En su voz, en su pelo, en sus labios.....

De pronto, le vino a la cabeza la homilía de tío Vitto de aquella mañana:

Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor.

Bom, bom, bom.

Algo se clavaba en la palma de su mano, y Dániel se dio cuenta que apretaba con fuerza inusitada el crucifijo que colgaba de su cuello, produciéndole dolor. Abrió la mano y observó pensativamente el crucifijo y al diminuto hombre clavado en la cruz.

Bom, bom, bom.

Continuó caminando de regreso a su hogar, cabizbajo y sumido en sus angustiados pensamientos cuando, sorprendido, se detuvo de pronto, y observó, con los ojos tristes y afligidos, la pequeña casa de ladrillo a la que había llegado, con un gran letrero que rezaba:

Carpintería Colucci

Cuando Dániel cerró la puerta ante sus narices, Julian estuvo largos minutos con la frente apoyada en ella, con la respiración agitada, con el cuerpo temblando y sufriendo espasmos, con la esperanza de que Dániel se arrepintiera y regresara.

Pero Dániel no volvió.

Julian suspiró, y en silencio, triste y abatido, comenzó a limpiar el comedor del chop suey y la ternera con setas chinas y bambú que él había tirado en su ataque de ira, y que había salpicado suelo y muebles.

Estaba sumido en un mar de confusión; creía tener la situación controlada, pero se le había escapado de las manos.

¡Qué ironías tenía el destino!, pensó con amargura.

Hacía ya mucho tiempo que se había sentido interesado por aquel sujeto solitario, zarrapastroso y peludo que cada mañana encontraba corriendo por el parque. Nunca supo por qué, pero desde la primera vez que lo viera, hacía algunos años, se sintió atraído por aquel desconocido, una fuerza que le tiraba hacia él, aunque no hubiera nada de atractivo en él.

Muchas veces intentó acercarse a Dániel para conocerle, utilizando como excusa el ayudarse mutuamente en los ejercicios, la última vez había sido el día anterior, y así tratar de entablar una amistad, pero Dániel parecía tener un sexto sentido ya que cuando Julian daba un paso en su dirección o corría hacia él, enseguida cambiaba de dirección y desaparecía, aunque tuviera la mirada fijada en otro lugar.

Pero a Julian eso no le importaba. Verle todas las mañanas en el Brooklyn War Memorial bastaba para tener un destello de felicidad en la amargura y negritud de su vida. No importaba hablar con él; sólo le bastaba con verle.

Y ahora, de pronto, se presentaba en su casa como prometido de su hermana.

Cuando descubrió que la única persona por la que había sentido algo, la única persona que había encendido un destello de luz en su miserable vida en los últimos siete años, iba a casarse con su hermana, la verdugo que convirtió su vida en un pozo de rencor y negritud, deseó

morirse.

Sin embargo, aquello no era lo peor. Ahora, después de haberlo conocido, Julian realmente sentía algo más que una simple atracción por Dániel.

Dániel había agitado algo en Julian que había permanecido aletargado dentro de él desde hacía siete años.

Pero Dániel le había devuelto los besos.

Y eso sólo podía significar una cosa: que cabía la posibilidad de que Dániel fuera bisexual o gay.

Pero eso ya jamás lo sabría.

Cuando todo estuvo limpio y recogido Julian se dejó caer, amargado y triste, en el sofá. Las últimas luces del atardecer entraban por la ventana sumiendo el comedor en la penumbra; por los altavoces del equipo de música surgía la voz de un tenor que cantaba *O Soave Fanciula* cuando, de pronto, sonó con insistencia el timbre de la puerta principal.

Dando un suspiro, se levantó y se dirigió hacia el recibidor y, al abrir la puerta, se encontró en el umbral con las greñas y la barba mal arreglada de Dániel, que lo miraba con los ojos color miel enfebrecidos, dilatados e inyectados en sangre.

Súbitamente, Daniel, ciego y con las hormonas ardiendo en su interior, lo empujó y lo acorraló con su cuerpo contra la pared y lo miró fijamente a los ojos.

—¡Qué diablos! —logró decir, el corazón dando saltos bajo su pecho con furia, a punto de estallar—. ¡El equivocado eres tú! ¡He vuelto!

Y se besaron con ansia y comenzaron a arrancarse la ropa, mientras Julian lo arrastraba hacia el dormitorio, jadeando, sin poder separar sus labios de los de Dániel.

—Julian —logró decir Dániel, mirándole con los ojos ardiendo de pasión—. Es mi primera vez. Nunca he estado con un hombre.

Julian lo miró con los ojos cargados de amor y asintió seriamente.

—Y yo sólo una vez antes. Pero no haremos nada que no quieras

hacer.

—Sólo quiero que me folles —le suplicó con los ojos enfebrecidos.

Desde el comedor llegaba la voz del tenor cantando *O Soave Fanciulla*; ambos cayeron entre abrazos y besos sobre la cama, y cuando Dániel sintió el cuerpo desnudo de Julian sobre el suyo, el cuerpo de un hombre por primera vez en su vida, pareció como si comenzara a levitar y fuera transportado hasta el éxtasis.

Al volver de su visita a su amiga Enriquetta, el humor de Fiorella no había mejorado. Cuando recogió al abuelo de la parroquia y, empujando la silla de ruedas, bajaron calle abajo, el abuelo Pietro se dio cuenta del semblante serio y taciturno de su nuera; y de su silencio, cuando normalmente Fiorella era una mujer extrovertida y habladora.

—Esta noche será fría —comentó, para intentar hacer hablar a su nuera.

—Sí, abuelo —asintió ella, ensimismada—. Fría y oscura.

El abuelo miró hacia el cielo, hacia la luna que brillaba llena entre las estrellas. Un manto de nubes oscuras viajaba en el cielo y pronto eclipsaron a la luna, y la cubrieron.

—El tiempo está cambiando —musitó—. Todo está a punto de cambiar.

Siguieron calle abajo en silencio, Fiorella sumida en sus propios pensamientos.

—Fiorella —dijo el abuelo de pronto.

—Dime, abuelo.

—Si abandonas a Salvatore, ¿vendrás a verme?

—¡Qué dices, abuelo! —exclamó ella. Miró a la calva de su suegro, sonrió, y se la besó—. No te preocupes, abuelo: no voy a separarme de Salvatore. Lucharé por él y con él. No pienso destruir a nuestra familia.

—Él te ama, Fiorella, te ama con locura —le dijo el abuelo—. Sólo es que ha entrado en pánico. Tiene miedo a la vejez.

—Lo sé, abuelo, lo sé.

Habían llegado a casa y subieron la rampa que conducía hacia la puerta y entraron.

□□ *We wish you a Merry Christmas*

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas and a Happy New Year. □□

—Abuelo, te lo pido por favor —suplicó Fiorella mirando a los tres tenores cantando y bailando sobre el aparador del recibidor—. Esta noche desconéctalos.

Al entrar, vio el abrigo de su marido que colgaba del perchero y pudo oír, procedente del piso de arriba, la voz de Frank Sinatra cantando *Strangers In The Night*, y Fiorella movió negativamente la cabeza.

El abuelo voló a su habitación y ella entró en la cocina cuando su móvil vibró y pitó anunciándole la llegada de un mensaje. Lo sacó de su bolso y lo leyó. Era de Dániel:

"Esta noche no vendré a dormir, mamá. ¡Y no te me pongas histérica! No le digas nada a papá; procura que no se entere, que luego me interroga en plan Gestapo. Te quiero."

Fiorella suspiró extrañada. No era la primera vez que Dániel pasaba la noche fuera de casa. Cuando lo hacía, Fiorella sabía que la pasaría en el apartamento de Sofía haciendo sus cosas. Pero ahora, su novia estaba en Italia. Tal vez, pensó, Dániel iba a pasar la noche en el apartamento de ella para que no estuviera tantos días vacío.

Encogiéndose de hombros se quitó el abrigo y volvió al colgador de la entrada para colgarlo.

□□ *We wish you a Merry Christmas*

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas and a Happy New Year. □□

—iiiABUELO!!!! —bramó— ¡Como no desconectes esto te voy a dar tantas patadas en el hígado que te lo convertiré en paté! —y el abuelo Pietro apareció corriendo en su silla de ruedas y desconectó a los tres

tenores.

—¡Va bene, Va bene! —se quejó el viejo ante la mirada acusadora de su nuera.

Fiorella colgó su abrigo junto al de su marido y lo observó con detenimiento. Cuando el abuelo desapareció dentro su habitación, rezongando, Fiorella cogió el abrigo de su marido y lo olió.

Enseguida percibió el olor a perfume y cerró los ojos compungida. Procedente de arriba, oyó la voz de Frank Sinatra cantando *My Way* y miró hacia lo alto de las escaleras, moviendo negativamente la cabeza.

—Salvatore —susurró—. ¿Qué voy a tener que hacer contigo, Salvatore?

Cuando Fiorella salió del vestidor con el camisón puesto, del tocadiscos salía la voz de Ben E. King que cantaba *Stand By Me*; la habitación permanecía en penumbras y la cama vacía.

Salvatore estaba en pijama, de pie, ante la ventana, mirando hacia el exterior; la luz de la farola de la calle le iluminaba el rostro.

Fiorella observó el rostro sereno de su marido, que miraba hacia la calle; ese rostro que tanto amaba. Ella no dijo nada y, silenciosamente, se metió en la cama.

Él sintió la presencia de su esposa pero siguió con la mirada fija y perdida en el firmamento.

—Está nevando —susurró y, efectivamente, había empezado a nevar sobre la ciudad. Una nevada copiosa que, probablemente debido a la baja temperatura, cuajaría y se amontonaría en las calles y jardines. Ante los ojos de Salvatore, la nieve se arremolinaba y caía, silenciosa e inmaculada.

—La nieve cae en silencio y se disuelve, como silencioso corre el tiempo y desaparece —Salvatore lanzó un profundo suspiro mirando hacia el cielo cubierto de nubes—. El tiempo se acaba para mí; ya soy viejo.

Fiorella escuchaba a su marido, sintiendo las lágrimas correr por su rostro, humedeciendo la almohada. Pero era lo único que podía hacer ahora, en aquel momento, escucharle y pensar cómo hacer

para que su marido volviera a ser feliz.

Acostados en la cama, abrazados bajo las sábanas, Dániel y Julian se miraban a los ojos mientras ambos trataban de analizar los precipitados acontecimientos que habían ocurrido entre ellos en las últimas horas.

De gritarse y pelearse, habían pasado a hacer el amor. Y ahora se observaban sonriendo, incrédulos ante lo que estaba ocurriendo entre ellos.

La magia surgía entre ellos; y lo sabían, lo notaban, lo sentían.

Julian observó las melenas de Dániel; la barba mal arreglada y desgredada, mientras le acariciaba el pecho peludo, y rio para sí.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Dániel. ¡Qué cambio habían experimentado los ojos de Julian! Si hacía unas horas los oscurecían el odio y el rencor, ahora, en ellos, brillaban la felicidad.....y el amor.

—De que eres el sueño de cualquier fan gay de Star Wars —respondió Julian, divertido—. Acostarse contigo es como haberlo hecho con Chewbacca. Ya te dije que eras un puto Wookiee.

Dániel se rio y se indicó hacia sus partes íntimas.

—Si lo dices por lo peludo, te entiendo, aunque siento que el tamaño no haya sido....Eso. Ya sabes —respondió Dániel entre risas.

—¿Qué? ¿Tamaño? A ver.....—musitó Julian agarrándole la polla—. ¡Menuda envidia te tendría Chewbacca!

Ambos se abrazaron, entre carcajadas, y fue cuando Dániel reparó, a través de los cristales de la ventana, que estaba nevando. El joven se levantó y se acercó a la ventana, y observó cómo caía la nieve y cómo comenzaban a formarse montículos en la calle y en el alfeizar.

—¿Qué pasa? —le preguntó Julian incorporándose en la cama. No pudo evitar recrearse con el culo de Dániel. Peludo, sí, pero perfecto.

—Está nevando —respondió él.

Julian se levantó y se acercó junto a Dániel; le besó el hombro (tuvo que escupir un pelo o dos), le acarició las greñas, le rodeó con sus brazos, y miró con él hacia la nieve que caía en silencio con la barbilla

apoyada en su hombro.

—Tendremos unas navidades blancas —susurró Julian.

—No sé por qué, pero jamás había visto la nieve como la estoy viendo ahora —comentó Dániel silenciosamente.

Julian sonrió y acercó sus labios al oído de Dániel y le susurró:

—Porque nunca habías sido realmente feliz como lo eres ahora, mi vida, mi amor.

Dániel se estremeció y sintió cómo el cuerpo se le volvía gelatina; suspiró profundamente.

—Tal vez tengas razón —murmuró—. Sí, tal vez tengas razón —y siguió mirando la nieve caer.

—Cuando vivía en Nápoles, siendo niño —relató Julian silenciosamente—, mi abuelo me dijo una vez que la nieve son las estrellas del firmamento que caen para hacernos felices. Es hora de ser feliz.

Dániel sintió el calor del cuerpo de Julian contra el suyo, abrazados, mirando la nieve y, asomando sobre los tejados, los rascacielos de Manhattan iluminando la noche.

Julian tenía razón sobre él: por primera vez en su vida, Dániel supo que era inmensamente feliz, y que estaba realmente enamorado.

Y aquella certeza lo aterrorizó.

—Volvamos a la cama —le susurró Julian al oído con seducción, y Dániel sintió su cuerpo estremecerse—. Ahora te toca a ti follarme a mí.

El Tío Vitto, arrodillado ante una imagen de Cristo, acababa de rezar cuando vio, a través de la ventana, la copiosa nevada que caía. Se santiguó, se levantó, y se dirigió hacia la ventana para ver caer la nieve.

La calle ya estaba completamente blanca y algunos niños y padres, familias enteras, salían a la calle a jugar con la primera nevada del invierno, tanto tiempo esperada. No importaba que fuera tarde: los padres despertaban a sus hijos y juntos corrían hacia la nieve para

divertirse en familia.

Tío Vitto los estuvo observando largo tiempo, con una sonrisa en sus labios hasta que vio, en un edificio cercano, una sombra asomada tras los cristales de una ventana. Tío Vitto conocía quién vivía tras esa ventana, y frunció el ceño, apesadumbrado.

No muy lejos, desde su apartamento cerca de la peluquería, tía Lily se asomó a la ventana y observó alegre cómo las calles se cubrían con un manto blanco, y los niños y padres salían a jugar con la nieve. Cerca, al otro lado de la calle, la iglesia permanecía oscura, pero ella atinó a observar una pequeña ventana, en lo alto, donde una luz titilaba y una sombra se dibujaba asomada.

Lily sonrió y, rápidamente, se puso la bata y se calzó las botas, salió a la calle y se puso a dar vueltas sobre sí misma bajo la nieve, con los brazos extendidos en cruz, mirando hacia el cielo, sintiendo los fríos copos de nieve aterrizando sobre sus calientes y sonrosadas mejillas.

Y se sintió feliz.

También el abuelo Pietro se despertó para ver la nevada que ya cubría parte del alféizar de su ventana. Sonrió alegremente y, con maña pero con dificultad, se incorporó y logró subirse a la silla de ruedas colocada estratégicamente junto a la cama.

—¡Ja! —exclamó mientras se acercaba a la mesita de noche donde un niño Jesús estaba en su cuna. Lo cogió con ternura y lo acercó hacia la ventana—. Nevicare, figlio di Dio —dijo alegremente y asomó al niño por la ventana—. Mira, mira la bianca neve. Bellissima.

Y estalló en carcajadas, feliz.

Otro año seguía vivo para ver la nieve; tal vez el último. Y el abuelo era muy, muy feliz por estar vivo, un día más.

Capítulo 5

El día antes de la Navidad

Había acabado de nevar; las nubes se habían disipado y la luz del sol penetraba a raudales a través de los cristales de la ventana, iluminando el rostro de Dániel, que parpadeó y abrió los ojos, desperezándose, desorientado, sin tener consciencia de dónde estaba, cuando sus ojos se toparon con el atractivo rostro de Julian, que dormía con la cabeza apoyada en su pecho, abrazado a él.

Una vez, su padre le dijo que la noche embotaba los sentidos pero, cuando los rayos del sol rompían por el horizonte, el hechizo de la oscuridad desaparecía.

Y Dániel supo aquella mañana cuánta razón tenía su padre.

—¡Dios mío! —exclamó y se levantó como un resorte, despertando al hermano de Sofía, y comenzó a buscar su ropa apresuradamente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Julian, sorprendido, mientras se restregaba los somnolientos ojos.

—¡Que qué ocurre! —estalló Dániel—. ¡Cómo que qué ocurre! ¡Como si tú no lo supieras! ¡Será mejor que te tomes una pastilla de Realitex y pienses en cómo vamos a arreglar este embrollo!

—Tranquilízate, no te excites —le pidió Julian, incorporándose en la cama.

—¡Que me tranquilice! ¡Que no me excite! ¡Por Dios, mírame, estoy empalmado, joder! —gruñó Dániel buscando algo por el suelo—. ¡Voy a arder en los fuegos del infierno por toda la eternidad! ¿Dónde coño están mis calzoncillos?

—Colgados de la cabeza de Trespeó —le informó Julian, y Dániel corrió hacia el comedor y cogió de la cabeza del robot sus calzoncillos—. No te preocupes. Dios tiene problemas más importantes de los que preocuparse del que te hayas acostado con un hombre.

—¡Maldito ateo! —le acusó Dániel mientras comenzaba a vestirse—. ¡Tienes maldad en esos ojos negros! ¡No sé cómo no me di

cuenta ayer! Ya me lo advirtió mi madre: me dijo que no me inmiscuyera en una pelea entre hermanos. ¿Y qué he hecho yo?—Acusó mirando a Julian con furia—. Meterla hasta el fondo.

—Y lo que nos gustó. A los dos. Sí, a ti también —musitó Julian mientras se levantaba y empezaba a vestirse.

—¡Qué desagradable eres! —Espetó Dániel.

—Me estás haciendo sentir culpable —le replicó él.

—¡Eres culpable! ¿No te enteras que voy a casarme con tu hermana?

—Muy bien —asintió Julian—. Soy culpable, lo confieso. Yo lo comencé, pero tú lo continuaste y no quisiste parar.

Dániel le dedicó una mirada iracunda y meneó la cabeza.

—Y ya te puedes olvidar de venir a la boda —prosiguió acabándose de vestir—. Le diré a tu hermana que no has querido saber nada de ella y la mala sangre tendrá que continuar entre vosotros.

—Pero, ¿cómo te vas a casar con mi hermana si eres tan gay como yo?

Una mueca de furia se dibujó en el rostro de Dániel; se acercó a Julian y le cruzó la cara con un tortazo.

—No vuelvas a decirme eso.

—¿Que eres gay? —replicó Julian sin hacer caso de la cachetada—. ¡Por Dios, Dániel! ¿Acaso no te has enterado de lo que ha pasado esta noche aquí? Nos hemos dado por culo mutuamente. ¡Dos veces! ¡Y anda que no lo has gozado! Puedes mentir a todo el mundo si quieres. Pero ni a ti, ni a mí, puedes mentirnos. Y, si te casas con mi hermana, con el tiempo, a ella tampoco.

—Eso no tiene nada que ver ahora —le gritó.

—Todo tiene que ver —exclamó Julian—. ¿Por qué me has hecho esto?

—¿Qué te he hecho yo? —le preguntó Dániel mientras se abrochaba la cremallera de la sudadera.

—Has arruinado mi vida —gimió Julian y Dániel le miró,

sorprendido.

—Noooo, no, no. Tu vida ya era una ruina cuando yo vine aquí. Tú has arruinado la mía. Durante toda mi vida he ocultado mi homosexualidad a todo el mundo, y he conseguido vivir como un heterosexual. Y ahora has venido tú para estropearlo todo. No estaba en mis planes enamorarme de ti. —le arengó. Pero recordó las mañanas en el Brooklyn War Memorial, esperando con ahinco la aparición de Julian en chándal y deportivas. Un breve instante que le alegraba el día—. ¡Llevo cinco años enamorándome de ti!

—No, no es cierto —dijo Julian sentándose en la cama y observando con amor cómo Dániel se acaba de vestir—. Durante estos últimos siete años he sido un hombre resentido y solitario y ya me había acostumbrado a vivir con ello. Pero tú llegaste ayer y lo has cambiado todo: me has devuelto las ganas de vivir; y ya no creo que pueda volver a vivir amargado y solo.

—Voy a casarme con tu hermana, ¿me oyes? —le dijo Dániel apuntándole con un dedo—. Y lo que ha ocurrido entre nosotros esta noche, no ha ocurrido jamás. Y tú y yo nos vamos a llevar este secreto a la tumba.

Julian se levantó y se acercó a Dániel que ya se había acabado de vestir y se disponía a marcharse.

—Yo no puedo hacer esto que me pides —le dijo.

—¿Y por qué no?

—Porque también me he enamorado de ti —le contestó Julian con sinceridad—. Ya me gustabas, y mucho, cuando te veía todas las mañanas por el parque. Pero ahora.....

Dániel le miró furibundo y le volvió a arrear otro bofetón. Pero Julian no reaccionó y siguió mirándole con los ojos cargados de amor. Dániel le abofeteó otra vez.

—¡Quítate eso de la cabeza y deja de mirarme con esos ojos de cordero degollado!

—No puedo —le dijo Julian mientras Dániel se dirigía hacia la puerta de entrada.

—Está bien, entonces —dijo Dániel—. Haz lo que te plazca. Como ya te he dicho antes, ni se te ocurra venir a nuestra boda. Y en cuanto

salga por esta puerta no volverás a verme más.

Daniel había alcanzado la puerta y la abrió cuando Julian lo detuvo, alarmado.

—¡Está bien, está bien! —exclamó Julian, y Daniel se giró hacia él. Los ojos de Julian llameaban de dolor y pánico—. De acuerdo, no asistiré a la boda; no volverás a verme más ni te molestaré. Y olvidaré este día, el día más feliz de mi vida.....con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Daniel con suspicacia.

—Que esta noche vengas conmigo.

—¿Adónde?

—Esta noche actúa en el Metropolitan el mejor tenor del mundo junto a la Orquesta Sinfónica de Londres. ¿Te imaginas?

—No, no me lo imagino —negó Daniel, sin comprender.

—El mejor tenor y la mejor orquesta sinfónica del mundo actuando juntos —dijo Julian con emoción—. Le restauré una antigua mesa de gran valor, prácticamente destrozada, a un cliente mío, el director de la ópera, y quedó tan satisfecho que me regaló dos entradas. Cada entrada vale dos mil dólares.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Ven conmigo, esta noche; no quiero ir solo —le suplicó, cogiéndole una mano, mirándole con los ojos rojos al borde del llanto—. Acompáñame y te juro que después, si me lo pides y lo deseas, no volveré a molestarte más y no volverás a verme en tu vida. Sólo te pido este favor.

Daniel lo miró a los ojos, dudando.

—Está bien.

—¿Me lo juras?

—Sí, está bien —asintió Daniel—. Te acompañaré. Aunque conmigo vas a desperdiciar una entrada. No está entre mis pasiones escuchar a un tío que canta como si le hubieran metido un cactus por el culo.

—A las ocho en la fuente del Lincoln Center —dijo Julian

mirándole implorante—. Júrame que vendrás.

Dániel le miró, le pasó la mano por la nuca atrayéndolo hacia sí, le dio un profundo beso en la boca por respuesta, y cerró la puerta ante sus narices antes de irse.

—¡SI! —gritó Dániel, saltando alegremente calle abajo, mientras caminaba hacia su casa y se aseguraba a cada paso que no daba vueltas a la manzana inconscientemente para regresar a casa de Julian.

No había querido admitirlo delante de Julian pero estaba eufórico; había hecho el amor toda la noche con un hombre. Y no un hombre cualquiera, un hombre del que, no sabía cómo, se había enamorado. ¡Se había cumplido un sueño largos años ansiado! Dániel creyó que se sumiría en un mar de remordimientos; sin embargo, su cuerpo se estremecía feliz, y la adrenalina corría a raudales por sus venas. Pero debía serenarse, debía poner los pies en el suelo.

Dániel era consciente que tenía mucho de qué reflexionar aquel día.

Esa noche había estado follando con un hombre. No una, sino muchas veces. Pero sí, por primera vez en su vida, había hecho el amor en toda la extensión de la palabra, y con un hombre. Con Sofía no había amor. Sólo había compromiso y ganas de satisfacerla a ella. Con Sofía lo único que había hecho era joder, en todas sus acepciones.

Pero con Julian sí que había amor. Aquella noche había sentido estremecer su cuerpo por primera vez en su vida. Sus labios dieron besos de amor por primera vez. No se cansó nunca de mirar a Julian y de acariciarlo, de sentirlo cerca.

No sabía cómo había ocurrido; lo único que sabía era que, en aquel instante, daría lo que fuera por estar con él; verle, hablarle, acariciarlo, tenerlo cerca; sensaciones que nunca antes había tenido con nadie, ni con Taylor Hunter y, muchísimo menos con Sofía.

No, se dijo Dániel de pronto, tenía que serenarse, aterrizar en la realidad y olvidarse de Julian para siempre. Aquella noche iría con él a la ópera o lo que fuera aquello a lo que le había invitado y, después, no volvería a verlo más; porque su amor por Julian chocaba frontalmente con su amor a su padre, con el amor a su familia y, sobre todo, con su amor a Dios.

¡Era pecado mortal el amor entre dos hombres!

Había pecado terrible y mortalmente, y Dániel supo qué es lo primero que tendría que hacer esa mañana.

Lo estaba arriesgando todo, pero debía confesarse.

Fue directamente a la iglesia y, cuando llegó, se dirigió al confesionario donde, a esas horas de la mañana, tío Vitto confesaba a sus feligreses.

Sentía cómo las piernas le temblaban y tenía la garganta seca cuando entró en la penumbra del confesionario. Estaba a punto de hacer lo inimaginable: salir del armario ante su tío, pero era un sacerdote que lo secuestraba el secreto de confesión.

Al otro lado de la pequeña ventanilla cubierta con una celosía estaba su tío, sentado, con un rosario en la mano.

Dániel se arrodilló, se santiguó y dijo:

—Perdón, Padre, porque he pecado. Me confesé hace tres domingos por última vez.

—¿De qué pecados quieres confesarte, hijo mío— preguntó el tío Vitto un tanto sorprendido por la aparición repentina de su sobrino aquel lunes por la mañana.

—He utilizado muchas veces el nombre de Dios en vano. Me he alegrado por la muerte de la señora Whitewater, que en gloria esté. —Cerró los ojos, dando un suspiro, y se mordió el labio inferior antes de soltar—: Y esta noche he perdido la razón y me he acostado con el hermano de mi novia

Hubo unos segundos de tenso silencio que a Dániel se le hicieron eternos. Tan nervioso estaba que sentía su nuez subir y bajar con desespero, tragando saliva.

—Reconozco que la muerte de la señora Whitewater no ha sido llorada por todos, hijo mío. Más bien por nadie. Pero, como nos enseña Dios, hay un sitio para todos a su lado. —Tío Vitto soltó un profundo suspiro—. Sin embargo, ¿qué es lo último que me has dicho, Dániel?

El joven se mordió los labios cerrando los ojos.

—¿Se refiere, Padre, a que me he acostado con el hermano de mi

novia?

—Sí —asintió tío Vitto—. Eso puede ser un pecado muy gordo.

Dániel notó sorprendido que el tono de tío Vitto no parecía afectado por la noticia; sonaba como si Dániel le hubiera confesado que había estado toda la noche jugando al parchís con Julian.

—Lo sé —asintió Dániel.

—Es un pecado si lo has hecho por lujuria, pero no si lo has hecho motivado por el amor —le dijo tío Vitto.

—No le comprendo, Padre —dijo Dániel sorprendido.

—Has de mirar dentro de ti, Dániel, y ver realmente cuáles son tus sentimientos hacia esa persona; ser sincero contigo mismo. Entonces sabrás si lo que has hecho es pecado o no. Dios es Amor y si el Amor es bueno no es pecado.

—No sé qué decir —suspiró Dániel, apesadumbrado.

—Lo que sí es pecado, Dániel, es la mentira —le dijo tío Vitto amablemente—. Engañar a tus padres, a tu prometida, eso es pecado. Engañarte a ti mismo es pecado. Piensa en ello. Como buen cristiano que eres, y me consta, la mentira puede ser tu peor pecado.

—De acuerdo —suspiró Dániel.

—Reflexiona en todo esto, hijo. Ego te absolvo in nomine patris et filii et spiritus sancti amen.

—Gracias, Padre.

—Te quiero —le dijo de pronto tío Vitto

—Y yo a ti.

Pensativo, con las piernas temblándole por el nerviosismo, salió del confesionario y se sorprendió al ver a su madre arrodillada en un banco, rezando, a esas horas tan tempranas de la mañana.

Se santiguó al pasar delante de la Cruz de Cristo y se arrodilló junto a su madre.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Fiorella y ella lo miró

sorprendida.

—He venido a rezar, y luego tengo visita con mi médico —le respondió ella, silenciosamente.

—¿No te encuentras bien? —preguntó Dániel, preocupado.

—Últimamente estoy un poco decaída. ¿Y tú? —replicó Fiorella mirándole fijamente—. ¿Qué haces aquí? Hueles a perro muerto. ¡Llevas las mismas ropas que ayer! ¿Fuiste a ver al hermano de Sofía?

—Sí, pero no ha aceptado venir a la cena de Navidad ni reconciliarse con su hermana —contestó Dániel y su madre lo miró fijamente y vio un brillo en los ojos de su hijo que nunca antes había visto.

—Te dije que tuvieras cuidado —musitó, enojada.— ¿Y dónde has pasado la noche?

—No quiero hablar ahora de ello, mamá —contestó, con frialdad.

—Eres igual que tu padre —le reprochó ella—. Le he tenido que mentir. Le he dicho que has dormido en casa y que habías salido temprano.

—Te lo agradezco. —Su madre soltó un profundo suspiro y Dániel la miró muy preocupado—. ¿Se puede saber qué te pasa, mamá?

—Tu padre me engaña con otra —le soltó su madre a bocajarro y Dániel sintió que el mundo se hundía a sus pies.

—¡Qué!

—Sí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Dániel, alarmado—. ¿Los has visto juntos?

—No —negó ella—. Pero una esposa lo sabe. Es la intuición.

—¡Bah! —dijo Dániel más calmado—. No creo que papá te engañe con otra. Son imaginaciones tuyas. Es demasiado viejo.

—Por eso precisamente —suspiró su madre.

—Olvídalo mamá —negó Dániel, incapaz de creer que su padre hiciera una cosa así—. Estoy seguro que papá no te está engañando. Por

cierto, dile que hoy me tomaré el día libre; y esta noche no vendré a la misa del gallo.

Su madre lo miró, con cara de pocos amigos.

—Lo que yo te diga: igualito a tu padre. Él tampoco va a venir. No sé qué estás tramando, pero si quieres que todo te salga como quieres, arréglate esas pelambreras piojosas —le regañó Fiorella—. Y cámbiate esas ropas: pareces un andrajoso pordiosero. Cuando salgas de aquí te van a dar limosnas.

Daniel besó a su madre y se marchó dejándola sola, rezongando por lo bajo y sumida en sus pensamientos.

Bueno, pensó Daniel mientras regresaba a su casa, al menos un miembro de su familia conocía su relación con Julian; o al menos que había tenido una relación con un hombre. Y aquello, pensó asombrado, no le preocupaba lo más mínimo. Verdaderamente estaba sorprendido consigo mismo. Estaba descubriendo cosas de sí mismo que no esperaba. Se sentía como más ligero. No sabía cómo explicarlo. Por el momento, lo salvaba el secreto de confesión que ataba a tío Vitto; pero sabía que el sacerdote no tardaría en buscarlo para hablar del tema. Sin embargo, este estaba en lo cierto: no podía mentir a su familia. No podía mentirse a sí mismo.

De todos modos, Daniel lo tenía claro: se olvidaría de Julian para siempre, se casaría con Sofía y lo que había ocurrido aquella noche quedaría en el olvido.

Sin embargo, se había comprometido con acompañarle a esa especie de concierto o lo que fuera en el Metropolitan, y no quería faltar a su palabra.

Pero jamás había asistido a un espectáculo multitudinario y, muchísimo menos, a un evento tan exclusivo y remilgado como una ópera ni nada parecido. Daniel sabía que un evento como aquel requería de etiqueta, protocolo y cierta presencia que él no poseía.

Necesitaba de alguien que le asesorara en cómo debía vestirse y presentarse en un espectáculo de esa índole.

Necesitaba a tía Lily.

Decidido, corrió hacia la peluquería.

A esas horas, y con las Navidades a las puertas, la peluquería estaba atestada de señoras con los rulos puestos; otras con la cabeza metida dentro de los ruidosos secadores; algunas con los cabellos (y los bigotes) empantanados con tintes de aspecto repugnante.

La ayudante de tía Lily, una joven de aspecto impávido, de mirada inexpresiva y con los pelos de color lila intenso, estaba lavando una cabeza en la pila; y a tía Lily se la veía bastante estresada, yendo de un lado a otro comprobando temperaturas de secadores, consistencia de los tintes, controlando los relojes y tratando de difundir todos los cotilleos del barrio.

—Hola, tía Lily —saludó Dániel al entrar—. Hola Beth.

—Hola Dániel —saludó la ayudante de tía Lily con un tono de voz tan impávido e inexpresivo como su rostro pálido.

—Hoy no tengo tiempo para papeleos ni para cuentas, Dániel —le dijo tía Lily, malhumorada, cuando pasó junto a él para coger un carro lleno de cremas y tijeras y utensilios varios—. Ya puedes ver que tengo la peluquería llena y me espera todavía un día de durísimo trabajo. Así que largo.

—Ya lo sé, tía —asintió Dániel—. No estoy aquí para nada de eso. Pero necesito que me hagas un hueco y que me arregles, me depiles y me cortes el cabello y todo eso que me llevas pidiendo desde hace años.

De pronto, un silencio sepulcral cayó sobre la peluquería; hasta los escandalosos secadores enmudecieron. La tía Lily se había quedado pasmada y petrificada como una estatua, con el carrito en la mano, mirando a su sobrino con los ojos abiertos como platos y la boca abierta por el asombro, intentando asimilar lo que había oído.

—¡La hostia puta! —Blasfemó, gritando de alegría.

Dos minutos después, una enardecida clientela estaba de patitas en la calle con los rulos puestos, con el pelo a medio cortar, a medio secar, a medio tinte, gritando histéricamente y aporreando la barrera metálica de la peluquería cerrada a cal y a canto.

Dentro la peluquería, ajena a la horda histórica de clientas que aporreaban la puerta intentando derribarla, tía Lily miraba a su sobrino

todavía incapaz de creer lo que habían escuchado sus oídos.

—A ver, a ver —decía tía Lily tratando de asimilar la noticia—. ¿Tú, Daniello Carluccio, me estás pidiendo que te depile, te corte el cabello y te afeite completamente la barba?

—Sí —asintió él y tía Lily se volvió hacia su ayudante.

—¡Creí que no oiría eso en mi vida! ¡Beth! Prepara ollas enteras de cera y pon toallas a calentar —ordenó y miró fijamente a los ojos de su sobrino—. Y tú, vas a contarme por qué te has decidido de pronto a cortarte todas esas pelambreras.

—Esta noche me han invitado a la ópera, tía; al Metropolitan Opera House—respondió él.

—¿A la ópera? ¿A ti? ¿Al Metropolitan? —exclamó ella realmente sorprendida—. ¿Y quién? ¡Sofía está en Nápoles! ¿Y desde cuándo te gusta a ti la ópera?

—Si no me gusta, tía, pero tengo que ir —dijo Dániel, sin dar ninguna otra explicación—. ¿Tú sabes cómo hay que ir vestido a la ópera?

—Desde luego que con vaqueros rotos y una sudadera de la policía de Nueva York que apesta, no —aseguró ella, señalándolo con un dedo de arriba abajo—. Y ni pensar en esos pelos y esa barba que llevas en plan Bob Marley. Si entras así parecerá que vas a ir a repartir porros por los palcos.

—Escúchame, tía —le dijo Dániel suplicante—. Necesito tu ayuda. Es importante para mí. Y tampoco sé qué comprarme para vestir.

Tía Lily miró a Dániel muchísimo más sorprendida que antes, y descubrió en sus ojos color miel un brillo que había visto muchísimas veces antes, pero no en su sobrino.

—Dániel —le dijo mirándole fijamente—. Tú estás enamorado.

Dániel se removió incómodo.

—No sé de qué me estás hablando —replicó él, apartando sus ojos de la mirada inquisidora de su tía.

—Sí sabes de lo que estoy hablando —aseguró ella—. Si no, a qué viene este cambio. No lo habías hecho ni por Sofía, de la que siempre he pensado que tú no estabas enamorado. Y lo entiendo, porque a mí esa novia tuya no me cae nada bien. Tú te has enamorado de otra. ¿Quién es

ella?

—Tía, por favor —dijo Dániel, ofendido—. Te juro que no hay “otra”

Aunque sí “otro”, pensó Dániel, angustiado.

—De todos modos —prosiguió Dániel—, me gustaría que no hablaras de todo esto con nadie, y mucho menos con mis padres. Comenzarán a interrogarme y hoy no estoy con ánimos de contestar a nadie. Déjame que me vista en tu casa antes de ir a la ópera, y mañana les daré todas las explicaciones necesarias.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras, Dániel —le dijo ella, con cariño.

—Señora Lily —intervino oportunamente su ayudante—. La cera ya está preparada.

—Estupendo —dijo Lily cogiendo a su sobrino por las greñas—. Métete ahí adentro y desnúdate por completo.

—¿Totalmente desnudo? —exclamó Dániel, sorprendido y avergonzado.

—Por supuesto —asintió tía Lily—. No te voy a dejar un pelo en ningún rincón de tu cuerpo. Y cuando te digo en ningún rincón, me refiero exactamente a eso. ¿Qué te pasa? ¿Tienes vergüenza de que te vea la pilila?

—¡Tía, por Dios!

—Pero, ¿quién te crees que te limpiaba el culito y te cambiaba los pañales cuando eras pequeño? —le contó ella—. Además, si todo ha crecido en la misma proporción que cuando eras bebé..... ¡Menudo pedazo de.....!

—¡Me quiero morir! —exclamó Dániel rojo como un tomate—. ¡Esto me va a crear un trauma de por vida! ¡Me vas a tener que pagar el psicoanalista los próximos cincuenta años!

—Lo que tú digas, cariño —asintió ella empujándolo y obligándolo a sentarse sobre una camilla—. Ahora cállate y desnúdate. Te dejaré el culito como cuando eras un bebé.

—¡Tía!

A su pesar, Dániel se desnudó y cuando Beth entró en el pequeño habitáculo con la olla llena a rebosar de cera caliente abrió los ojos, asombrada de la cantidad de pelo en el cuerpo del joven.

—Me recuerda a mi tío Bernie —contó—. Una vez se quedó dormido en el sofá, desnudo, y Tutú, mi pequeño gatito, se puso a dormir entre los largos pelos de su enorme culo. Al despertarse, mi tío Bernie no se dio cuenta que tenía al gatito sujeto al culo y se incorporó y se sentó —movió tristemente la cabeza—. En el hospital tardaron dos horas en sacarle el gato de su agujero. La cabecita se le quedó atorada entre las almorranas. Pobrecito.

Dániel se quedó pensando en la historia de Beth y en quién debió ser el “pobrecito”, si el tío Bernie o el gato.

—Déjate de tonterías y vamos a empezar —dijo tía Lily estudiando el cuerpo peludo de su sobrino tumbado boca abajo sobre la camilla—. Aquí tenemos muchísimo trabajo.

Cogió la maquinilla de afeitar y comenzó con la faena. Unos minutos después, la espalda de Dániel y las nalgas y las piernas sólo mostraban los puntos negros de la raíz de los pelos, que estaban todos en el suelo formando montañitas a los pies de Lily y Beth.

Con mirada profesional, Lily observó el cuerpo de su sobrino y, especialmente, un pequeño lugar por el que asomaban largos pelos.

—Y ahora, cariñín, ábrete con las manos los cachetes, a no ser que quieras que lo haga Beth.

A Dániel le pegó un síncope, mientras enrojecía a ronchas y comenzaba a ponerse realmente malo.

—¿A qué te refieres, tía? —preguntó Dániel al borde del colapso nervioso.

—¿Qué entendiste tú cuando te dije que no iba a dejarte ni un pelo en todo tu cuerpo?

—¡Pero tía, por Dios! ¿Es necesario?

—Es necesario e higiénico —rezongó ella—. Además, deja de quejarte, que aún no ha venido lo peor.

¡Peor que eso!, pensó Dániel angustiado, mientras se abría las nalgas con las manos, dejando expuesto su agujero peludo y deseando que no se notara que por ahí había entrado una polla de tamaño considerable. Sin embargo, su tía no pareció percatarse de nada mientras

pasaba la maquinilla, afeitando todos los pelos que rodeaban el orificio.

—Y ahora, cariño, date la vuelta —le ordenó su tía y, entonces fue cuando comenzó el verdadero calvario para Dániel—. ¡Pedazo de pilila! —exclamó ella observando con mirada profesional el tocho de pene de su sobrino que asomaba entre la pelambreira.

—¡Joder! —exclamó Beth, silenciosamente — Desde aquí parece una berenjena.

—¡Me quiero morir! ¡Me quiero morir! —gemía Dániel, rojo como un tomate.

Pero el tormento de Dániel aún no había finalizado.

—Ahora agárratela y sepárala....así cariño —decía la tía Lily pasándole la máquina de afeitar por las partes íntimas—. Ahora hacia el otro lado. Levántate los huevecillos....Un poquito más. ¿Te molesta la vibración? Puede que notes pequeños tirones, pero es que tu pelo está muy duro.

La verdad es que Dániel no notaba nada, tan mal lo estaba pasando. Estaba descubriendo que sí, que se podía morir uno de la vergüenza, mientras su tía le pasaba la maquinilla por sus partes íntimas, a la orden de: *"Muévela, hacia el otro lado, agárratela por la punta, apriétate los huevecillos para adentro, ahora entiendo lo feliz que es contigo tu Sofi."*

Cuando estaba a punto de sufrir un ictus cerebral, tía Lily acabó de afeitar su cuerpo y, entonces, ella, cogió una espátula y comenzó a expandir la cera sobre el cuerpo de Dániel.

—¿Quema? —preguntó ella.

—Un poco —respondió él—. Pero se aguanta.

—Beth, prepara toallas calientes y crema hidratante —dijo tía Lily, cogiendo la cera ya solidificada y mirando el cuerpo desnudo de su sobrino—. Lo va a necesitar. La de años que llevo soñando con esto —dijo por último y.....iiiiRasssssss!!!!

El alarido las ensordeció a ambas y retumbó por toda la peluquería. Pero aquello sólo fue el principio de la tortura. Tía Lily, con una inhumana impasibilidad, fue arrancando lo que quedaba de los pelos del cuerpo de Dániel; no se salvó ni uno.

Cuando acabó, Dániel se duchó y se aplicó crema hidratante por

todo el cuerpo.

Se encontró raro, y sintió la suavidad de su piel, pálida y limpia de pelos. Parecía un pollo desplumado y escaldado.

Después de vestirse, tía Lily lo hizo sentarse en una silla, frente al espejo, y se concentró en su rostro y cabeza: le perfiló las cejas; le rasuró el rostro dejándolo limpio e impoluto y le cortó el cabello dejándole un peinado a la moda.

Más tarde, después del mediodía, con un Dániel sin un solo pelo en el cuerpo, tía y sobrino fueron al centro comercial a comprarle ropa decente con la que poder asistir a la ópera sin que pareciera un pordiosero. Estuvieron toda la tarde visitando tiendas, escogiendo ropa, comprando zapatos para él (y para ella); tomaron café en una cafetería; y, al final, volvieron a la peluquería. Tía Lily le dio los últimos retoques y, sobre las siete de la tarde, Dániel tomó un taxi y partió hacia la ópera.

Tía Lily salió a despedirlo y, cuando el taxi hubo doblado la esquina, vio que se acercaba por la acera Vitto, enfundado en su sotana y un grueso abrigo, dirigiendo su mirada hacia el taxi, que se alejaba por la calle adyacente.

—¿Ese que he visto montar en el taxi era Dániel? —le preguntó a Lily.

Ella, como de costumbre, le dedicó una mirada despreciativa y comenzó a bajar la barrera de la peluquería.

—Sí, ¿y qué? —replicó ella, gélidamente.

—Dániel ha decidido volver a ser él mismo —dijo el sacerdote, pensativamente, dando un suspiró, intranquilo—. Veremos cómo acabará esto. Al final, tendré que hablar con sus padres.

—¡Ni te atrevas! —le gritó una furibunda Lily amenazándole con un dedo, sin comprender exactamente de qué le estaba hablando—. Yo no sé por qué Dániel ha decidido, por fin, quitarse de encima todos esos pelos; ni quiero saberlo. Pero me ha hecho jurar que no diría nada a Salvatore ni a Fiorella. Que lo haría él mañana. Sospecho que ha encontrado a otra chica que le gusta más que Sofía; no sé. Pero he visto en los ojos de ese chico una luz que no había visto nunca en él; unos ojos llenos de felicidad. Y como tú hagas algo que apague esa luz, te juro Vitto por lo que más amo en esta vida, que me las pagarás todas juntas y te arrepentirás de haberme conocido. ¡Te lo juro!

Vitto observó a Lily con tranquilidad.

—Tú nunca has sido capaz de cumplir un juramento, Lily —le dijo él, tranquilamente—. Juraste amar eternamente hasta el día de tu muerte a cada uno de tus tres exmaridos. Tus juramentos, para mí, no valen nada.

Lily le miró, con odio.

—Eso mismo pienso de ti, Vitto —le dijo ella, con desprecio—. Mis juramentos no valdrán para ti. Pero el problema tuyo, Vitto, es que eres tú el que no vales nada.

Capítulo 6

Nessum Dorma

Los operarios del ayuntamiento habían tenido que emplearse a fondo y trabajar duro pero, al final, habían conseguido apartar la nieve acumulada en Josie Robertston Plaza, frente al Metropolitan Opera House, y ahora estaba despejado y esplendoroso cuando Salvatore Carluccio y su joven acompañante bajaron del taxi y se dirigieron hacia el acristalado edificio en cuyo interior se encontraba el coliseo.

Salvatore puso el abrigo sobre los hombros de la mujer que lo acompañaba y, sin querer, tropezó con un joven que permanecía a la espera junto a la fuente de la plaza, cuya agua saltaba y caía, burbujeante. Salvatore se disculpó, visiblemente azorado, y Julian Colucci le sonrió, sin dar importancia al incidente. Después, el joven observó cómo la pareja (demasiada diferencia de edad entre uno y otro, pensó) se dirigía hacia el Met.

Aquel no había sido su mejor día, precisamente.

Vestido elegantemente con un traje negro, chaleco gris, una camisa y una corbata blanca, un abrigo largo y una bufanda enrollada al cuello protegiéndole del frío, Julian sentía cómo el estómago le daba vueltas por los nervios y la incertidumbre.

¿Vendría Dániel? ¿Cumpliría con su palabra? ¡Cómo no le había pedido el número de móvil ni dónde vivía!

Esas preguntas le habían estado atormentando todo el día, desde que Dániel saliera por la puerta de su casa. ¡Cómo deseaba volverlo a ver! Y si no venía, ¿qué haría él? ¿Conseguiría olvidarlo? ¿Lo buscaría? O, por el contrario, ¿renunciaría a él y dejaría que se casara con su hermana?

"*Que venga, por favor*", rogaba una y otra vez. "*Que venga*"; pero faltaban quince minutos para el comienzo del espectáculo y Julian empezó a perder las esperanzas.

La gente vestida con elegancia que abarrotaba el Josie Robertston Plaza ya había comenzado a entrar en la ópera, y cada vez quedaban menos personas a su alrededor. Unos minutos después, sólo un pequeño grupo de personas quedaron rezagadas por la plaza,

hablando alegremente.

Una pareja joven bajó de un taxi y se apresuraron a correr hacia la ópera. Al otro lado de la fuente, desdibujado por los chorros de agua, un joven alto, muy elegante, muy guapo, de cabello corto y moreno, bien peinado, vestido con un traje de terciopelo negro, un chaleco gris, una camisa blanca brillante, una pajarita negra, unos brillantes pantalones grises a rayas y unos zapatos negros, y embutido en un elegante abrigo, también estaba mirando con nerviosismo a su alrededor, buscando, hasta que sus miradas se cruzaron.

Julian, nervioso, apartó la mirada rápidamente del desconocido y siguió en su búsqueda de Dániel. Pero el joven seguía sin aparecer.

El tiempo se agotaba; la ilusión se extinguía.

Derrotado, deprimido y sin ninguna esperanza de volver a ver a Dániel en su vida, Julian suspiró, y miró tristemente hacia la entrada acristalada del Metropolitan. Se metió las manos en los bolsillos de su abrigo, hundió sus hombros, derrotado, y le dio la espalda al magnífico edificio, mientras sentía las lágrimas acumularse en sus ojos, y se dirigió hacia la acera en busca de un taxi.

Sin Dániel, la ópera no valía la pena. Ahora, sin Dániel, su vida no merecía ser vivida.

—¡Espera! —le detuvo alguien sujetándole del brazo y, al girarse, se encontró de frente con el joven apuesto que había visto al otro lado de la fuente—. ¿Adónde vas? Hace media hora que estoy esperando junto a la fuente, pero no te he visto hasta ahora

Julian miró al desconocido con desconcierto: Jamás había visto a alguien tan guapo y tan apuesto en su vida. Y esa voz, esos ojos color miel. Sin lugar a dudas, él los conocía.

—¿Dániel? —exclamó, asombrado.

—¿A quién esperabas si no? —repuso Dániel con frialdad.

Al final, después de toda una tarde de meditar sobre lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas, había decidido acabar con esa relación o lo que fuera eso que tenía con Julian. Después de esta noche, se olvidaría de él y no volvería a verlo. Así que decidió mostrarse arisco y distante, pero Julian estaba tan asombrado con su nuevo aspecto que no se percató de ello.

—Dios mío..... ¡Hola! —Acertó a decir Julian titubeante. Miró el rostro de Dániel, más atractivo de lo que jamás podía haber imaginado—.

Estás guapísimo. La barba.... El pelo.....

—Me lo he cortado. Tú también estás muy guapo.

Julian se acercó para besarle y Dániel, intuyendo su intención, lo apartó de sí.

—No —dijo fríamente—. Acepté venir contigo a la ópera; pero nada más. Además, estamos en público.

Julian asintió con tristeza.

—De acuerdo. Perdona. Es que.....Gracias.

—¿Gracias? —inquirió Dániel—. ¿Por qué?

—Por haber venido —le respondió Julian con los ojos rojos de la emoción—. Por haber renunciado a tu pelo, a muchas cosas por acompañarme esta noche. De verdad, me has hecho más feliz de lo que tú nunca podrás imaginar.

—Sí, bueno, vale —dijo Dániel, incómodo, haciendo esfuerzos sobrehumanos para aparentar frialdad e indiferencia hacia Julian, cuando la realidad era que se estaba muriendo por abrazarlo y besarlo—. ¿Entramos?

—Sí, claro, vamos —asintió Julian triste al descubrir la indiferencia y sequedad con que lo trataba.

Ambos entraron en la ópera y dejaron los abrigos en la guardarropía. Julian volvió a mirar a Dániel de arriba abajo y sonrió.

—No puedo creer que seas tú —dijo con emoción—. Sin tu chándal roto, tu sudadera, tus pelos mal arreglados, tu larga barba mal cortada.

—¿Quieres decir que antes te daba asco?

—¡No! —exclamó Julian—. No, claro que no. ¿Cómo puedes pensar eso? Me enamoré de ti de esa manera; y te amo vistas como vistas; sea con el pelo largo o totalmente calvo, Dániel.

—Te dije que no me dijeras eso —regañó Dániel—. Deja de decir que me amas y estupideces de esas. Me haces sentir incómodo.

—Pero esa es la verdad —le replicó Julian sin hacer caso de las ofensas de Dániel—. Y no puedes impedir que sienta lo que siento por

ti. Tú me devolviste las ganas de vivir, Dániel.

—No debí venir —dijo Dániel mirándole fijamente y con frialdad—. Esto ha sido una gran equivocación, pero ahora ya está hecho.

—Si tanto te arrepientes, vete entonces —le dijo Julian mirándole fijamente, los ojos enrojecidos—. Si tanto te repugno, si tanto asco te doy por ser homosexual, no tendrías que haber venido. Sólo te hace falta escupirme a la cara para humillarme más.

—Ahora ya estoy aquí. ¿Dónde nos sentamos? —preguntó Dániel, visiblemente incómodo.

—Vamos — le dijo Julian completamente triste y abatido mientras entraban en el patio de butacas.

—Es impresionante —murmuró Dániel para sí mirando la enorme platea rodeada de palcos; el teatro entero abarrotado de gente.

Se sentaron tres filas más atrás de donde estaban sentados su padre junto a su acompañante, y Dániel observó cómo las lámparas se apagaban a medida que se elevaban hacia el techo.

—Si me duermo y empiezo a roncar, me despiertas con el codo —le dijo a Julian y éste sonrió.

—Anoche, mientras dormías entre mis brazos, te estuve observando varias horas, pensando y pensando en cómo habías salvado mi vida, en cómo habías roto las férreas defensas que había creado alrededor de mí durante siete años, en cómo habías entrado en mi alma —le dijo Julian—, y en ningún momento te oí roncar.

Dániel le miró pero no le dijo nada.

Cuando las luces se hubieron apagado el telón se abrió y el tenor apareció en el escenario y el teatro se vino abajo entre aplausos y vítores, recibido con todo el público puesto en pie.

Dániel, al ver que Julian y el público a su alrededor se habían levantado y aplaudían con fervor decidió imitarlos, así que él se levantó y aplaudió de mala gana y sin ningún entusiasmo.

Cuando los aplausos hubieron cesado, la Orquesta Sinfónica de Londres estalló en una fanfarria de saludo y luego comenzaron con los primeros compases de El Brindis de la ópera La Traviata.

—Buff —musitó Dániel lúgubrementemente mientras se repantigaba en su asiento dispuesto a dormirse—. Ya empezamos.

Si lo hubiera sabido, Fiorella se hubiera abstenido de invitar a cenar esa noche a Vitto y Lily después de asistir a la Misa del Gallo.

Junto con el abuelo Pietro cenaron los cuatro en la cocina; una cena silenciosa y triste. Fiorella no levantaba los ojos de su plato y comía mecánicamente. El Abuelo, procuraba pasar desapercibido, y tío Vitto y Lily se lanzaban miradas asesinas y, de vez en cuando, se tiraban puyas y velados insultos.

— ¿Sabes algo de Dániel, Fiorella? —preguntó de pronto tío Vitto, y Lily le propinó una patada por debajo la mesa.

El abuelo miró a su nuera a hurtadillas y esta se encogió de hombros sin apartar la vista de su plato.

—¿Qué se supone que debo saber? —contestó ella con frialdad—. Últimamente está un poco raro. Anoche no vino a dormir. Y esta es la primera vez que no ha asistido a la Misa del Gallo. Igual que su padre.

Tío Vitto asintió, comprensivamente.

—En estos días, Dániel se está reencontrando a sí mismo —dijo—. No creo que tengas que preocuparte por él.

—¡Y no tiene por qué preocuparse por él! —exclamó Lily, enfadada de que Vitto hubiera sacado el tema de Dániel a relucir.

—Y no lo estoy, en absoluto —negó Fiorella, un poco sorprendida por la airada reacción de su hermana—. Conozco a mi hijo; es un buen hijo, y una magnífica persona, y sé que hará lo correcto.

—Lo correcto es que encuentre su felicidad —asintió tío Vitto y Fiorella levantó sus ojos del plato y lo miró.

—A eso me estoy refiriendo, precisamente —replicó ella con dureza mirando fijamente a su cuñado—. Y no voy a permitir que nada ni nadie haga infeliz a mi hijo. Escúchame bien, Vitto: nada ni nadie. Ni ninguna religión.

—Estoy de acuerdo contigo —asintió Vitto y la miró fijamente y

preguntó, con tacto—. ¿Y Salvatore?

Fiorella se encogió de hombros.

—Con su amante, supongo —respondió con tranquilidad.

—¿Salvatore tiene una amante? —exclamó Lily mirando a su hermana, sorprendida e incrédula.

—Salvatore no tiene ninguna amante —negó tío Vitto mientras continuaba cenando.

—Eso lo dices para proteger a tu hermano —le acusó Fiorella—. Pero yo sí sé que la tiene. Además, no quiero hablar de este tema.

—No comprendo cómo puedes pensar eso de Salvatore, conociéndole como lo conoces, Fiorella —le dijo Vitto—. Salvatore jamás te engañaría con otra mujer. Puede que haya conocido a otra mujer, y que la coquettee. Pero te aseguro que no pasará a mayores.

—¿En serio? —exclamó Lily enfurecida mirando a Vitto con asco— ¿Y hacer eso no es ponerle los cuernos a mi hermana? Serás cura, pero no dejas de ser un hombre. Y ya sabes, Fiorella, que los hombres se defienden entre ellos. ¡Machista de mierda!

—Por supuesto que no pasará a mayores —aseguro Fiorella sin hacer caso de Lily—. Yo no voy a permitir que se destruya mi matrimonio. Yo arreglaré mis cosas con Salvatore y tú —dijo señalando al tío Vitto con un dedo amenazante—, como sigas hablando de este tema te saco a patadas de mi casa por muy cura que seas. ¿Entendido?

Como sabía que las amenazas de su cuñada no iban en vano, tío Vitto se calló y siguió comiendo mientras sentía sobre él las miradas indignadas y furiosas de las dos mujeres sentadas a la mesa.

¿Nessun Dorma?

Por supuesto que Dániel no dormía, ni mucho menos roncaba. Sencillamente, estaba en éxtasis.

Erguido en su butaca, los ojos abiertos como platos, con todos sus sentidos puestos en el tenor que estaba interpretando *Nessun Dorma* de Puccini, acompañado por la Orquesta Sinfónica de Londres, sólo eran él y la música y la mano de Julian agarrando la suya, los dedos

entrelazados.

Todo lo demás no existía, nada. Sólo él y sus sentidos. Sólo él y la música. Sólo él y Julian. Sólo él y Dios. Porque toda aquella maravilla, aquel momento único en la vida de Dániel, sólo podía ser obra de Dios.

A su lado, Julian echó un ojo a Dániel y pudo ver su cara de emoción y placer. Vio sus ojos emocionados fijos en el escenario y, en aquel momento, lo amó como nunca había pensado amar a nadie.

Cuando el tenor llegó al momento cumbre y la orquesta estalló en los compases finales del *Nessun Dorma*, Dániel sintió todos sus sentimientos a flor de piel: sintió su cuerpo estremecerse, temblar de la emoción. Las lágrimas corrían incesantes por sus mejillas sin poder evitarlas, y miró a Julian, y miró al tenor, ahí, sobre el escenario, y se sintió transportado más allá de sus sentidos.

Cuando el público estalló en una ovación, Dániel se levantó y gritó y lloró y aplaudió hasta que las palmas de las manos le dolieron.

—¡Bravísimo, bravísimo, bravísimo! —no podía dejar de gritar, mientras el tenor salía una y otra vez al escenario para saludar a su público.

—No puedo creerlo —murmuró Dániel después de casi una hora de aplausos, las palmas de las manos rojas y doloridas y con los ojos todavía brillantes por la emoción, mientras bajaban las escaleras hacia la guardarropía para recoger sus abrigos—. Ha sido la experiencia más impresionante que he tenido en mi vida; y me lo llevaré a la tumba.

—Sabía que disfrutarías —dijo Julian, sonriendo—. Era imposible que no te gustara.

Llegaron al guardarropas, y mientras Julian pedía sus abrigos, Dániel tropezó, por accidente, con un señor mayor que acababa de recoger un abrigo de pieles y lo colocaba sobre los hombros de una mujer muchísimo más joven que el viejo.

—¿Qué hacemos ahora, cariño? —preguntó el hombre a la mujer y el rostro de Dániel tornó lívido.

—¿Papá?

Salvatore se giró hacia el apuesto joven, alto y guapo que se

encontraba frente a él y lo miró sin comprender.

—Discúlpeme usted —le dijo confundido.

—¡Papá! —exclamó Dániel, furioso—. ¡Que soy yo, Dániel!

El rostro de Salvatore pasó por todos los colores del arco iris hasta que tornó blanco y pálido como la muerte.

—¿Dániel? —logró articular mirando a su hijo de arriba abajo—. ¿Pe.....Pe.....Pero qué te ha pasado? ¿Te han abducido los marcianos y te han dejado así?

—¡Qué coño estás diciendo! —exclamó Dániel enojado—. ¿Se puede saber qué haces tú aquí y con esta.....señora?

—Tranquilízate —le sugirió Julian junto a él y Salvatore le dedicó una mirada inquisidora.

—¿Y usted es.....? —le preguntó.

—Julian Colucci —se presentó tendiéndole la mano—. El hermano de Sofía.

—Sí, bien, vale —tartamudeó Salvatore sin aceptar la mano y se giró hacia la mujer que esperaba junto a él—. Espérame fuera, Monique —le pidió. Ella asintió y Salvatore se enfrentó a su hijo.

—¿Monique? ¿En serio? —inquirió Dániel con ironía, mirando a su padre duramente.

—¿Qué coño te has hecho en el pelo? —gruñó Salvatore—. ¿Y por qué tú también estás aquí?

—Esa no es la cuestión. La cuestión es qué haces tú aquí y con ella —exclamó Dániel—. Estás casado.

—Y tú eres mi hijo —amenazó Salvatore con un dedo—. Y no tengo por qué darte explicaciones.

—Y tú eres mi padre....

—Eras más simpático cuando llevabas greñas. Me caías mejor —cortó Salvatore—. Está bien. No le digas nada de esto a tu madre.

—Pero si ya lo sabe —exclamó Dániel y Salvatore lo miró,

furibundo.

—Tú no le digas nada y punto. Yo lo solucionaré a mi manera, ¿entendido?

—¿Y cuál es tu manera, papá?

Salvatore le miró duramente y se alejó dejando a Dániel con la palabra en la boca.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Julian.

—Ese es mi padre —indicó Dániel triste—. Pero ella no era mi madre.

Julian miró a Dániel, comprensivo.

Salvatore aparcó frente al apartamento donde vivía Monique y durante unos minutos ambos permanecieron en silencio dentro del coche.

La mujer miró el rostro tenso de Salvatore y, comprensiva, sonrió.

—Esto será una despedida definitiva, supongo —dijo ella.

—Sí —asintió Salvatore—. Lo siento Monique. Ha sido bonito, pero no debí haber empezado esto.

Monique sonrió.

—No te preocupes, Salvatore —asintió ella—. Lo empezamos los dos, y ambos sabíamos que ésto acabaría más temprano que más tarde. Tú amas a tu mujer y a tu familia. Y, sí, ha sido bonito.....

—Mientras duró —asintió Salvatore, riendo—. Eres una buena mujer, Monique. Estoy seguro que encontrarás al hombre que te merezca de verdad.

Ella sonrió y le besó en la mejilla. Salió del coche y se despidió con la mano.

—Cuídate, Salvatore.

—Y tú también, Monique.

Desde que dejaron la ópera, desde que su vida diera un vuelco, Dániel no había abierto la boca. Regresaron en un taxi, tomaron un par de copas en un bar del barrio, cerca de sus respectivas casas, y ahora Julian y Dániel caminaban calle abajo, en completo silencio.

—Hace frío —se estremeció Julian viendo los primeros copos de nieve caer, tratando de romper el silencio. Hacía casi dos horas que ninguno de los dos había abierto la boca.

—No puedo creerlo —murmuró para sí Dániel ajeno a la nieve, al mundo en general—. Mi madre sospechaba que se veía con otra. Esa Monique parecía una puta barata.

—No digas eso —negó Julian—. No la conoces. Puede que sea una buena mujer.

—Tú no lo entiendes. Mi familia es el pilar que sustenta mi vida, y está a punto de desmoronarse. Además —comentó Dániel con amargura—, ¿quién soy yo para juzgar? —Y miró de arriba abajo a Julian con desprecio—: He follado con el hermano de la mujer con la que me voy a casar.

—¿Se puede saber qué coño te pasa conmigo? —preguntó Julian, ofendido.

—¿Cómo puedes preguntarme eso?— exclamó Dániel.

—No haces más que mirarme con asco y sigues haciendo que me sienta culpable por todo: por lo de tu padre y por lo nuestro.

—Eres culpable, y yo soy culpable de lo nuestro— le acusó Dániel.

—¿De qué somos culpables? ¿De amarnos? ¿De desearnos? —replicó Julian—. Tú, que eres tan creyente, sabes que sólo Dios puede juzgarnos.

—Sí, bueno, amarnos —se quejó amargamente Dániel—. Yo lo único que sé es que me he acostado contigo estando prometido con tu hermana.

—¿Y sigues pensando en casarte con ella? —preguntó él.

—Pues claro —espetó Dániel—. Es lo que tenía planeado y no pienso echarme atrás.

Julian le detuvo cogiéndole del brazo, le miró y movió negativamente la cabeza, afligido.

—Eres un puto cobarde —le acusó—. Vas a lo fácil y no te atreves a enfrentarte al mundo para conseguir tu felicidad.

—¿Y crees que seré feliz contigo? —exclamó Dániel.

—No lo sé; ni sé si nuestra relación será duradera. ¿Quién lo sabe? ¿Lo sabían tus padres cuando se casaron? Pero quiero intentarlo —replicó Julian—. Y si no quieres intentarlo ahora, con el tiempo te arrepentirás. Tú no amas a mi hermana; tú me amas a mí; lo he visto en tus ojos; lo he sentido en tus besos. Mira dentro de ti; examina tus sentimientos, y verás que es verdad.

—Deja de hablar como Darth Vader. Me irrita —replicó Dániel con desprecio comenzando de nuevo a caminar, pero se detuvo en seco cuando reconoció la pequeña casa frente a la que estaban y en cuya fachada colgaba un letrero que rezaba:

Carpintería Colucci.

—Me has llevado a tu casa —le acusó.

—Así es —asintió Julian.

—O sea que tu intención, desde el principio, era meterme de nuevo en tu cama —le reprochó Dániel.

—Sí —contestó Julian con pasión.

—Eso es lo único que quieres de mí: sexo —reprochó.

—¡No! —negó Julian mirándole fijamente—. Sexo es lo único que tú has querido de mí.

—No digas estupideces —le dijo Dániel con desprecio—. Hicimos un pacto, ¿recuerdas? Me dijiste que si te acompañaba a la ópera me dejarías en paz. ¡Y he cumplido mi palabra! Ahora es el momento que tú cumplas con la tuya. Voy a casarme con tu hermana y tú me dejarás tranquilo para siempre.

—Lo siento, no podré cumplir con mi palabra —negó Julian con tristeza—. No podré dejar de desearte. No podré dejar de amarte. Me has robado el alma, Dániel. Y ahora, ¿qué pretendes? ¿Que te deje ir así, sin más? Te amo, esa es la verdad.

—¡Quieres olvidarte ya de eso! —exclamó Dániel—. Sí, tal vez tengas razón. Mi naturaleza me tira hacia ti, y sí, no te voy a negar que te amo con desespero, pero eso no significa que yo lo acepte. Gracias a mi fe, gracias a mi Dios que tanto me protege, puedo resistir ese impulso que me hace que te desee, que me muera por estar contigo, que anhele subir a tu casa y meterme en la cama contigo; pero soy capaz de decir sí a algunas cosas, y a otras, no. No quiero volver a pecar; no quiero defraudar a mi familia, y mucho menos a mi padre. Mataría por ellos.

—¿Y tú crees que los defraudarías?

—No lo sé ni quiero saberlo —replicó Dániel al borde del llanto—. Por otra parte no sé para qué sirve esta estúpida vida que Dios me ha dado, si no puedo vivirla junto a ti, que eres....

Dániel se detuvo. Julian estaba mirando para otra parte, ignorándole.

—Pero.... ¿Me estás escuchando? —le gritó.

—Sí, pero todo lo que me estás diciendo son auténticas imbecilidades; te estás contradiciendo a ti mismo —contestó él—. Yo lo único que sé es que quiero pasar el resto de mi vida contigo, sin importarme arder en el infierno. Porque ahora mi vida es tuya. Y sin ti, no quiero vivirla, porque ya nada me importa. Ni me importa que tú ardas en el infierno, mientras lo hagamos juntos. Entraste en mi vida voluntariamente, y ahora no puedes salir tan fácilmente.

Julian se quitó la mano artificial y le enseñó el muñón.

—Esto es el pasado y ya no me importa el pasado —le dijo—. Que ardamos en el infierno es cosa del futuro y no me importa el futuro. A mí lo único que me importa es el hoy y el ahora. Y mi ahora eres tú, y yo, juntos.

—¡Quiero irme a mi casa! — exclamó Dániel yendo calle abajo y Julian lo sujetó del brazo, lo detuvo y lo abrazó con fuerza y desespero.

—¡No! —gritó Julian, enloquecido, abrazándolo firmemente—. Si lo haces, te juro que me muero, Dániel.

—¡Deja que me vaya, Julian, por favor! —dijo Dániel con desespero—. Déjame ir, te lo suplico. Sigue con tu camino y déjame seguir el mío.

—¡No! —negó Julian abrazándole con más fuerza, llorando en su

hombro.

—No me lo hagas más difícil, por favor, te lo suplico. No subiré a tu casa —dijo Dániel, duramente. Se separó de él y lo observó con los ojos rojos, indicándole con su mirada que su decisión era irrevocable.

—Dániel —suplicó Julian mirándole con los ojos embargados por el amor, acariciándole el rostro—. Te amo. Y el amor no es como me lo había imaginado. Creí que el amor era alegría y felicidad. Pero el amor también es sufrimiento y lucha constante por conservarlo. Desde que entraste por primera vez en mi vida, tengo el corazón hecho trizas; no hago más que sufrir y tener miedo de perderte; de no volver a verte más. Me estás haciendo muy desgraciado; más de lo que te puedas imaginar. —Se volvió a quitar la mano artificial y mostró el muñón a Dániel—. Muchísimo más que cuando perdí mi mano y el amor de mi familia. Pero el amor no es perfecto, como no soy perfecto yo, ni tú.

Julian extendió su mano derecha y copos de nieve cayeron sobre el guante, y Dániel lo miró; recorrió cada milímetro de su triste rostro y observó aquellos ojos negros que miraban, con tristeza, los copos de nieve en su guante.

—La nieve es perfecta —dijo Julian, observándola—. Las estrellas son perfectas. Nosotros no. Nosotros tenemos el derecho de fallar y equivocarnos. Luego Dios juzgará pero, mientras tanto, entra conmigo y hagamos el amor, aunque sea por última vez, Dániel. Aunque sea por última vez necesito que me hagas el amor.

Dániel lo miró fijamente; en sus oídos todavía resonaba el tenor cantando *Nessun Dorma* y vio cómo Julian extendía su muñón hacia él.

—Ven, entremos —suplicó— Por favor.

Dániel suspiró, mirando intensamente la cicatriz de la herida de Julian. Extendió su mano y le agarró el muñón, y le siguió hacia el interior.

Ya entre las sábanas, tumbado sobre Julian, con sus piernas sobre sus hombros, Dániel no podía apartar su mirada de él, mientras le hacía el amor.

Con los ojos se lo decían todo. Y Julian, loco de amor, le besó con intensidad. Dániel le pasó la mano por la nuca y lo apretó contra sí, con fuerza, sus lenguas luchando en un beso sin fin.

—¡Dios, cómo te amo Dániel! —susurró Julian, mirándole profundamente—. ¡Cómo te amo!

Dániel cerró los ojos, gimiendo y llorando, mientras su cuerpo se deshacía en un orgasmo sin igual.

Un día antes de lo previsto, Sofía Colucci regresó de Italia. Pero se fue sola y volvió acompañada con el joven italiano que tan buenos ratos le había hecho pasar en su viaje.

—Mañana hemos de legalizar los papeles cuanto antes —decía ella mientras esperaban las maletas en el aeropuerto—. Y luego tendré que comer en casa de Dániel, mi prometido. Creo que le debo una explicación.

—De acuerdo, cara mía —asintió el italiano—. Yo esta noche hablaré con mis padres y cenaremos con ellos el fin de año. ¿Te parece?

—Claro que sí, amor mío.

□□ *We wish you a Merry Christmas*

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas and a Happy New Year. □□

—¡Papá, desconéctalosya! —gritó Salvatore desde el recibidor y el abuelo salió de la cocina presto a obedecer a su hijo.

Fiorella estaba replegando los platos de la cena cuando escuchó a su marido entrar en la cocina.

—Buenas noches —saludó él. Ella ni se volvió y ni le saludó y siguió llenando el lavavajillas. Salvatore abrió el licorero; cogió una botella de vino y una copa y lo volvió a cerrar—. Estaré arriba.

Después de unos minutos, la voz de de Frank Sinatra llegó hasta la cocina y Fiorella cerró los ojos, triste.

Cuando subió al dormitorio, una hora después, Fiorella quitó el disco que seguía girando en el tocadiscos y se fijó en la botella casi vacía de vino colocada sobre la mesita de noche, junto a Salvatore,

que roncaba ruidosamente.

Su marido apenas había tenido fuerzas de meterse en la cama y colgaban sus piernas por un lado. Fiorella se las colocó bien y le tapó con las mantas. Con una sonrisa amarga se sentó junto a su marido, le observó el rostro, le apartó unas canas que le caían sobre los ojos, y le acarició con amor.

—¡Ay, Salvatore! —murmuró—. ¡Has bebido más de la cuenta y esta noche vas a tener pesadillas!

Capítulo 7

El día de Navidad

Habían tenido sexo prácticamente toda la noche; estaba a punto de amanecer y, sin embargo, Dániel y Julian seguían despiertos y abrazados, mirándose, intentando que aquel momento durara toda una eternidad.

Dániel tenía el muñón de Julian entre sus manos, y lo observaba con detenimiento. Después de los años, la cicatriz era ya casi imperceptible y el joven la besó.

—¿Me contarás qué es lo que ocurrió con tu mano? —le preguntó.

—Es una historia muy triste —suspiró Julian—. Y dolorosa.

—Pero cuéntamela —le pidió Dániel—. Necesito saberla de ti. Luego ya conoceré la versión de Sofía.

—¿La versión de Sofía? —dijo Julian con sarcasmo—. No hay más versión que la verdad.

Julian suspiró, acariciando el flequillo bien cortado y perfilado de Dániel, mirándole con amor.

—Cuando tenía diecinueve años, cuando todavía vivía en Nápoles, conocí a un chico, Ginno, del que me enamoré perdidamente —Julian suspiró—. Un amor adolescente; ese que crees que será el único y verdadero.

—A esa edad siempre lo es —asintió Dániel, divertido, pensando en Taylor Hunter.

—Bueno, la cosa es que salíamos juntos; a escondidas claro —prosiguió—. Yo trabajaba con mi padre en la carpintería propiedad de mi abuelo. Al hacer el testamento en vida, mi abuelo dejó buena parte de su herencia a mi padre, y el resto me lo legó a mí: la carpintería, la casa, algunas de sus propiedades, y no le dejó nada a mi hermana.

—Hay gente que todavía parece anclada en la edad media —musitó Dániel, irritado—. Todavía tan machistas.

—Eso a Sofía no le cayó en gracia, y empezó a cogerme rabia y a odiarme sin que yo me diese cuenta. Pero bueno, mi relación con Ginno iba viento en popa; hacíamos planes para irnos a vivir juntos. Ya sabes, cosas de pareja; porque eso era Ginno para mí: la persona con quién pensaba compartir mi vida. Llegó un punto en que ya no podía seguir ocultando mi secreto a mi familia y estaba dispuesto a enfrentarla y a presentarles a Ginno.

—Yo no sería capaz de hacerlo. Tenías razón al llamarme cobarde: no soy tan valiente como tú —dijo Dániel con tristeza—. Jamás reconoceré ante mi familia que soy gay. Siempre lo ocultaré.

—Así jamás serás feliz, te lo aseguro —suspiró Julian—. Pero bueno; un día decidí contárselo todo a mis padres, y así lo hubiera hecho, si no hubiera intervenido Sofía.

—¿Qué hizo?

—Yo estaba muy nervioso aquel día —recordó Julian con dolor—, y no estaba muy atento a mi trabajo. Sólo podía pensar en cómo sacar el tema a relucir durante la cena y en cómo reaccionaría mi familia. Yo sólo esperaba que lo tomaran bien y que me aceptaran como soy: un hijo que los amaba, sin importar mi orientación sexual. Y estaba con esos pensamientos en mi mente cuando mi hermana entró en tromba dentro la carpintería, y gritó ante todos, ante mi padre, ante todos los empleados, que me había visto follando con un hombre en el coche. Que era maricón.

Dániel se quedó helado.

—¿Sofía hizo eso?

—Sí —asintió Julian amargamente—. Cerca de casa había un descampado y, por lo visto, la noche anterior, nos había visto a Ginno y a mí dentro mi coche. Mi padre me preguntó si aquello era cierto, y yo se lo confirmé. ¿Para qué negarlo si ya estaba dispuesto a decírselo por la noche? Entonces empezó a gritarme y a insultarme; me llamó maricón de mierda.

De repente se echó a llorar, sintiendo un dolor inmenso en su alma. Dániel lo atrajo hacia sí y le besó en la frente.

—Entonces empezó a pegarme y a darme patadas —prosiguió tras calmarse y enjuagarse las lágrimas—. Y ahí fue cuando, al tratar de apartarme de él, tropecé y caí sobre la sierra circular, que me cortó la

mano.

Daniel se quedó con la boca abierta por el asombro. Un dolor inmenso le recorrió la boca del estómago y miró a Julian con los ojos abiertos por el espanto.

—Me caí al suelo, desangrándome. ¿Y sabes qué hizo mi padre? —Julian meneó la cabeza, triste, sin poder reprimir sus lágrimas—. Nada. Se quedó ahí, de pie, mirándome con asco y desprecio, gritándome que era una deshonra para la familia, insultándome; que me merecía lo que me estaba pasando. Que lo mejor que me podía pasar era que me muriera. Y no hizo nada para ayudarme. Ni mi hermana tampoco. No les importaba nada que me desangrara y muriera.....Mi vida no valía nada para ellos.

Julian se detuvo mientras las lágrimas corrían libremente por sus mejillas, y Daniel se sintió sobrecogido. A su mente acudió el diorama que presidía la entrada de la casa de Julian: a Darth Vader mirando sin clemencia a su hijo al que acababa de cortar la mano con su sable láser.

—Los empleados de la carpintería me recogieron y me llevaron al hospital, pero, por la sorpresa y el susto, se les olvidó recoger mi mano —continuó Julian—. Para cuando llegaron con ella, ya fue imposible implantármela de nuevo.

Daniel sujetó de nuevo el muñón de Julian y lo apretó contra su pecho.

—No volví a ver a nadie de mi familia, a excepción de mi madre —continuó Julian—. Y Ginno, en cuanto supo que me había cortado una mano, que me habían echado de casa y me habían desheredado, no quiso volver a saber de mí: me dijo que no quería pasar su vida junto a un tullido y sin un céntimo. Ya ves..... —acabó con una sonrisa amarga.

Daniel no sabía qué decir. Comenzaba a entender todo el odio que Julian sentía hacia su familia. Comenzaba a comprender toda la ira y toda la rabia que Julian descargó contra él el día que se conocieron y él se los nombró y recordó; y sólo pudo acariciarle suavemente el rostro y mirarle a los ojos y escucharle.

—Un día antes de salir del hospital vino mi madre a verme. Me dijo que mi padre les había prohibido a todos hablar de mí y que mi abuelo me había desheredado; y supongo que todo lo mío debió quedar en manos de Sofía; no sé. Me dijo que yo estaba muerto para toda la familia. Pero ella había sacado del banco cien mil euros, que había heredado de sus padres, y los había consignado en una cuenta a mi nombre. Mi madre tiene un primo lejano, aquí, en Nueva York, y me dijo que había hablado con él, que podía conseguirme los papeles de

residencia estadounidense, y alojarme por unos días hasta que yo encontrara dónde vivir. Pero que era todo lo que podía hacer por mí.

—¿Estás aquí ilegalmente? —preguntó Dániel, preocupado.

—Al principio, sí —respondió Julian—, pero ya estoy legalizado, no te preocupes. Seguro que mi hermana también está aquí con papeles falsos.

—No creo eso de Sofía.

—Tú no crees muchas cosas de Sofía, por lo que veo. Me dijiste que hace unos dos años que llegó a los Estados Unidos. ¿Cuánto dura un visado en Estados Unidos? Dos años. ¿Y ahora le vienen las prisas por casarse? ¿En serio no ves su jugada? —le dijo Julian con reproche. Suspiró cansinamente—. La cuestión es que me recuperé y, gracias a la Seguridad Social italiana, conseguí una mano ortopédica e hice mi rehabilitación en Nápoles. Con el dinero que cobré del seguro laboral de accidentes y con el dinero que me dio mi madre, emigré aquí, a los Estados Unidos, alquilé esta casa y monté la carpintería. A pesar de ser manco, me esmeré en aprender a trabajar con la mano ortopédica y, al principio, me costó muchos sacrificios, esfuerzos y decepciones. Pasé dos años muy duros aprendiendo a trabajar con ella, y el dinero se me estaba agotando; pero luego comencé a tener clientes fijos; estos me traían a otros clientes y mi negocio prosperó. Logré ahorrar bastante dinero y, hace unos meses, pude comprar esta casa y acabé de pagar toda la maquinaria.

Luego Julian se calló y miró a Dániel fijamente a los ojos.

—Y entonces apareciste tú; mi vida —le dijo, acariciándole el rostro—. Yo ya me había fijado en ti, hace años, en el parque, todas las mañanas, mientras hacías ejercicio. No sabía qué, pero algo de ti me atraía; una fuerza que no sabría explicar me empujaba hacia ti, y necesitaba verte, todas las mañanas, ahí, haciendo ejercicio. Eras mi única luz en mi eterna oscuridad. Y en cuanto llegaste a mi casa y me dijiste que venías de parte de mi hermana y que te ibas a casar con ella, descubrí que ante mí estaba el arma de mi venganza.

Julian lanzó un profundo suspiro de triunfo.

—Sí —prosiguió ensimismado—. Tenía la posibilidad de vengarme de Sofía; de utilizarte contra ella. Por fin el destino y la suerte se estaban poniendo a mi favor. Y tú te me serviste en bandeja; me pusiste las cosas fáciles para ejecutar mi venganza.

Dániel hacía rato que no le escuchaba. Lo único que podía hacer

era mirarlo con el rostro completamente lívido.

Julian lo miró y, al verle tan serio, sonrió y le acarició el rostro.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó.

El rostro de Dániel se contrajo en una mueca de furia; le golpeó la mano que le acariciaba, se levantó de un salto y salió hacia el comedor, donde su ropa estaba esparcida por el suelo mezclada con la de Julian.

—¡Qué te pasa, Dániel! —exclamó Julian, confundido, saltando de la cama y corriendo tras él.

—¡Que qué me pasa! —le gritó Dániel—. ¿Es que acaso no te has escuchado? ¡Gracias, muchísimas gracias!

—Pero, ¿qué coño te está pasando? —preguntó Julian alarmado, agarrándole del brazo. Dániel lo empujó con furia y lo empotró contra el equipo de música, que se puso en marcha, y la voz de Elvis Presley empezó a sonar por los altavoces:

Wise men say

only fools rush in

but I can't help falling in love with you

Shall I stay

would it be a sin

if I can't help falling in love with you

(Los hombres sabios dicen que

sólo los tontos se apresuran

pero no puedo evitar enamorarme de ti

¿Debería quedarme?

¿Sería un pecado?

Si no puedo evitar enamorarme de ti)

—¡No me toques! —le gritó Dániel—. ¡No me vuelvas a tocar! ¡Ya me has utilizado para vengarte, ¿no?! Pues ahora déjame en paz. ¡Cómo coño se abrocha esta camisa!

—¡Pero, qué coño estás diciendo! —exclamó Julian—. Yo no quería decir eso. ¡Has interpretado mal mis palabras!

—¡Pues es eso precisamente lo que has dicho!

—Dániel, ese fue el primer pensamiento que tuve cuando dijiste que te casabas con mi hermana —se explicó Julian—. Pero luego todo cambió. ¡Te conocí de verdad! ¡Tal como eres y no como me imaginaba que eras! ¡Me enamoré de ti!

—¡Suéltame! —gritó Dániel—. Si es verdad todo lo que me has contado de ti y de tu hermana, sois tal para cual. Sois mellizos en todo.

Dániel cogió su abrigo y abrió la puerta.

—¡Dániel por favor! —exclamó Julian, realmente asustado—. ¡No te vayas! ¡Aclaremos esto! ¡Déjame explicarte! ¡Hablemos!

—No vuelvas a acercarte a mí o te juro por Dios que lo lamentarás —le amenazó Dániel.

Se fue dando un portazo y Julian se quedó mirando la puerta, notando que el corazón le dejaba de latir.

Con abatimiento, tratando de recuperar la respiración y con el cuerpo tembloroso, se dejó caer en una silla y vió a través de la ventana cómo el sol subía sobre los rascacielos de Manhattan. Elvis cantaba *Can't Help Falling in Love*, y no pudo reprimir lágrimas de dolor. Sólo podía pensar en Dániel, sólo podía oír su voz, sólo podía sentir su presencia.

A su mente acudieron unas palabras de Dániel dichas el día que se conocieron:

"Yo lo único que sé es que hubo algún motivo poderoso de Dios para que te cortaras esa mano. Dios, en su sabiduría, quiso que así fuera, y es por algo. Y creo que deberías averiguar esa verdad."

take my hand, take my whole life too

For I can't help falling in love with you

(Toma mi mano, toma mi vida entera también

ya que no puedo evitar enamorarme de ti.)

Julian se miró el muñón de su brazo izquierdo, donde años antes hubo una mano y unos dedos, y sintió un rayo de esperanza atravesando su cuerpo. Suspiró y asintió para sí.

Había averiguado esa verdad.

Cogió su móvil, abrió el *Google Maps* y tecleó:

Colucci Asesoría Fiscal.

Tenía que ser un nombre similar, y no se equivocó.

El mapa voló de su ubicación a otra cercana, a unas cuatro manzanas hacia el norte.

Colucci e Hijo, Asesores Fiscales.

Ahí era.

Apresuradamente, se metió en la ducha para iniciar su plan de recuperar a Dániel.

Dániel no volvió a su casa; no quería volver a su casa. Se sentía deprimido, enfermo, decepcionado consigo mismo. Lo último que oyó en casa de Julian fue a Elvis Presley y no conseguía quitarse la maldita canción de su cabeza, para su desespero.

Vagó toda la mañana por el Brooklyn Bridge Park, pensando y pensando, los rascacielos de Manhattan al otro lado del río, frente a él, desdibujados por la copiosa nevada. Y llegó al puente de Brooklyn y lo cruzó hasta la mitad, tratando de olvidar lo ocurrido en los últimos días: Su aventura prohibida y pecaminosa con Julian; descubrir a su padre con su amante.

El puente estaba completamente nevado y vacío. Sólo un joven venía desde Manhattan en dirección a Brooklyn, empujando su bicicleta, luchando contra el frío y la nieve. Los coches cruzaban por el paso inferior y Dániel se apoyó contra la barandilla del puente, el viento helado agitó

sus cortos cabellos y le hirió el rostro; y el río bajo sus pies fluía hacia el mar.

Daniel lanzó un profundo suspiro cuando se acordó que Sofía debería estar a punto de llegar de Italia, si no lo había hecho ya. Sacó su teléfono, que tenía apagado y, al encenderlo, empezó a vibrar y a pitar a medida que iban llegando mensajes.

Como había supuesto, había múltiples llamadas de Sofía hechas el día anterior..... ¿El día anterior?, pensó Daniel sorprendido.

También había llamadas de su madre y de tía Lily.

Daniel volvió a apagar el teléfono; no quería hablar con nadie; no quería saber nada de nadie por el momento.

Sólo quería tomar una decisión; una decisión que ya conocía de antemano, pues la había tomado cuando, siendo niño, descubrió que era gay: lo ocultaría y se casaría, en este caso con Sofía; y no se iba a echar atrás. Y aquellos últimos días con Julian pasarían al olvido.

Sí, se dijo Daniel. Si había estado veinticinco años disfrazando su homosexualidad de heterosexual, sería capaz de seguir ocultándolo desde ahora y para siempre y esconder sus verdaderos sentimientos.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, mientras comprendía.

Su experiencia con Julian había sido una prueba, un obstáculo, que le había puesto Dios en su camino para afianzar su fe, y Daniel la había superado.

Alegremente, dando gracias a Dios por haberle iluminado y aclarado las ideas, volvió a casa, canturreando, dispuesto a comenzar una nueva vida junto a Sofía y su familia como un hombre casado.

Cuando pasó por delante de la iglesia, no se percató que su tío estaba retirando la nieve con la pala de la entrada y de las escaleras.

Tío Vitto reconoció enseguida a su sobrino. Quería llamarlo y saludarlo, pero el joven parecía estar muy lejos de este mundo, bajando calle abajo, canturreando y dando pequeños pero perceptibles pasos de baile por la acera, dando patadas a los montículos de nieve que se encontraba por su camino.

Tío Vitto lo siguió con mirada pensativa, apoyada la barbilla contra

el mango de la pala.

Curiosamente, Dániel ya no se acordaba de las palabras que le dijo tío Vitto el día anterior: que su peor pecado era mentir a los demás y a sí mismo.

Cuando cruzó la cancela de la verja del jardín, se encontró al abuelo concentrado en quitar de los parterres y las plantas la nieve acumulada.

Dániel se acercó a él, temeroso de que el abuelo no le reconociera después de haberse cortado el cabello y haberse quitado la barba, y que se asustara; pero Pietro alzó sus ojos hacia él, cuando estuvo cerca, y le sonrió alegremente.

—¡Ah, Dániel! —exclamó el abuelo, impresionado—. Me alegro de que por fin te hayas decidido a quitarte esas greñas. Molto bene. Tu madre estará feliz cuando lo sepa.

—¿Cómo me has reconocido, nanno? —le preguntó Dániel, sorprendido, mientras se inclinaba hacia él y le besaba en la frente—. No me has visto el rostro desde hace diez años. Yo era apenas un adolescente cuando me deje crecer la barba y el pelo.

—¡Ah! —exclamó Pietro—. Pero hay cosas que no se olvidan. Mira.....

Y el abuelo sacó su cartera, hurgó en ella y extrajo una foto arrugada y antigua, en blanco y negro, y se la entregó a Dániel.

Este la observó y vio a su abuelo de joven vestido con un traje militar de partisano italiano y, junto a él, con un brazo sobre el hombro de su abuelo, se vio a sí mismo, sonriendo alegremente a la cámara, con el uniforme americano de la segunda guerra mundial.

—No puede ser —musitó— ¿Éste de aquí es el hermano de la abuela Margaret? ¡Soy idéntico a él!

—Sí —asintió el abuelo y le quitó la foto. Con la mirada melancólica pasó, con amor, un dedo por el rostro de su cuñado—. Fue mi primer amor. En cuanto te he visto llegar me has recordado a él.

¿Qué?

¿Cómo?

¿Cuándo?

¿Dániel había oído lo que había creído oír?

O sea, ¿su abuelo acababa de salir ante él del armario?

Pietro miró a su nieto y le indicó que se acercara. El joven se inclinó hacia él, estupefacto.

—Dániel —le dijo—. Yo amé a James con toda mi alma. Murió en mis brazos, en la batalla de Montecassino. Como muchos otros soldados. Miles. Durante el tiempo que estuvimos juntos me habló de su hogar, de su hermana, tu abuela Margaret, su única familia en vida. Cuando acabó la guerra, emigré aquí, pero yo lo único que quería era devolverle a tu abuela todas las pertenencias de su hermano: sus ropas, las cartas que cada semana recibía de ella. Y me volví a enamorar. De tu abuela. ¡Eran tan iguales! Ella supo enseguida lo que pasó entre nosotros, pues conocía perfectamente a su hermano, y no le importó.

El abuelo soltó un profundo suspiro y miró a su nieto fijamente.

—Algo importante está pasando en tu vida, Dániel. Se ve en ti, en tus ojos, en tu aspecto. La vida es corta. La vida ya es lo suficientemente difícil para que la compliquemos más. Vívela, no dejes escapar nada. A mí me queda poco ya.

En casa de los Carluccio, la mesa del comedor ya estaba presta y arreglada y, en la cocina, Fiorella, malhumorada y deprimida, ayudada por su hermana Lily, daban los últimos retoques a la comida de Navidad.

—Voy a matar a Dániel en cuanto llegue —no paraba de rezongar Fiorella mientras iba de un lado a otro de la cocina, preparando la cena—. Hace dos días que prácticamente no sabemos nada de él y se comporta de un modo muy raro. ¡Y Sofía! Llegó ayer por la tarde y anda buscándolo como una loca.

—Yo tengo ciertas sospechas —comentó Lily—, y tengo bastantes certezas. Pero le prometí a Dániel que permanecería callada.

Fiorella se giró hacia su hermana y la apuntó con la sartén a la cabeza.

—Cuéntame lo que sepas o te abro la cabeza a sartenazos —la amenazó ella.

—Sólo te diré que sospecho que Dániel ha conocido a otra chica y se ha enamorado de ella —le dijo, simplemente, y una sonrisa sarcástica cruzó los labios de Fiorella.

—¿Dániel ha conocido a otra chica? —replicó divertida ante la falta de visión de su hermana. Por eso había tenido tres divorcios—. ¿Mi Dániel enamorado de otra chica? Permíteme que lo dude. Conozco muy bien a mi hijo. ¿Y qué pruebas tienes de ello?

—Tu misma descubrirás que esa es la verdad cuando lo veas a él —replicó Lily enigmáticamente, cuando oyeron desde la entrada:

□□ *We wish you a Merry Christmas*

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas and a Happy New Year. □□

—¡Maldita sea con el abuelo! —barruntó indignada Fiorella. Con la sartén en la mano se dirigió hacia la alacena en busca de huevos cuando, de pronto, un intruso, un joven atractivo vestido impecablemente con un traje de etiqueta, entró bailando y canturreando alegremente en su cocina.

—¡Quién coño es usted! —gritó, asustada y, ¡clanc!, le arreó un sartenazo en toda la testa al desconocido.

—¡Fiorella! —gritó Lily—. ¡Es Dániel!

—¡Ay! —exclamó Dániel tambaleándose por el impacto y frotándose donde le había golpeado—. ¡Soy yo, mamá!

Fiorella abrió los ojos como platos.

—Dániel —murmuró Fiorella dudosa, con la sartén en ristre a punto de arrear los sartenazos que fueran necesarios para defender su cocina—. ¿Eres tú, Dániel?

—Sí —respondió—. ¡Ay! ¡Ha dolido, mamá!

—Pero, ¿qué te has hecho? —preguntó ella, incrédula.

—¿Es que acaso no lo ves? Me he cortado el pelo, tal como me lo

has venido pidiendo todos estos años.

—Ayer se presentó en la peluquería y me pidió que lo depilara enterito —intervino Lily, encantada—. Fue uno de los días más felices de mi vida.

—¡Y cómo no me lo has contado, putón berbenero! —le reprochó Fiorella mirándola acusadoramente.

—Él me hizo jurar que no os diría nada hasta que lo hiciera él —respondió Lily mientras ambas observaban cómo Dániel se quitaba la americana del traje y la bufanda, y Fiorella descubría que el cuello de su hijo estaba lleno de moratones.

—¡Pero qué has estado haciendo! —le gritó—. ¡Llevas el cuello lleno de chupones! ¡Tápatelos que no los vea tu padre, so guarro!

Dániel se tapó el cuello con la bufanda justamente cuando Salvatore entraba por la puerta. Su padre le miró de arriba abajo, y asintió con la mirada perdida.

—Eres tú —dijo silenciosamente, y luego miró a su mujer—. Voy a la iglesia a tratar un asunto con Vitto y luego vendremos juntos.

—Quiero que estéis aquí dentro una hora —le ordenó Fiorella—. O comeremos sin vosotros.

Salvatore asintió, y los tres permanecieron en silencio en la cocina hasta que.....

□□ *We wish you a Merry Christmas*

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas and a Happy New Year. □□

.....Salvatore salió por la puerta.

Fiorella, en ese momento, miró a su hijo, furiosa. Tenía que descargar su furia. Tenía que matarlo; necesitaba desquitarse. Miró a la tentadora sartén, pero su cocina podría quedar salpicada de sangre y luego tendría que limpiarla, así que se decidió por un cojín y comenzó a perseguir a Dániel arreándole cojinazos a diestro y siniestro.

—¡Te voy a matar!

—¡Para ya, mamá, para! —exclamó refugiándose detrás de su tía.

Fiorella le lanzó el cojín, que Dániel esquivó.

—¡Vale! —dijo Fiorella recuperando el resuello— Y ahora me vas a explicar qué has estado haciendo estas últimas noches. ¿Sabes qué día es hoy? ¡Es la primera vez en tu vida que no has estado aquí en la mañana de Navidad! ¿Dónde has estado y con quién? Y no me digas que has dormido en el apartamento de Sofía, porque es una vil mentira. Sofía llegó ayer y no ha hecho más que llamar preguntando por ti todo el día. ¡Tienes el móvil desconectado, maldita sea!

—Creí que Sofía llegaba esta tarde.

—Pues no. Tendrías que ser más precavido si estabas pensando en ponerle los cuernos a la que será tu esposa —le reprochó su madre—. Has salido a tu padre. Sofía te ha estado buscando desesperadamente. ¡Pero qué has estado haciendo! ¡Aunque me lo imagino, claro, viendo tu cuello!

—De todo —suspiró Dániel dejándose caer en una silla.

—¡Hummm! —gruñó Fiorella—. En mi próxima vida, antes de parirte voy a abortar. Estás distinto —dijo su madre mirándole fijamente—. Y no lo digo por tu pelo, tu barba o tus ropas. Tus ojos son distintos. Tu mirada.....

—Está distinto —asintió Lily mientras bebía un vaso de vino y observaba a Dániel.

—Todo es distinto —dijo Dániel pensativo.

—¿Estás borracho? —le preguntó su madre sirviéndole una taza de café.

—No —negó Dániel—. ¿Lo estás tú?

—No —replicó ella con la mirada perdida—. Pero me gustaría estarlo. Sofía vino ayer, y esta mañana, para hablar contigo y no te ha encontrado. Le he tenido que decir un montón de mentiras, al igual que a tu padre. Tu tío Vitto estará contento cuando me confiese mañana. ¡Y esos mordiscos!—clamó por último cuando Dániel se volvió a quitar la bufanda—. ¡Estoy segura que no son de Sofía, a no ser que te los haya mandado por E-mail! ¡Que va a venir y te los va a ver! ¡Y qué explicación le vas a dar! ¡Os casáis en un mes! ¡Vas a arruinar tu boda!

—Quieres dejar de ponerte histérica —la regañó tía Lily—. Tranquilízate que yo lo arreglo con un poco de maquillaje.

Tía Lily cogió su bolso, sacó su kit de maquillaje y se acercó a su sobrino

—Y ahora tienes que contármelo todo sin omitir ningún detalle.

—¡Yo no quiero oírlo! —exclamó Fiorella, tapándose los oídos y sacándolos de su cocina—. ¡No quiero conocer ningún detalle sobre la vida sexual de mi hijo! Largaros al comedor.

Tía y sobrino salieron de la cocina, dejando a una histérica Fiorella dando los últimos retoques a la comida, y entraron en el comedor. Tía Lily hizo sentarse a Dániel y comenzó a aplicarle maquillaje en los moratones del cuello.

—Y ahora vas a contármelo todo —canturreó ella, alegremente—. ¡Le has puesto los cuernos a tu Sofi! ¡No me lo puedo creer de ti! ¡Ya te dije yo que te habías enamorado de otra! ¡Lo vi en tus ojos! ¡Lo supe cuando decidiste cortarte el pelo!

—Tía Lily —le dijo Dániel mirándola seriamente—. Por favor, estoy pasando por un momento muy delicado en mi vida; estoy tomando decisiones muy importantes. Lo estoy pasando realmente muy mal. Y, de verdad, te necesito; necesito que me apoyes.

—Dániel —murmuró Lily, mirándole fijamente—. No sé qué te ocurre; y si no quieres contármelo, me da igual. Si sigues con tu proyecto de casarte con Sofía, te apoyaré sin reservas, ya lo sabes. Y también sabes que te apoyaré si has conocido a otra chica y quieres cortar tu relación con Sofía.

—Ése es el problema, tía Lily —dijo Dániel amargamente y sin pensar—, no hay otra chica.

Por fortuna para Dániel, sonó el timbre de la puerta y se libró de la pregunta que estaba aflorando en los labios de su tía.

—¡Debe ser Sofía! —exclamó Dániel, nervioso—. Apresúrate.

—¡Ya abro yo! —gritó Fiorella desde la cocina mientras se dirigía hacia la puerta....

☐☐ We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas and a Happy New Year. ☐☐

...Y, al abrirla, se encontró con un joven desconocido, elegantemente vestido, esperando en el umbral.

—¿Sí? ¿Qué desea? —preguntó ella.

—Hola —saludó el joven, tartamudeando. Estaba temblando, pero Fiorella descubrió que no era por el intenso frío de la tarde, sino de puro nervios, y observó que sus ojos negros brillaban por las lágrimas reprimidas—. Feliz Navidad. Soy Julian Colucci, el hermano de Sofía. ¿Está Dániel en casa?

Fiorella lo miró sorprendida, al comprobar su parecido con Sofía, y asintió.

—Soy Fiorella Carluccio, la madre de Dániel —se presentó ella dándole la mano—. Feliz Navidad. Sí, Dániel está en casa. Pase usted. ¿Se quedará a cenar? Creo recordar que Dániel me dijo que no vendría.

—Así fue en un principio, pero si la invitación sigue en pie —respondió Julian, a punto de entrar en un ataque de pánico.

—Por supuesto —asintió Fiorella y se hizo a un lado para que el invitado entrara en su casa—. Sólo es poner otro plato y cubiertos en la mesa. Cuelga aquí tu abrigo y tu bufanda y pasa al comedor.

En cuanto Julian se quitó el abrigo y la bufanda y la colgó del perchero, Fiorella no pudo evitar fijarse en el cuello del recién llegado y su rostro se puso rojo como el tomate mientras comprendía.

—¡Tú también tienes mordiscos en el cuello, como mi hijo! —acusó ella, acalorada—. ¿Cómo se os ocurre presentaros a los dos con moratones en el cuello y sin chaleco antibalas? ¡Mi marido os va a acribillar como se entere de lo vuestro de esta manera! ¡Si antes no os mato yo, par de gandules!

Ante el pasmo de Julian, Fiorella recogió la bufanda del joven, se la enrolló en el cuello y se la apretó hasta dejarle sin respiración. Tiró de la bufanda y obligó a Julian a inclinarse hacia ella, y lo miró directamente a los ojos.

—Ni se te ocurra quitarte esta bufanda del cuello —le amenazó la mujer—. Y deja que yo solucione este lío en el que os habéis metido Dániel y tú a mi manera. ¿Entendido? Y espero por tu salud que hayas tratado bien a mi hijo. Has conseguido que, de una vez, se quitase de encima toda esas pelambreras; y sólo por eso, ya me caes bien.

Julian, totalmente mudo por la sorpresa, se dejó llevar por la decidida mujer, que lo agarró del brazo y lo arrastró hacia el interior de la casa, cuando se oyó la voz de Dániel que preguntaba:

—¿Es Sofía, mamá?

Fiorella observó al apuesto joven que agarraba del brazo y meneó la cabeza, enfurecida.

—¡Más o menos! —gruñó ella, enojada, mientras entraban en el comedor.

Cuando Dániel vio aparecer a Julian acompañado de su madre en el comedor, sintió que el mundo se le caía encima.

—¡Qué haces tú aquí! —exclamó mientras se levantaba, pálido, mareado y tembloroso.

—Mi hermana y tú me invitasteis a cenar —contestó Julian escuetamente—. Es Navidad. Como me dijiste, el odio tiene que acabar entre mi familia, y estoy dispuesto a dar el primer paso. Estoy seguro que Dios estará orgulloso de ti por haber cumplido con tu misión.

—¡Qué! —musitó Dániel, sorprendido, sin comprender en absoluto las palabras de Julian ni lo que había escondido detrás de ellas.

Tía Lily observó interesada la discusión entre su sobrino y el recién llegado y vio cómo Dániel palidecía a ojos vista; un pálido amarillento y mortecino. Sorprendida por la reacción de su sobrino y su aspecto repentinamente enfermizo, y un tanto pensativa, se acercó a Julian y le tendió la mano.

—Hola, soy Lily, la tía de Dániel. ¿Y tú eres.....?

—Soy el hermano de Sofía, Julian.

—¿El hermano de Sofía? ¡Qué escondido te tenía! ¡Qué guapo eres! ¡Y qué varonil! —sonrió Lily, mirándole con ojos seductores—. Espero que no estés casado.

—¡Tía Lily! —exclamó Dániel, escandalizado.

—No asustes a nuestro invitado, Lily —intervino Fiorella—. No hagas caso de mi hermana, Julian. Cuando Dios repartió la dignidad entre la humanidad, se olvidó de ella.

—No se preocupe, señora Carluccio —rio Julian observando

detenidamente a Lily—. Además, me gusta su peinado.

—Gracias —sonrió Lily y miró a Dániel, que seguía pálido y asustado—. Me cae mejor él que su hermana.

—Deja ya de molestarlo, Lily —regañó Fiorella.

—¿No tienes calor? —dijo tía Lily de pronto—. Venga, quítate la bufanda.

—¡No, no es necesario! —exclamó Julian impidiendo que la mujer le quitara la bufanda, pero Lily ya había reparado en su cuello.

—¡Anda! —sonrió—. Si tú también tienes.....—Entonces, en un segundo, comprendió la lividez y el pánico por la llegada del invitado reflejado en el rostro de Dániel. Claro que no había otra chica; había otro chico. Lentamente se giró hacia su demacrado sobrino y, mirándolo fijamente, exclamó:—¡No me jodas!

Fiorella, alarmada, la agarró del brazo y la sacó del comedor a rastras antes de que metiera la pata.

—¡Cállate! —la amenazó Fiorella al llegar a la cocina, mirando a su hermana fijamente a los ojos—. ¡Y ni un comentario o te pego tal paliza que te despertarás el día en que las hombreras vuelvan a estar de moda! Búscate una excusa para sacar al hermano de Sofía del comedor, y maquíllale también a él esos mordiscos antes de que venga Salvatore. Y hazlo con disimulo; no quiero que Dániel sospeche que sabemos algo.

—Estoy pasmada —murmuró Lily— ¿Y tú, desde cuándo sabes que.....?

—De siempre. Y haz lo que te digo —ordenó Fiorella a su hermana imperiosamente y esta asintió, todavía conmocionada por el descubrimiento.

Mientras todo esto pasaba en la cocina, Dániel, tan asustado y enojado que no se percataba de los sucesos extraños que sucedían a su alrededor, le dedicó a Julian una mirada cargada de rencor.

—¿Qué? —le dijo con asco—. ¿Has venido aquí para finalizar tu plan de venganza, verdad?

—Te equivocas —le respondió Julian, tratando de mantener la

calma —. Yo no he venido a vengarme de nadie.

—¿Y qué vas a hacer? —prosiguió Dániel, sin creerle—. ¿Me vas a hacer lo mismo que te hizo a ti tu hermana? ¿Vas a gritar aquí, ante toda mi familia, ante mi padre, que es la persona más importante de mi vida, que soy marica, que me has follado? ¿Hasta ahí llega tu odio que para vengarte de tu hermana has de destruir mi vida?

—¡No! —exclamó Julian con ardor—. Yo no pretendo eso, Dániel. No he venido a destruir la vida de nadie. Además, tú te las arreglas bastante bien solito para destruirte la vida a ti mismo. Sin embargo, aquí, por ahora, la única vida destruida es la mía. Y te juro que he venido aquí a hacer lo que me pediste: a reconciliarme con mi hermana; nada más. Después, me iré; y cuando salga por esa puerta, si tú no lo impides, te juro por lo que más amo en esta vida, que eres tú, que no me volverás a ver.

—No te creo —le replicó Dániel—. Te di una oportunidad y la desperdiciaste.

—¡Mentira! —le reprochó Julian con rabia tratando de no gritar—. ¡Jamás me diste ninguna oportunidad! Tú ya tenías decidido casarte con Sofía cuando estabas en la cama conmigo. Nunca contemplaste la posibilidad de dejarla a ella y tener una vida junto a mí. ¡Nunca! Tú sólo me utilizaste para tener tu despedida de soltero particular. Tú lo único que has querido de mi ha sido tener sexo con un hombre antes de casarte con ella.

De pronto, Fiorella y tía Lily irrumpieron en el comedor y Dániel les preguntó:

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Nada —respondió tía Lily alegremente—. Julian, ven, que quiero mostrarte una cosa.

Y, sin mediar palabra, agarró al joven y se lo llevó a rastras hacia la cocina.

Dániel observó el comportamiento sospechoso de su familia y miró a su madre, confundido.

—¿Se puede saber qué está pasando y dónde se ha llevado tía Lily a Julian?— preguntó.

Fiorella se acercó a su hijo y le dio una colleja en la nuca.

—¡Ay! —exclamó Dániel, pillado desprevenido—. ¿Por qué me has pegado, mamá?

—¡Te voy a matar! ¿En serio, Dániel, en serio? ¿A estas alturas de la vida y todavía estás así?. ¡Tendrías que haberme advertido!

—¿De qué hablas, mamá? —preguntó Dániel, confundido.

—¿De qué hablo? —Fiorella agarró la cabeza de su hijo y le miró fijamente a los ojos—. Te voy a trepanar esta preciosa cabeza que tienes para ver qué coño hay en este cerebro de merluzo.

En la cocina, tía Lily, tan sorprendida como divertida, empujó a Julian contra la pared y le quitó la bufanda.

—Es que no me lo puedo creer —rio ella—. Venga, va, levanta la cabeza.

Completamente mudo y sorprendido, Julian levantó la cabeza y contempló cómo la tía de Dániel abría un pequeño tarro de maquillaje y empezaba a aplicarle crema en los mordiscos del cuello.

—De verdad —reía ella—. ¿En serio Dániel y tú le habéis estado dando a la matraca estos días?

Julian quedó pasmado mirándola asombrado.

—Sí, no me mires con esa cara de pasmo. Tenéis los dos una cara de bien follados.....

—Lily, sí, han ocurrido cosas entre Dániel y yo —Julian la miró fijamente—. Y sí, estoy perdidamente enamorado de él, y lo estoy pasando muy mal. He cometido un grave error con él, y tengo que arreglarlo, aunque no sé cómo.

—No sé si te servirá de consuelo —dijo ella reanudando su tarea—, pero estoy segura que él está enamorado de ti.

—Sí, lo sé —asintió Julian con amargura—. Pero Dániel sigue empeñado en casarse con mi hermana. No quiere reconocer lo que siente por mí, porque teme perderos a todos. Tiene miedo de que vosotros, sobre todo su padre, lo rechacéis. Para él, vosotros sois lo más importante en su vida, y su única obsesión es haceros felices a vosotros; hacer feliz a los demás sin pensar en él, y jamás reconocerá ante vosotros que es gay.

—Veo que has conocido mejor a Dániel en unos días que yo en toda mi vida —dijo ella, mirándole apreciativamente—. Se nota que lo quieres de verdad.

—Le dije que lo había utilizado para vengarme de mi hermana —explicó Julian, con amargura—. Pero yo no quería expresar eso.

□□ *We wish you a Merry Christmas*

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas and a Happy New Year. □□

—Mi cuñado ya está aquí —informó Lily mientras cerraba su tarro de maquillaje—. Intentaré ayudarte en lo que pueda, y confía en mi hermana; ella sabrá lo que hacer para el bien de Dániel. Supongo que detrás de esto hay una larga historia, pero ahora no hay tiempo. Vamos, regresemos al comedor.

En el recibidor, se encontraron con Salvatore y el tío Vitto que empujaban la silla de ruedas del abuelo y los tres miraron al joven, con interrogación.

—Abuelo, Salvatore, Vitto, os presento a Julian Colucci, el hermano de Sofía—. Presentó Lily.

—Encantado —dijo Julian estrechando la mano de los tres hombres.

—Ah, sí, claro —dijo Salvatore, ruborizándose al reconocer al joven de la noche anterior en la ópera.

—Yo soy el tío Vitto —dijo él estrechando la mano de Julian. El joven sintió la mirada inquisidora del sacerdote clavada en él—. Tu hermana nunca te había mencionado antes; sin embargo Dániel sí que me ha hablado de ti. Me ha contado cosas realmente interesantes.

Julian lo miró, sorprendido.

Estaba comenzando a sospechar que el único en aquella familia que no sabía que Dániel era gay era el propio Dániel.

Capítulo 8

La cena de Navidad

En el comedor de la casa de los Carluccio, toda la familia más un invitado se estaban reuniendo.

Al fondo del comedor, la chimenea crepitaba y caldeaba la estancia, y las luces del árbol de Navidad titilaban entre las ramas decoradas. Dos candelabros con sus velas encendidas brillaban sobre la mesa bellamente decorada con motivos navideños.

Daniel ya estaba sentado en su lugar a la mesa, con la mirada fija en su plato vacío, en estado catatónico.

Su mente había colapsado.

No podía dejar de pensar que Julian estaba allí dispuesto a arruinarle la vida, a gritar ante toda su familia que era homosexual, que habían estado follando como si fuera a venir el fin del mundo.

También, hacía un momento, sin esperarlo y sin sospecharlo, su abuelo había salido del armario para él. ¡Su abuelo, su nonno, bisexual!

Manda huevos.

Y si sumaba que su padre tenía una amante, y el matrimonio de sus padres se estaba yendo a pique, el resultado era tremendamente desolador.

Eso es lo que más angustiaba y atormentaba a Daniel: el pensar que sus padres se divorciarán.

Junto a la chimenea, Fiorella lo observaba ensimismada, pero la llegada del resto de la familia la devolvió a la realidad.

Salvatore colocó al abuelo en un extremo de la mesa junto al fuego de la chimenea, y él se sentó en el extremo opuesto, el más cercano a la puerta. Daniel, cabizbajo y pensativo, estaba sentado a su izquierda

—Vamos —dijo Fiorella—. Ocupad vuestros sitios. Julian, siéntate junto a Dániel.

—Yo me sentaré a tu lado —le dijo Lily a Julian cogiéndole del brazo y tomaron asiento—. Me da igual lo que pienses, pero nunca he soportado a tu hermana. Me cayó mal desde el primer día. Pero tú, me has caído bien desde el primer momento que te he visto.

—¿En busca del cuarto divorcio, Lily? —intervino Vitto, tomando asiento a la izquierda de su padre, frente a ella—. ¿No es un poco joven? Aunque sé que eso nunca ha sido un inconveniente para ti.

—¿Por qué no te metes la lengua por donde te quepa, Vitto? —replicó ella, mirando al sacerdote con odio.

—Lo que no entiendo es qué es lo que les haces para que te duren tan poco los maridos —replicó él con frialdad—. O qué es lo que buscas en ellos.

Tía Lily, de pronto, y sorprendiendo a toda la familia, dio un fuerte golpe en la mesa, se levantó y se inclinó hacia Vitto, mirándolo fijamente.

—¿De verdad quieres saber cuál ha sido el problema con mis exmaridos? —estalló ella, y Vitto la miró, sorprendido por la furia inusitada de la mujer—. ¿De verdad quieres saberlo? Pues que ninguno de ellos eras tú.

Vitto palideció; todos en la mesa enmudecieron y los miraron fijamente y Lily sonrió.

—Vamos —añadió ella, mirando a Vitto pero señalando con los ojos a la familia—. Vamos a acabar con esto de una vez. Cuéntales. Cuéntales cómo el día anterior a que entraras en el seminario me buscaste y me hiciste el amor. No te fue difícil convencerme con esas frases tan dulces y tiernas, diciéndome que esa era tu última oportunidad de conocer a una mujer, que te ibas a casar con Dios. ¿Verdad que te fue fácil? Al fin y al cabo, te encontraste con el terreno abonado, porque sabías que yo estaba locamente enamorada de ti. Tan loca, que al despertar al día siguiente esperaba que no te marcharas, que me eligieras a mí en vez de a Dios. Pero me equivoqué. ¿Y qué? Yo seguí amándote. Y nunca, en todos estos años, te he reprochado nada. He guardado silencio. ¡Entonces, por qué demonios me estás reprochando a mí! ¡Por qué te sigues inmiscuyendo en mi vida!

Un silencio sepulcral cayó sobre el comedor de los Carluccio cuando

Lily se calló y se volvió a sentar en su silla.

Dániel no podía ya dar crédito a lo que le estaba pasando ese día de Navidad.

Su capacidad para asumir secretos familiares estaba llegando a su límite.

Sus padres, su abuelo, él. Y ahora la tia Lily y el tío Vitto que se lo habían pasado muy bien retozando juntos cuando eran jóvenes.

¡Puaajjjjfffff!

Salvatore y Fiorella se miraron fijamente, mientras empezaban a comprender muchas cosas. Vitto seguía pálido, pero no podía apartar su mirada atónita de Lily; y esta, con tranquilidad, soltó un suspiro, se sentó y miró a Julian sonriéndole.

—No me vas a negar que ha sido un comienzo de cena de Navidad espectacular —comentó ella y miró a su hermana—. ¿Sirves la cena? Tengo hambre.

Fiorella observó a Dániel, que permanecía rígido, pálido y ojeroso en su silla.

—¿Esperamos a Sofía? —le preguntó y todos miraron al joven, pero en ese preciso momento sonó el timbre.

Si ya de por sí el aspecto de Dániel era enfermizo, el sonido del timbre remató la faena: se puso verde a ronchas y sintió unos deseos irrefrenables de vomitar. Fiorella lo miró, impotente; una coliflor parecía más viva que su hijo.

—Yo iré a abrir —se ofreció el tío Vitto.

—No —negó Dániel, levantándose; la palidez mortecina volvió a su rostro—. Ya voy yo.

Dániel salió hacia la puerta y.....

□□ *We wish you a Merry Christmas*

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas and a Happy New Year. □□

—¡Por Dios, papá! —exclamó Salvatore—. Compadécete de esta familia y el año próximo no vuelvas a poner esos malditos muñecos en la

entrada.

Cuando Dániel abrió la puerta, se encontró con una sonriente Sofía, que lo miró desconcertada.

—Hola —saludo mientras entraba—. ¿Quién eres tú? ¿Está Dániel por aquí?

—Sofía, soy yo.

La joven lo miró, de arriba abajo, totalmente sorprendida.

—¿Dániel? ¿De verdad eres tú? —dijo ella—. Estás mejor así.

Dániel se inclinó para besarla, pero ella apartó sus labios y le puso la mejilla.

—¿Ya está preparada la cena? —preguntó mientras se quitaba abrigo y guantes y los colgaba del perchero.

—Sí —asintió Dániel, desconcertado—. Tu hermano está aquí.

Sofía lo miró, confundida.

—¿Quién?

—Tu hermano, Giuliano —respondió Dániel—. Me pediste que lo invitara a cenar esta noche.

—Ah, sí, claro —titubeó ella, mientras recordaba—. No esperaba que viniera; es más, me extraña que te recibiera. La verdad es que es una lástima que haya venido. Nos fastidiará la cena, ya verás. Al final, tampoco tengo muchas ganas de verle.

El desconcierto por la actitud de su novia crecía en Dániel, que la miró fijamente.

—¿Por qué me dices eso ahora, Sofía? —preguntó.

—Por nada. Te he estado buscando desde ayer. ¿Dónde te habías metido? ¿Podemos hablar en privado en otro sitio que no sea aquí, en la entrada? ¿Podemos subir a tu habitación?

—Pues no —le negó Dániel, confundido; Sofía estaba muy rara—. Ya están todos reunidos a la mesa; estábamos esperando a que llegaras. Venga, vamos.

—Es que no sé si quedarme a cenar. La verdad es que no quiero ver a mi hermano. Nunca pensé que aceptaría tu ofrecimiento —espetó ella, pero Dániel la cogió de la mano y la llevó al comedor.

—Pues no me hubieras pedido que le invitara —le dijo, furioso—. Está aquí por ti, así que soluciona tus problemas con él y te lo llevas de mi casa lo más rápido posible.

Los dos entraron y todos los reunidos los miraron.

—Buenas noches —saludó ella y entonces se fijó en el joven sentado junto a tía Lily—. ¡Giuliano, qué sorpresa!

—Hola Sofía —dijo él sin mucho entusiasmo.

—Siéntate aquí, junto a mí —le dijo Fiorella a Sofía y la joven se sentó entre ella y tío Vitto y frente a su hermano.

—¡Cuánto me alegro de volverte a ver después de todo este tiempo, Giuliano!— le dijo ella y Dániel miró a su novia, realmente sorprendido. Fue como si la viera por primera vez: descubrió falsedad y sarcasmo en su voz; descubrió odio en su mirada.

—Sí, claro, lo supongo —musitó Julian.

Fiorella había salido y volvió unos instantes después con una olla llena de humeante sopa de navidad. Sirvió los platos; el tío Vitto rezó una oración y luego todos comieron en silencio y mecánicamente.

Después de la pelea entre Tía Lily y Tío Vitto todos se habían dedicado a mirarse los unos a otros, tensos y a la expectativa, comiendo mecánicamente, sintiendo que aquella discusión no iba a ser la última y que algo a punto de estallar planeaba en el ambiente.

El único que no podía comer era Dániel quien, pálido y preocupado, procuraba permanecer entero, sin apartar su mirada de su plato lleno.

Después de la sopa vino el pavo, que comieron en absoluto silencio y, al final, Fiorella puso el cava y los dulces sobre la mesa y se sentó.

Observó que Julian miraba de reojo a Dániel, que seguía con los ojos clavados en la mesa, con una lividez extrema en el rostro, al borde del colapso nervioso.

Fiorella sintió pena por su hijo, que no había probado bocado en toda la noche. Sabía exactamente por lo que estaba pasando en ese momento. Volvía a entrar en depresión; volvía a caer en barrena en un pozo sin fondo. Tenía la misma mirada en sus ojos que cuando entró en

la profunda depresión de su adolescencia.

Y no iba a permitir que su hijo, que lo era todo en su vida, volviera a caer en la tristeza y la infelicidad.

—Esto no puede continuar así —dijo; su voz sonó como un trallazo en el silencio sepulcral que dominaba el comedor, y todos la miraron.

—¡Por fin alguien dice algo! — exclamó el abuelo, que había permanecido toda la cena mirando las caras serias de su familia, sin tener idea de lo que estaba ocurriendo ni del motivo del tenso silencio.

—Salvatore —murmuró Fiorella, dando un suspiro—. ¿He sido una buena esposa?

Todos la miraron fijamente, a excepción de Dániel, que cerró los ojos firmemente, tratando de reprimir las lágrimas, pues era consciente que el matrimonio de sus padres estaba a punto de acabar; y sintió de pronto un deseo irrefrenable de morirse allí, ahora, en aquel instante.

Pero Salvatore miró a su esposa con los ojos emocionados y cargados de amor.

—Claro que sí, Fiorella —asintió—. Has sido una gran esposa. La mejor. No podría haber encontrado en el mundo a una mujer tan buena como tú. Y sabes que te amo, y que nunca dejaré de hacerlo.

—Entonces quiero que dejes de verla —dijo Fiorella, simplemente.

Inmediatamente todos dirigieron sus ojos hacia Salvatore, que sostenía la mirada de su esposa.

—No pensaba volver a verla más —dijo Salvatore, mirando a su esposa fijamente, con los ojos emocionados—. Yo te amo, Fiorella, como nunca en la vida. Pero estoy enloqueciendo. No dejo de pensar en que no sé qué ves en mí. Yo sí sabía lo que ella veía en mí: joyas, regalos, invitaciones a restaurantes lujosos. Pero yo no sé lo que tú ves en mí. Me siento viejo, me siento poca cosa para ti; tú te mereces lo mejor y yo no sé si te lo estoy dando. ¡Tengo tanto miedo de perderte! Y eso me enloquece.

—¡Me estás dando lo mejor de la vida, Salvatore! —le dijo ella, con emoción—. Toda la vida me lo has dado. Y cuando te miro, veo al joven que entró una tarde en mi tienda y del que me enamoré perdidamente. Yo te amo; adoro estar junto a ti. Y lo único que quiero es

envejecer a tu lado.

—Ti amo, Fiorella Carluccio —Salvatore la miraba intensamente, los ojos cargados de amor.

—E io ti amo, Salvatore —dijo con un suspiro ella, y le agarró una mano—. Además, no somos tan viejos como crees. Y ahora, te voy a necesitar más que nunca.

Fiorella se detuvo y los miró a todos.

—A todos os voy a necesitar —añadió ella, y las lágrimas se agolparon en sus ojos y corrieron por sus mejillas—, porque se acercan tiempos muy difíciles para mí. Desde hace unas semanas no me encuentro muy bien; y estoy yendo al médico y..... —Su voz se quebró.

Entonces Dániel recordó los cambios de humor de su madre, la tristeza en sus ojos en las últimas semanas, el decaimiento en su ánimo. Él, al principio, lo achacó a la existencia de la otra mujer en la vida de Salvatore. Pero ahora, comprendió.

—¿Te han encontrado algo? —susurró Dániel, pálido como un muerto. Un silencio sepulcral cayó en el comedor. Todos la miraron fijamente, intentando asimilar la terrible realidad. Todos se sintieron morir y ella los miró, sonrió, lloró y asintió con la cabeza.

—Estoy embarazada.

—¡Qué! —la exclamación fue unánime y todos la miraron fijamente, esta vez pidiendo explicaciones.

—¡A tu edad! —gritó tía Lily, asustada.

—¡Oye, que sólo tengo cincuenta y dos años, so pécora!

—¡Lo que sea, so loca! ¡Ya sabes lo difíciles que son para ti los embarazos! ¡Ya tuviste un aborto y tu vida corrió peligro con el parto de Dániel!

—Lo sé —asintió Fiorella—. Pero la otra opción es abortar, y yo no lo voy a permitir. Mi médico me ha dicho que si me porto bien y sigo sus recomendaciones, no va a haber ningún problema.

—¿Y cuándo fue que.....? —Salvatore todavía estaba sumido en estado de shock y miraba a su esposa de hito en hito.

—En nuestro aniversario, el mes pasado, Salvatore —dijo ella, sonriendo—. ¿Recuerdas que te pusiste muy juguetón y.....

—¡Basta! —gritó Dániel tapándose los oídos con las manos—. ¡No quiero tanta información!

Dániel ya no podía más. O sea, otra a la saca de la angustia.

—¡Ti amo, bella mia! —exclamó Salvatore, levantándose de la silla, alzando a Fiorella en vilo y abrazándola y besándola, llorando de alegría. Después miró a su familia, con una gran sonrisa radiante cruzando su rostro y exclamó—. ¡Voy a ser papá!

—Sí, Salvatore —intervino Fiorella parando en seco las prudentiales celebraciones por su embarazo. Hizo que su marido la devolviera al suelo y ambos volvieron a sentarse en sus sillas—. Volverás a ser padre. Y sólo Dios sabe cuánto te amo; pero, ¿recuerdas una conversación muy, muy importante que tuvimos hace algunos años y que prometimos no olvidar nunca? ¿La recuerdas, Salvatore?

Su marido la miró fijamente, un poco confundido.

—Porque eso está a punto de ocurrir —continuó Fiorella—. Y no me obligues a elegir, Salvatore; no me obligues a elegir entre ti y Dániel, porque sabes muy bien cuál es mi elección. Yo quiero su felicidad, y eso es para mí muchísimo más importante que la nuestra.

—Sabes que también ésa es mi prioridad —asintió su marido—. Yo jamás me he opuesto a los deseos de él. Dániel eligió a Sofía como esposa y yo lo apoyaré contra viento y marea.

—Así es, papá —intervino Dániel quedamente, sin entender de qué iba la conversación de sus padres. Miró a Sofía, que bebía cava ajena a todo—. Ésa es mi decisión. A finales de enero Sofía y yo nos casamos.

Julian miró a Dániel, a su lado, y, aunque ya sabía que jamás admitiría ante su familia que al que verdaderamente amaba era a él, una mezcla de tristeza, dolor y desamparo recorrió su rostro y sus ojos enrojecieron.

Salvatore no pasó por alto aquella reacción. Era contable y, por supuesto, sabía sumar dos más dos. Y entonces entendió las palabras de su mujer. Y comprendió el cambio radical en el aspecto de Dániel. También comprendió qué hacía en la ópera la noche anterior, y dónde había pasado las últimas noches y con quién, mientras su esposa trataba de protegerlo contándole mentiras. Y, lo más significativo, qué hacía el

hermano de Sofía allí, en ese instante, en la cena familiar de Navidad.

Salvatore suspiró, tranquilamente, pero su hermano lo sacó de su abstracción.

—Si estás convencido de que eso es lo que quieres Dániel, comenzaré con los preparativos de la ceremonia después de navidades —intervino el tío Vitto, encogiéndose de hombros, moviendo la cabeza negativamente poco convencido de que la elección de Dániel fuera la correcta.

—Creo que yo tengo algo que decir en todo esto — intervino Sofía de pronto cuando hubo apurado su copa de cava, y todos los ojos se dirigieron hacia ella.

En realidad, más que una cena, aquello parecía un partido de tenis; cuando hablaba uno, todos los ojos se volteaban hacia él.

—Creí que ya lo teníamos todo decidido —dijo Dániel—. Lo hablamos la noche que te fuiste a Nápoles.

—Dániel —pidió ella—. ¿Podemos hablar en privado?

—No —negó Dániel—. Si quieres decir algo, dilo aquí.

—Bueno —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Dániel, no podemos casarnos.

—¡Menos mal! —murmuró tía Lily por lo bajo, dando un profundo suspiro de alegría.

—¿Y por qué? —exclamó Dániel, patidifuso, y Sofía le mostró la mano en cuyo dedo anular refulgía a la luz de las velas un reluciente y carísimo anillo de diamantes.

—Porque ya estoy casada.

Eso sí que los dejó a todos estupefactos, y miraron a Sofía con la boca abierta, sobre todo Dániel.

¡Hala, venga!, pensó.

O sea, *¡pufffffff!*, el saco de las sorpresas acababa de reventar.

—¿Y cuándo te casaste? —tartamudeó Dániel, tras recuperarse de la sorpresa—. ¿Y con quién?

—Esta mañana —respondió ella—. Con un hombre de negocios que conocí en el avión yendo hacia Nápoles.

—¡Esto es inaudito! —exclamó Salvatore y Julian miró a su hermana y sonrió sarcásticamente.

—Verás, Dániel —dijo Sofía—. En realidad, necesitaba casarme rápidamente porque mi permiso de estancia en los Estados Unidos me caduca el treinta y uno de enero, y ya no puedo renovarlo. La única manera de librarme de inmigración y poder quedarme a vivir aquí es casándome. Y quería hacerlo contigo, porque me caes muy bien, y eres muy mono, incluso cuando llevabas todos esos pelos mal arreglados. Pero en el avión de camino a Nápoles, conocí a Giovanni y, bueno, me enamoré y nos hemos casado esta mañana.

—¿Y tu problema familiar era.....? —quiso saber Dániel, escandalizado, empezando a dudar de si el viaje a Italia había sido por un problema familiar.

—Ninguno grave —respondió ella, tranquilamente—. Mi abuelo murió hace unas semanas y tenía que presentarme en una notaría de Nápoles a firmar los papeles para recibir la herencia. Lo siento, Giuliano, no te ha dejado nada a ti.

Dániel miraba a Sofía, atónito, y Julian la observó, con una mueca irónica en sus labios.

—Nunca me dijiste que tu abuelo había muerto —dijo Dániel.

—No creí que fuera un asunto importante para ti —le respondió ella.

—No puedo creer lo que estoy oyendo —musitó Dániel—. ¿Muere un familiar tuyo y no es algo importante para mí y no es un problema grave para ti? ¡Muere tu abuelo y no parece importarte y ni te afecta! ¡Era tu novio! ¡Era tu prometido! ¡Era el hombre con quien ibas a compartir el resto de tu vida! ¡Me has estado engañando!

—¿Y quién eres tú para juzgar a mi hermana? ¿Qué derecho moral tienes? —le cortó Julian duramente, saliendo en defensa de su hermana, y Dániel sintió que se le cortaba la respiración.

El momento que tanto temía había llegado: Julian estaba a punto de gritar que habían mantenido una relación; que también él había estado engañando a Sofía.

Pero Julian desvió su mirada de Dániel hacia su hermana y una

sonrisa sarcástica cruzó sus labios.

—¡Ay, Sofía! Tú nunca vas a cambiar. Siempre serás la misma ególatra, egoísta y cruel que has sido siempre. Pero, ¿sabes qué? Vine aquí para reconciliarme contigo; para enterrar todo el odio que tenía contra ti. Y sí, te lo perdono todo. Es más, te lo agradezco; te agradezco con toda mi alma que provocaras todo aquel escándalo; que provocaras ese incidente que me cortó la mano.

Despacio se quitó la mano artificial y la puso sobre la mesa, y la cicatriz y su muñón quedaron al descubierto. La familia Carluccio observó la herida y la mano artificial, entre estupefacta y sorprendida por la noticia.

—En serio —prosiguió Julian—, te lo agradezco porque gracias a todo aquello, tuve que marcharme de casa y venirme a vivir aquí, donde he rehecho mi vida, donde he encontrado la felicidad y donde hace unos días..... —Se detuvo y la miró fijamente inclinándose hacia ella sobre la mesa—.....Conocí al auténtico y único amor de mi vida.

Daniel quedó helado y la palidez mortecina volvió a su rostro.

"Lo va a decir, lo va a decir", pensaba una y otra vez a punto del desmayo. *"Lo va a decir aquí, delante de todos."*

—Gracias a ti, Sofía, y a todas tus intrigas —continuó Julian, emocionado—, he conocido a una persona buena, amable; más pendiente de la felicidad de los demás que de la suya propia; que lo da todo sin esperar nada a cambio; amante de su familia a la que defendería con su vida si fuera necesario; con una profunda fe en Dios.

Sofía escuchaba sin ningún interés a su hermano mientras saboreaba un trozo de turrón. Sin embargo, los Carluccio lo miraban fijamente, atentos a cada una de sus palabras.

—¿Y qué es? —preguntó ella, desenvolviendo un polvorón y mirando fijamente a su hermano—. ¿Una mujer o todavía sigues con tus perversiones?

Sofía se sintió complacida al ver que el rostro de Julian palidecía.

—¡Ah! ¿Es que acaso no les has dicho qué clase de vicioso, perverso, y depravado eres?—prosiguió ella señalando a la familia Carluccio—. ¿No les has dicho que eres marica, que te acuestas con hombres?

—¡Serás hija de pu.....! —estalló Lily pero Salvatore la hizo callar.

—¡LILY! —gritó, ante el espanto del abuelo, que miraba a todos los reunidos en la mesa con los ojos abiertos como platos y la boca abierta, sin entender nada de lo que ocurría a su alrededor—. ¡Estás en mi casa, así que cállate! ¡No te metas en una pelea entre hermanos! Esto es entre ellos dos, no es asunto nuestro.....Todavía.

—No se preocupe, señor Carluccio —prosiguió Sofía complacida—. No nos estamos peleando; tan sólo nos estamos diciendo las verdades. ¿No es cierto, Giuliano? Aquí aparenta ser tan educado, pero no es más que un degenerado libertino que se deja sodomizar por hombres. No sé cómo te las has arreglado para engañar a esta familia y que seas recibido siendo como eres. Incluso te atreves a compartir mesa con un sacerdote.

—Discúlpame —intervino tío Vitto, muy ofendido—, pero en esta casa todo el mundo es bien recibido. Además, a ti nunca te he visto en misa, así que creo que no tienes ningún derecho a erigirte en la abanderada y defensora de los valores cristianos.

Al otro lado de la mesa, Dániel sentía en su interior un deseo irrefrenable de estrangular a Sofía. Tenía ganas de devolverle a golpes cada uno de los insultos, cada una de las humillaciones que acababa de infringir a Julian. Quería salir en defensa de él. Pero el pánico a ser descubierto lo atenazaba, y más en aquellos momentos en que había salido a relucir la orientación sexual de Julian, así que permaneció al margen, con los ojos fijos en la mesa.

Ese silencio por parte de Dániel, esa incapacidad para reaccionar y defenderle, hizo comprender muchas cosas a Julian: se dio cuenta de que Dániel era un cobarde y un mentiroso. Nunca lucharía por él; nunca daría la cara por él. Nunca le había amado. Y aquello le dolió muchísimo más que las humillaciones de Sofía.

Con la cara bien alta, erguido en su silla, orgulloso, Julian dijo a todos, pero dirigiéndose, sin mirarle, a Dániel:

—Nunca debí venir. Nunca debí aceptar esta invitación, esta trampa, ni a hacer las paces contigo, Sofía. Me han vuelto a engañar; he vuelto a ser injuriado, humillado, despreciado e insultado de todas las maneras posibles en presencia de otras personas. Tal vez me lo merezca: por tonto, por imbécil, por amar y confiar en quien no se lo merece. Pero se acabó.

En un rápido ademán se levantó y añadió:

—Discúlpenme. La verdad es que ya no puedo más. Lo siento, tengo que irme. Agradezco su hospitalidad, señor Carluccio. Por favor, perdóneme; se lo pido de todo corazón, perdóneme por haber traído la discordia a su casa en una fecha tan señalada. Siento haberles estropeado la Navidad, de verdad.

Dicho esto, Julian se dirigió hacia la puerta del comedor y se detuvo un segundo; un solo segundo para ver si Dániel iba a detenerlo e impedir que se fuera. Porque tenía claro que en cuanto saliera por esa puerta, desaparecería de la vida de Dániel para siempre.

Pero éste siguió cabizbajo y sin reaccionar.

Salvatore también dirigió su mirada hacia su hijo, que permanecía inmóvil en su silla, sus ojos enfermizos fijos en el mantel. Sólo una vez antes Salvatore había visto a su hijo tan deprimido y hundido en la desesperación; incluso en aquel entonces no lo había visto tan mal y enfermo como ahora.

De repente, dio un poderoso manotazo sobre la mesa que retumbó en el comedor como un trueno.

La cubertería y los platos saltaron sobre la mesa y varias copas cayeron y derramaron su contenido sobre el mantel. El abuelo, que seguía con los ojos abiertos como platos e inmóvil en su silla de ruedas, dio un respingo al igual que el resto de la familia, que también dieron un brincó en sus sillas, asustados, y Julian quedó inmovilizado en el umbral de la puerta.

Salvatore se levantó de la mesa, haciendo chirriar su silla sobre el suelo, y miró directamente al hermano de Sofía, petrificado en el umbral.

—¡JOVEN! —le gritó Salvatore con autoridad—. ¡Vuelva a sentarse! ¡Está usted en mi casa y de esta mesa no se levanta nadie hasta que yo lo diga! ¡Así que se me calma y ocupe su lugar en la mesa!

En silencio, y asombrado por el aura de autoridad que desprendía Salvatore, Julian se sentó en su lugar en la mesa. El rostro de Dániel seguía pálido y enfermizo, y Salvatore, cuando se volvió a sentar, notó la mano firme y reconfortante de su mujer sujetando la suya.

Salvatore miró con seriedad a Julian.

—Y ahora me va a contar qué le está pasando. Ha dicho que se

había enamorado. Cuénteme eso.

Julian se quedó pasmado mirando a Salvatore, asustado, pero la mirada cálida que le transmitía el padre de Dániel lo tranquilizó.

Y Dániel, acobardado y terriblemente aterrorizado, miró a Julian, implorante.

—Señor Carluccio. Hasta hace unos días yo era un ser atormentado, que vivía alimentado por el odio hacia mi familia; hacia el mundo en general. No tenía ganas de vivir. Mi vida era una tortura, día a día. Y, de pronto, esa persona se presentó ante mí, e iluminó mi camino. Me devolvió las ganas de vivir. Me hizo olvidar todo mi odio y mi resentimiento. Me enseñó a tener fe. Me enseñó a creer en la gente, a perdonar. En creer en Dios. Me dijo que debía buscar mi verdad. Y la encontré. Y mi verdad es él. Porque tiene toda la razón sobre mí. Me dijo que perdí mi mano por designio de Dios, y eso es una gran verdad. Porque si no hubiera sido así, yo nunca lo hubiera conocido. Y él se ha convertido en mi vida, en mi única razón de existir.

Un cúmulo de sentimientos encontrados recorrían el cuerpo de Dániel mientras escuchaba a Julian, sobrecogido. Por una parte, temía que en cualquier momento le nombrara, o que su familia sospechara que hablaba de él.

Pero, por otro lado, anhelaba gritar cuánto lo amaba.

Dániel era todo un mar de confusión: estaba aterrado, asustado, enfermo, angustiado, mareado, tembloroso, pero enamorado al fin y al cabo.

—Páseme unos dátiles —le pidió Salvatore a Julian amablemente. Éste, sorprendido, le pasó el plato de dátiles y Salvatore cogió uno y lo mordisqueó lentamente, saboreándolo apaciblemente recostado en su silla.

Aquella aparente familiaridad tranquilizó a Dániel. Su padre parecía relajado y sosegado en su silla, mientras saboreaba el dátil.

—Este año sí que están buenos. El año pasado no fueron tan dulces —comentó Salvatore a Fiorella sonriente. Después miró a Julian, interesado—. ¿Y usted se lo ha dicho? Esa persona, ¿sabe todo lo que usted siente por él?

Julian se secó unas furtivas lágrimas y asintió.

—Sí. Pero tiene miedo, y está muy confundido. Está asustado de sus sentimientos. Y yo cometí una torpeza con él. Le didije cosas que

nunca debí decirle.

—Ya veo —contestó Salvatore, comiendo otro dátil, satisfecho—. Usted le quiere, ¿verdad?

—Sí —asintió Julian.

—Eso está bien —comentó mientras se servía tranquilamente una copa de cava—. Cuando quieres a una persona, la ves tal cual es, y la aceptas con todos sus defectos y sus virtudes. Sin embargo, ¿le amas?

—Claro que sí, señor Carluccio, con toda mi alma —replicó Julian—. Al contrario de lo que puedan pensar después de lo que han oído de mi hermana, yo no soy ningún perverso ni vicioso. ¿Acaso usted lo es, señor Carluccio, por amar a su esposa? Yo, como usted, soy un hombre, pero que ama a otro hombre. Nada más. ¿Y eso me convierte en un perverso y vicioso? Y quiero que sepan que sólo estuve enamorado una vez antes, hace siete años. Créame, por favor. Necesito que me crean todos. Pero fue un amor de adolescencia. Después, nunca, nunca he vuelto a estar enamorado ni he mantenido ninguna relación con nadie.....Hasta ahora. En este momento estoy completamente enamorado de esa persona. Y estoy seguro que voy a estarlo hasta el día en que me muera.

Daniel seguía pálido y ojeroso, aunque un poco más tranquilo, con la vista fijada en el mantel rojo con dibujos de motivos navideños, deseando que aquel día acabara cuánto antes.

Por el momento todo parecía normalizarse: su padre seguía comiendo tranquilamente dátiles y tomaba sorbos de cava de su copa, relajado en su silla, mientras escuchaba a Julian, y empezó a pensar que este cumpliría con su palabra y no lo delataría delante de su familia, cuando, de pronto, notó la mano de su padre que le cogía la suya y la apretaba con firmeza.

Daniel alzó los ojos hacia su padre, sorprendido.

—Estás pálido, Daniel —comentó su padre, y meneó la cabeza, divertido—. Porque eres Daniel, ¿verdad? —Miró a su mujer con una sonrisa dibujada en sus labios—. Todavía no puedo acostumbrarme a su nuevo aspecto. ¿Seguro que es él?

—Sí, cariño —sonrió Fiorella—. Se acercan cambios y supongo que nos costará acostumbrarnos.

—Bueno, a lo que iba —prosiguió Salvatore dedicando su atención a su hijo—. Quiero pedirte disculpas por lo ocurrido anoche en la ópera. Me comporté como un imbécil contigo. ¡Y deja de preocuparte! ¡Respira,

hombre! Como puedes ver, he solucionado los problemas con tu madre, no nos vamos a divorciar, y vas a tener un hermano o hermana, así que deja de preocuparte y alegra esa cara.

Dániel dibujó una sonrisa forzada en sus labios, aunque el que su padre creyera que su palidez y su malestar fuera a causa de su infidelidad le tranquilizó bastante.

—No te preocupes, papá —dijo él, silenciosamente—. Lo de ayer está olvidado.

—Gracias, hijo mío —le agradeció Salvatore—. Es importante para mí que todo quede aclarado entre tú y yo. La verdad es que me quedé muy sorprendido al verte en la ópera, y con tu nuevo aspecto. De verdad, Dániel, me ha alegrado muchísimo tu cambio de aspecto. Eso me ha confirmado que has vuelto a ser feliz.

Dániel miró a su padre, sorprendido y confuso.

—Papá, yo siempre he sido feliz con vosotros.

—No, hijo. No has sido feliz. Pero bueno —prosiguió Salvatore mirando a su esposa y sonrió—, ahora viene la pregunta del millón.

Se giró hacia su hijo, le miró fijamente, con una sonrisa cruzando sus labios y señaló con sus pobladas cejas hacia Julian.

—Y tú, ¿le quieres?

Dániel se quedó sin respiración. Sintió como si hubiera sufrido un paro cardíaco, un ictus cerebral y una embolia, todo junto y al mismo tiempo.

—¿Qué? —balbuceó—. ¿De qué me estás hablando, papá?

—¡Dániel! —estalló Fiorella de pronto, enfadada, dando un fuerte golpe sobre la mesa, y las pocas copas que permanecían en pie desparramaron su contenido sobre el mantel.

—Ya está: la ha cabreado —murmuró tía Lily.

—¡Ya basta! —gritó Fiorella furiosa—. ¡Sabes muy bien de lo que te está hablando tu padre! ¡Me estás poniendo de los nervios y vas a conseguir que tenga un aborto y que el feto me salga disparado por la nariz! ¡Mírate! ¡Fíjate cómo te encuentras! ¡No queremos que vuelva a ocurrir lo de Taylor Hunter!

Daniel abrió la boca de par en par, boqueando como un pez fuera del agua, mirando a sus padres completamente atónito.

—¡Sí! No nos me mires con esa cara! ¡Te hundiste en aquella maldita depresión cuando te enamoraste de ese chico! —Gritó Fiorella—. Y tú nos estabas arrastrando contigo. Y admitimos que todo fue por culpa nuestra, y quiero que nos perdones. ¡Tu abuela acababa de morir! ¡Yo acababa de perder a tu hermana! ¡Tu abuelo hospitalizado! ¡Estábamos sobrepasados! ¡En aquellos tiempos, no sabíamos cómo afrontar eso, Daniel, y no sabíamos cómo ayudarte! ¡Y ahora te vuelve a pasar lo mismo, y has de afrontarlo! ¡Lo hemos de afrontar todos juntos, como familia! ¡Escúchame bien, Daniel: no voy a permitir que vuelvas a ocultarte bajo esa mata de pelos en plan wookie que has llevado todos estos años! ¡Has de reaccionar!

—Daniel —intervino Salvatore—. Julian está enamorado de una persona buena, amable, que da todo sin esperar nada a cambio, amante de su familia a la que defendería con su vida y con unas profundas raíces religiosas. ¿Conoces a alguien en esta mesa que responda con esa descripción y que no seas tú? Él te conoce bien; y si nadie ha visto eso en ti, es porque está muy ciego.

Daniel permaneció mudo, haciendo esfuerzos sobrehumanos para no estallar en llanto, totalmente anonadado y estupefacto, intentando asimilar que su familia había sabido que era homosexual prácticamente desde siempre.

—Yo sólo quiero tu felicidad, Daniel. Por eso te vuelvo a preguntar: ¿Le quieres?—prosiguió su padre.

"Jamás reconoceré que soy gay, jamás reconoceré que soy gay", recitaba mentalmente Daniel una y otra vez. *"Jamás reconoceré que soy gay, jamás reconoceré que soy gay".*

Julian lo miró; sabía exactamente lo que Daniel pensaba en ese momento, como también sabía que no reconocería su homosexualidad ante sus padres. Triste, Julian bajó su mirada, abatido.

Daniel sabía que no podía prolongar su silencio mucho tiempo más, por lo que, después de unos largos segundos, miró directamente a su padre, sosteniendo su mirada.

—Sí —respondió con firmeza y desafiante; el color volvió a su rostro mientras sentía que su cuerpo se relajaba y como si se hubiera quitado un peso enorme de encima. De pronto, todos los problemas de aquella noche: la salida del armario de su abuelo, el embarazo de su madre, el kiki que habían pegado sus tíos cuando eran jóvenes, Sofía casada con otro, le parecieron

timididades y no comprendía cómo le había dado más importancia de la que realmente tenían—. Sí, papá. Estoy perdidamente enamorado de Julian.

Tía Lily sonrió, feliz, y apretó el hombro del estupefacto Julian que tenía los ojos abiertos por la sorpresa.

Después Dániel se volvió hacia Julian, que lo miraba con los labios apretados, haciendo esfuerzos por contener las lágrimas.

—Tenías razón sobre mí: soy un maldito cobarde y un mentiroso, y tú te mereces algo mejor que yo. No te merezco, pero si puedes, perdóname, Julian, por no haberte defendido cuando te insultaban, y por no haberte apoyado cuando me necesitabas. Necesito que me perdones, te lo suplico, porque yo, sin ti, me muero. —Después se giró de nuevo hacia su padre, y lo miró decidido—. Y estoy dispuesto a enfrentarme al mundo, a dar mi vida por él, al igual que lo estoy para dar mi vida por vosotros. Si no lo aceptas, papá, lo siento, pero ya no concibo mi vida sin él. Si por este motivo has de dejar de quererme y sacarme de tu vida, como lo hizo la familia de Julian con él, yo lo lamentaré de veras, pero mi futuro está con él y junto a él.

—¡Dejar de quererte! —exclamó Salvatore apretando su mano— ¡Nunca, Dániel, nunca! ¡Mírame, Dániel! ¡Eres mi hijo! ¡Mi amor por ti es incondicional! ¡Tú y tu madre sois las personas a las que más amo en esta vida! ¡Sois mi orgullo y mi razón de ser! ¡Y Dios sabe que no me importa lo que hagas ni con quién si eres feliz!

Dániel sintió que Julian le cogía la mano izquierda y entrelazaba sus dedos con los suyos. Ambos se miraron, los ojos enrojecidos por la emoción.

—¡No me fastidies que tú también eres marica! —exclamó de pronto Sofía, y Lily saltó hacia ella y si Vitto no la hubiera detenido, le hubiera desgredado el moño.

—¡Encima con efecto retardado, la muy zorra! —gritó tía Lily.

—¡Señorita! —estalló Salvatore, mirando a Sofía enfadado.

—Señora —rectificó Sofía mostrando el anillo en su dedo anular.

—¡Lo que sea! —gritó Salvatore enojado por la interrupción—. ¡Esto es un asunto de familia, y aquí usted no tiene nada que hacer ni qué opinar! Recoja sus cosas y se larga de inmediato de mi casa.

—¡Bah! —exclamó la joven, mirando a Dániel con desprecio y

asco—. Ya sabía yo que había algo raro en ti.

—¡Yo a ti te arañó el cutis, desgraciada! —exclamó Lily saltando hacia ella y sacando las uñas, pero Julian la detuvo esta vez.

—Déjala, Lily —dijo él—. Ella es así; siempre lo ha sido.

□□ *We wish you a Merry Christmas*

We wish you a Merry Christmas

We wish you a Merry Christmas and a Happy New Year. □□

El canto de los tres tenores y un portazo les indicó que Sofía había abandonado la casa y Salvatore volvió a poner la atención en su hijo.

—Dániel —dijo—. Sé que quieres a Julian pero, ¿le amas?

Dániel miró a su padre y asintió.

—Sí, papá, con toda mi alma, y no puedo evitarlo.

—¡Mal, muy mal! —se quejó Salvatore y miró a su hijo con reproche—. Y lo peor es que lo sabe. ¿Cómo se te ocurre decirlo ante él? Cuando los amas, estás ciego y no ves sus defectos; sólo ves sus cualidades, que te ciegan. Cuando saben que los amas tienen un control sobre ti del que no puedes escapar jamás.

—¡No digas tonterías, viejo tarado! —exclamó Fiorella, riendo—. Está muy bien que lo ames, hijo, porque sólo el amor hace que una relación perdure para siempre.

—Señor Carluccio —intervino Julian mirando a Salvatore, el corazón latiendo a toda velocidad—. Sé que todo esto ha sido muy rápido, y que lleva su tiempo asimilarlo, pero me gustaría que diera permiso a Dániel para que venga a vivir a mi casa, conmigo. Vivo a cuatro manzanas de aquí; a diez minutos andando.

—¿Se lo has preguntado a él? —replicó Salvatore—. Como ya he dicho antes, a mí lo único que me interesa es lo que quiere mi hijo. Lo único que quiero es que sea feliz. Así que a quien tienes que preguntarle es a él.

Julian asintió y miró a Dániel.

—Dániel —le dijo mirándole a los ojos—. Sé que mis palabras de esta mañana te han herido, y mucho. Pero te juro que mi intención sólo

era demostrarte cuánto te amo; que en un segundo te metiste muy dentro de mí, aquí, dentro de mi pecho; que iluminaste mi vida; que en un segundo borraste cualquier rastro de venganza y resentimiento hacia mi hermana que había en mí. Por eso, te pido que me perdones y que vengas a vivir conmigo, con el consentimiento de tus padres.

Daniel lo miró y sonrió.

—Por supuesto que sí —asintió mirándole y acariciándole el rostro.

—De eso nada —negó Salvatore de pronto, autoritariamente, y los dos jóvenes lo miraron, sorprendidos—. Si esperáis mi permiso para ir a vivir juntos, no lo obtendréis. Esta es una familia tradicional, y aquí no está bien visto el sexo fuera del matrimonio.....Bueno, al menos si yo no me entero. En el estado de Nueva York están permitidos los matrimonios entre personas del mismo sexo, así que si queréis vivir juntos con mi aprobación, deberéis casaros.

Daniel y Julian le miraron, incrédulos.

—¿Lo estás diciendo en serio, papá? —rezongó Daniel.

—Por supuesto —asintió Salvatore, imperiosamente—. Ni por un instante pienses que vas a vivir en pecado con él. U os casáis, o te quedas aquí.

—Daniel —dijo Julian—. ¿Tú te quieres casar conmigo?

— Por supuesto —respondió Daniel, feliz—. Nunca he estado tan seguro de una cosa en mi vida ¿Y tú? ¿Te quieres casar conmigo?

—Con toda mi alma, amor mío. —Y ambos se besaron y, entonces, la mesa estalló en vítores, y los agarraron y los separaron; y, mientras la familia Carluccio abrazaba y besaba al nuevo miembro, tía Lily saltaba con los brazos en alto y gritaba:

—¡Tengo un sobrino gay! ¡Tengo un sobrino gay! ¡Y voy a ir a una boda gay! ¡Qué pasada! ¡Yo la organizo! ¡Yo la organizo!

Entre la trifulca, Daniel y Julian se buscaron, se abrazaron y se miraron con los ojos cargados de amor.

—Me has dado algo que nunca pensé que volvería a tener jamás —susurró Julian, emocionado.

—¿El qué? —le preguntó Daniel, y Julian miró a su alrededor, donde los Carluccio se abrazaban y se besaban, felicitándose; sí,

incluidos Vitto y Lily.

—Una familia. Y un feto por cuñado. —Después Julian miró a Dániel arqueando las cejas, ofendido y con un ramalazo de celos corroyéndole el estómago—. Por cierto, me tienes que explicar quién era Taylor Hunter y qué tuviste con él

—Ya te lo contaré —rio Dániel— Y retomando el tema de nuestra boda, ¿hemos de invitar a tu hermana?

Se miraron, se rieron y, al unísono, clamaron:

—¡Noooo!

—¡Un momento! ¡Un momento! —exclamó Fiorella mientras tío Vitto abría las botellas de cava para celebrar la noticia—. La boda tiene que celebrarse cuánto antes. Yo no quiero salir en las fotos con todo mi barrigón al aire. ¡Menuda estampa la mía: una cincuentona embarazada! ¡En las fotos pareceré una hipopótamo escapada del zoo!

—Bueno —dijo Dániel, mirando a Julian—. Mi plan era casarme a finales de enero. ¿Para qué retrasarlo?

—Por mí, mañana mismo —asintió Julian con ardor.

—Yo corro con todos los gastos —dijo Salvatore en un tono que no cabía discusión—. Mi sueño ha sido siempre casar bien casado a mi hijo. Y ese sueño está a punto de hacerse realidad.

Las copas estaban llenas de cava, los corazones estaban llenos de dicha; para la familia Carluccio, en especial para Dániel, que permanecía abrazado a Julian, lo que había comenzado como un pésimo día, se había convertido en el más feliz de toda su vida.

Con la alegría desbordando sus corazones, todos juntos levantaron sus copas hacia el cielo.

—¡Por el amor! —clamó el tío Vitto.

—¡Y por la familia! —exclamó Julian levantando su copa.

—¡Por el amor! ¡Y por la familia!—brindaron todos, menos el abuelo Pietro que lloraba sin consuelo a lágrima viva en su silla de ruedas.

—Pero, ¿qué te ocurre, abuelo? —le preguntó Fiorella, preocupada.

Y el abuelo sollozó amargamente:

—¡Que no me he enterado de nada!

FIN

Capítulo 9

Escena Post-créditos

El día de la boda

Todo estaba preparado; todo estaba dispuesto. Aquel día, Dániel y Julian iban a casarse.

Llegar hasta ahí no había sido fácil, especialmente para Dániel. Salvatore, su padre, había decidido correr con todos los gastos de la boda, y Julian, aunque un poco contrariado, había aceptado a regañadientes; pero decidió aportar a la boda algo especial; le regaló a Dániel el sueño de su vida: le regaló una luna de miel en París.

Aquel regalo colmó de felicidad a Dániel. ¡Conocería París! ¡Un sueño largamente ansiado se haría realidad! ¡Estar en París con su esposo, con el hombre que amaba con toda su alma!

Pero esa felicidad le duró poco, pues un dilema se le planteó al joven: y ahora, ¿qué le regalaba a Julian? ¿Qué clase de regalo podría hacerle a la altura de una luna de miel en París?

Aquel problema tuvo a Dániel preocupado, nervioso, ojeroso y taciturno durante las últimas semanas, y aquello Julian no lo pasó por alto.

En numerosas ocasiones Julian trató de convencerle para que le contara lo que le ocurría, que le contara lo que tanto le preocupaba; pero lo único que obtenía por respuesta era una sonrisa que lo desarmaba, y un beso.

Faltaban varias horas todavía para la ceremonia y Julian estaba en su casa, en su habitación, en pijama, contemplando esparcido sobre la cama su traje de boda.

Tía Lily se había encargado de comprar con ellos los trajes por separado, pues Julian y Dániel decidieron no verse vestidos de boda hasta

la ceremonia.

"*Daniel*", pensó Julian mientras una sonrisa cruzaba su semblante. ¡Cuánto lo echaba de menos! Hacía dos noches que Daniel no dormía con él. Aunque Salvatore les había prohibido que pasaran las noches juntos, Julian le había dado una llave de su casa en Navidad y no había noche, al acabar el trabajo, en que el joven no apareciera con su sonrisa encantadora y su chándal descolorido y sus zapatillas desvencijadas por el uso y el tiempo, y practicaban el sexo hasta quedar extenuados.

De pronto, oyó la cerradura de la puerta al correrse y la voz de Daniel que exclamaba:

—¡Cariño, soy yo!

—¡Y qué demonios haces aquí! ¡Y no entres en la habitación! ¡No quiero que veas mi traje de boda! —exclamó él, contrariado, mientras se dirigía al comedor—. ¡Quedamos que hoy no nos veríamos hasta la ceremonia!

Al llegar al comedor vio a Daniel vestido con su omnipresente chándal y sus deportivas, luciendo su arrebatadora sonrisa.

—Lo sé, cariño, pero tenía que verte.

Julian fue a acercarse a su novio para besarle cuando se dio cuenta, de pronto, que no había venido solo, y quedó paralizado en medio del comedor.

Se sintió mareado; parecía como si el mundo se hundiera bajo sus pies. Sintió su cuerpo estremecerse y las lágrimas se agolparon en sus ojos.

No había cambiado; seguía igual de bella, igual de alta, igual de hermosa de cómo la recordaba.

—¡Mamma! —susurró y estalló en sollozos mientras se abalanzaba hacia ella y la abrazaba con fuerza inusitada, temiendo que se esfumara, que no fuera real—. ¡La mía mamma!

—¡Figlio! —susurró su madre, besándole sin parar—. ¡Quanto ti amo! ¡Quanto mi sei mancato!

Al borde de las lágrimas, Daniel sonrió y observó unos segundos a madre e hijo reencontrándose siete años después.

No quería pensar en ello como un regalo, pero Daniel pasó largas noches en vela tratando de localizar a la familia de Julian y de convencer, al menos, a su madre de que asistiera a la boda. Porque Daniel sabía cuánto la echaba de menos; cuánto la amaba.

Sin despedirse, sonriendo, y en completo silencio, salió de la casa, cerró la puerta y dejó a madre e hijo solos.

Capítulo 10

Agradecimientos:

Pues eso, Gracias a todos.

Gracias por haber llegado hasta aquí.

Y perdón.

Perdón por las faltas de ortografía, mi sintaxis, mis frases mal estructuradas y mi semántica.

Tuve que abandonar mis estudios al acabar la EGB (Sí, soy de los de la EGB, qué tristeza), para ponerme a trabajar, pues en aquella época toda ayuda a la familia era poca. Y todo lo que sé es a base de leer.

A parte de leer, a mí siempre me ha gustado el cine, sobre todo el cine de autor y el cine clásico.

Alfred Hitchcock, Woody Allen, Frank Capra, George Cukor, Howard Hawks (Qué maravilla *La Fiera De Mi Niña*).

Pero en todas esos años en la oscuridad de las salas de proyección, a parte de ver verdaderas obras maestras, jamás pude ver una película donde un chico conoce a un chico, el chico se enamora del chico, el chico pierde al chico, hasta que el chico recupera al chico.

La estructura de una típica comedia romántica.

Porque, en mi época de juventud, si en alguna película salía algún personaje gay, que era prácticamente imposible, era un personaje de quinta o sexta que nada tenía que ver en la trama, y que, normalmente, sufría alguna muerte atroz, o era golpeado por ser marica, o era la burla de todos, o era el cliché de hombre gordo afeminado con pluma.

Recuerdo Dune, de David Lynch, una película de 1984, donde el malo malísimo, el Barón Harkonnen, era un despiadado dictador gordo y marica, que disfrutaba de follarse y, después, matar de una manera terrible a jovencitos delicados e indefensos.

Alto, yo no critico la película ni el personaje (dicho de paso es una película que me gusta, pero no tanto como el libro en el que se basa), de

hecho, describe al personaje tal cual como en la novela de Frank Herbert.

Pero esto viene a colación porque en mi época no había películas románticas de chico conoce chico, chico se enamora de chico, chico consigue a chico, chico pierde a chico, chico recupera chico y final feliz.

Chico conoce chica, millares.

Chico conoce chico, ni una.

No, no había.

Si la querías, tenías que fabricártela.

Y fue en 1987 cuando, un día, fui al cine (era mi única evasión en aquellos oscuros días de soledad y tristeza) a ver *Hechizo de Luna*.

O sea, espectacular. Os recomiendo que la veáis. Cher está magnífica.

Bueno, pues en una de las veinte veces que la vi, en mi mente, cambié el sexo del personaje que interpreta Cher.....iiiiY funcionó!!!!

Es decir, *Hechizo de Luna* podía funcionar como chico conoce chico.

Aunque fuera en mi mente, fue la primera película de amor gay en que todo acababa bien.

Y escribí un borrador (a mano. En aquellos entonces no existían ordenadores ni programas de tratamiento de texto). Y me quedó más o menos.

Aunque a mí me gustó, claro.

Con el tiempo, he ido cambiando cosas que no funcionaban en un amor chico-chico, pues algo hay que cambiar porque, reconozcámoslo, no es lo mismo un amor hetero que uno gay.

Las cosas son así.

Lo mismo pasó con *El Cielo Abierto*, una película española que recomiendo de todo corazón.

Tengo la novela publicada aquí, en Megustaescribir, con el título de "Apariencias & Prejuicios" (como os podéis imaginar, toma el título de mi libro favorito *Orgullo & Prejuicio* de Jane Austen pero nada que ver).

En fin, espero que os haya gustado y que no dejéis de ver la película en la que me he inspirado.

Si tenéis algo que decir que no os haya gustado, o sobre la estructura de las frases o sobre errores gramaticales, no dudéis en decírllo.

Esto es lo bueno de escribir una novela aquí, que siempre puede mejorar, que está viva, y puede crecer.

De nuevo, muchísimas gracias.